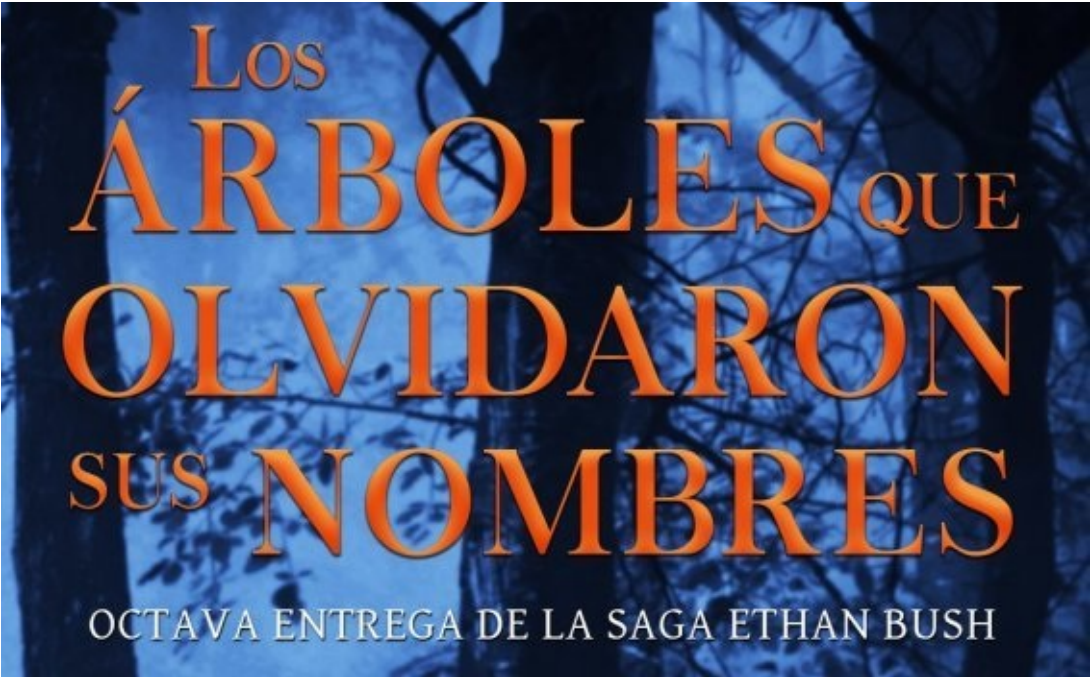


LOS
ÁRBOLES QUE
OLVIDARON
SUS NOMBRES

OCTAVA ENTREGA DE LA SAGA ETHAN BUSH

ENRIQUE LASO

AUTOR CON MÁS DE 1.500.000 LECTORES EN TODO EL MUNDO



LOS
ÁRBOLES QUE
OLVIDARON
SUS NOMBRES

OCTAVA ENTREGA DE LA SAGA ETHAN BUSH

Los Árboles que Olvidaron sus Nombres

Enrique Laso

© Enrique Laso, 2018
Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

[Índice](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Novela Regalo — Mirada Infinita](#)

El mal es como un árbol de raíces largas y profundas que se hunden en la tierra y se alimentan de la oscuridad. Vemos el exterior: el tronco estilizado, las ramas que se estiran como brazos y las hermosas hojas que cambian de color con las estaciones. Sin embargo todo lo que da vida a esa belleza superficial es negro, pútrido y opaco.

Así es la mente compleja del asesino en serie. Detrás de una sonrisa amable y de unos ademanes serenos se esconde la escoria; una idea enfermiza y repugnante que le impele a matar una y otra vez, porque en la muerte ajena encuentra su descanso, halla la paz.

Capítulo I

El comienzo de 2019 fue duro. Mi unidad se vio obligada a dar servicio a decenas de peticiones que llegaban de todos los puntos del país y apenas tuvimos tiempo para reflexionar o para dedicar a nuestras familias. Yo al menos tenía la suerte de cruzarme de vez en cuando con Liz, mi compañera, y regalarle una caricia o un beso furtivo, saltándome todas las normas de comportamiento y, quizá, del debido decoro.

Las pesadillas por la muerte de mi padre casi habían desaparecido, pero eran sustituidas por otras: el niño al que no pude salvar la vida en Arizona, el rostro aplastado a martillazos de la señora Walker o lo que le había acontecido a un prometedor joven, Henry Long, debido a mi ambición y a mi falta de pericia. Tener sólo 34 años y haber llegado tan lejos en el FBI no había salido *gratis*; el peaje era alto, mayúsculo, por momentos insoportable. Pero cuando las fuerzas me flaqueaban siempre estaba ahí mi jefe, Peter Wharton, para animarme y para recordarme lo que siempre había opinado, casi desde que me vio por primera vez en Quántico: «*Cada uno nacemos con un don especial, y el tuyo es descubrir a los asesinos y, por tanto, salvar las vidas de cientos de inocentes*». No era para tanto, y a pesar de todo sí que había colaborado de manera muy activa a encerrar a un puñado de desalmados que habían sembrado el horror.

A finales de marzo, cuando mi hijo estaba a punto de celebrar su primer cumpleaños, recibí una llamada telefónica, una que hubiera deseado con toda el alma que no se hubiera producido jamás; y no por egoísmo, como en otras ocasiones, más bien por mantener la idea de que el horror no se repite, no es tan cíclico como la realidad se empeña en demostrar con hechos.

—Jefe, ahora ya no cabe ninguna duda... nos enfrentamos a un asesino en serie. Te lo dije.

Era Tom, antiguo colega del FBI que ahora ejercía como detective de homicidios en el Departamento de Policía de San Francisco, la ciudad en la que yo había nacido y me había criado. Una ciudad que se encontraba en la otra punta del país, a casi 3.000 millas de distancia de Washington.

—Sí, me lo advertiste. Creo que fue por...

—Noviembre.

Tom había sido el mejor agente especial sobre el terreno con el que había trabajado en la vida. Era astuto, podía confundirse con la gente corriente sin levantar sospechas y poseía un sentido común que a mí me faltaba a raudales.

Nos habíamos complementado muy bien y yo había llevado fatal que abandonase el FBI para mudarse a mi ciudad. Sin embargo él estaba tratando de reabrir el caso de homicidio de mi padre y, ahora que me necesitaba, volvía a llamarme *jefe*, como en los viejos tiempos. En realidad estaba deseando trabajar codo a codo con él y ayudarle en lo que fuera preciso.

—Mismo modus operandi —musité, convencido de que aquel comentario sobraba.

—Idéntico. Y hasta tenemos una cadencia: mata cada cuatro meses. Siempre niñas. Siempre de diez años. Siempre aparecen semienterradas a los pies de un árbol. Te puedo mandar un informe.

—Tom, ¿te has puesto en contacto con la Oficina del FBI en San Francisco?

Mi colega se saltaba todas las reglas al telefonarme de manera directa. No se encontraba en un estado en el que no hubiera una Oficina del FBI, ni siquiera en una ciudad que careciese de ella; San Francisco contaba con una oficina central y nada menos que siete oficinas satélite que daban servicio, en conjunto, a más de tres millones de habitantes.

—Sí. He hablado incluso con el agente especial al mando, no soy tan cretino.

—¿Y? —pregunté, inquieto.

—Le he comentado que nos conocíamos de mi época en Quántico y le rogué que repasase tu currículum.

—Joder...

—Está dispuesto a realizar una solicitud formal para que Peter Wharton la tramite. Sólo hace falta que tú estés conforme y que muevas allí los hilos para que te plantes aquí lo antes posible.

—Tom, soy jefe de una unidad. No me encargo de crímenes ni secuestros a menores.

—Estuviste en Arizona. Me sé de memoria tu vida y milagros, jefe. Esto se parece mucho a lo de Phoenix.

Mi colega tenía razón. Un asesino en serie de niños había asolado la enorme ciudad de Phoenix, matando a varios niños cuyos cuerpos había ido dejando por el desierto de Sonora. Era un caso que deseaba olvidar, que me causaba un profundo dolor devolver a mi memoria. Por primera vez en mi vida el asesino actuaba una vez yo me había involucrado en la investigación. Era una herida que no cicatrizaba, que me seguía martirizando más de dos años después.

—No sé... Tom.

—Ya te insinué que este animal volvería a matar. ¿Quieres esperar a que aparezca el cadáver de otra chiquilla inocente o prefieres hacer el esfuerzo y ayudarnos a poner fin a esta pesadilla?

Capítulo II

En efecto el agente especial al mando de la Oficina del FBI en San Francisco cursó una petición oficial para que un miembro con experiencia de la Unidad de Análisis de Conducta se incorporase a la investigación del caso de las tres niñas asesinadas. Mi jefe, Peter Wharton, era brillante, astuto y, además, me conocía muy bien. Apenas recibió la demanda fue a buscarme a mi despacho. Trataba de mantener los nervios templados, pero la agitación que mostraba su mano derecha, con la que sujetaba un puñado de papeles, me indicaba que estaba a punto de estallar.

—Esto es algo que habéis fraguado entre Tom y tú, ¿verdad?

Ni siquiera se molestó en saludarme o en explicarme a qué asunto se refería. Fue directo al grano. Aquello me daba una pequeña oportunidad.

—Ando a tope con varios casos y tengo a los chicos haciendo horas extra, de modo que o te esfuerzas un poco o sinceramente no voy a poder seguirte —mentí.

Peter se pegó a mi mesa y me lanzó los folios que había traído consigo sobre el teclado. Había logrado enojarlo.

—Tres niñas asesinadas. San Francisco. Vaya, ¡qué casualidad! Creo que es allí donde ahora trabaja Tom como detective de homicidios. Hoy he recibido, casi al mismo tiempo, solicitudes por parte del agente especial al mando de la Oficina del FBI y de, nada menos, que del Jefe del Departamento de Policía. ¿Me vas a decir a la cara que no tienes ni la más remota idea de lo que te estoy hablando?

—Pues sí que tengo un poco de idea. Tom me comentó por encima que estaba metido en eso, pero nada más —respondí, sin apartar las pupilas de la pantalla de mi ordenador.

—No vas a cambiar nunca. No entiendes nada...

—Estoy cambiando. Peter, te garantizo que estoy cambiando —murmuré, sincero.

—Sí, de acuerdo, pero lo haces tan despacio que hasta un caracol te ganaría en una carrera de 100 yardas. Ya no eres el crío que llegó a Quántico sólo con su brillante título de Stanford bajo el brazo. Tienes 34 años, eres padre y te he dado la responsabilidad de dirigir una unidad.

—Entonces no pierdas el tiempo viniendo hasta mi despacho —dije, mirándolo por primera vez a los ojos desde que había irrumpido en la estancia.

—¡No es tan sencillo! —exclamó Wharton, dando una palmada violenta sobre la mesa.

—¿Por qué?

—Porque ya me tienes donde querías. O donde el maldito de Tom deseaba. Entre la espada y la pared.

—Peter...

—Si me niego y aparece otra chiquilla muerta dentro de unas semanas no me lo perdonaré, y es posible que no me lo perdonen en San Francisco. Tendrán a un *chivo expiatorio* al que señalar. Y si no lo hago... os habréis salido con la vuestra.

—Puede ir otra persona. Yo estoy dedicado a la violencia contra los adultos desde hace tiempo —dije, calculando muy bien el tono conciliador de mis palabras.

—Irás tú. Los dos lo sabemos. Esto me ha recordado de inmediato a lo de Arizona. Es lo más parecido que ha sucedido en todo el país desde entonces, y allí hiciste un buen trabajo. No puedo mandar a otro.

—¿Me estás pidiendo que viaje a San Francisco?

Con aquella pregunta rocé la impertinencia y, a lo mejor, estuve en un tris de que todo se fuera al garete y Peter me dejase sentado en un sillón para el resto de mis días. Sin embargo él había reconocido una gran verdad: estaba atrapado y sólo tenía una salida.

—Sí, ¡maldita sea! ¿Cuándo podrías estar allí sin que todo lo que llevas se desmorone?

—En diez días, quizá ocho. Sólo necesito delegar en alguien y establecer una agenda clara. Y no perderé el contacto con mi equipo.

—Eso ya me lo prometiste este verano, antes de viajar a Kansas.

—Todo salió bien. Y apenas estuve una semana en Topeka —musité, en mi defensa.

—De acuerdo. Iré pidiendo un informe completo. O, quizá, ya lo tienes.

—Lo necesito, Peter. Al menos para echarle un vistazo —dije, como si en realidad no supiera de qué iba la cosa. Mi jefe, por supuesto, no tragó.

—Es un degenerando, Ethan. Como el de Phoenix. Niñas, niñas de sólo diez años. Tienes que ayudar a esa gente. No quiero una sola niña muerta más. Atrapa a ese hijo de puta como sea.

Wharton comenzaba a hacerse mayor y a estar cansado de tanta maldad, de llevar décadas combatiendo el mal y descubriendo que el mal no se acababa nunca. Bajo su punto de vista aquello no tenía explicación; bajo el mío no tenía justificación, pero sí cientos de explicaciones distintas. Que soltara un taco era insólito en un hombre sereno, con tanta responsabilidad y experiencia. Pero

todos tenemos un límite.

—Lo intentaré.

—Hazlo. Que lo procures no me basta. Por eso voy a acertar las peticiones y por esa razón te elijo a ti. Quiero que lo hagas. No soporto que asesinen a un adulto inocente... pero a unas pobres niñas. Mierda, esta noche tendré que meterme un puñado de pastillas de *Ativan*TM en el cuerpo para poder conciliar el sueño.

—Yo no lo haría, Peter.

—Deja de darme consejos. El día que ocupes mi puesto, si es que llega, me das lecciones. Yo te escucharé, ya retirado, sin alterarme, desde el porche de una casita en primera línea de playa en Virginia Beach. Ya no me harán falta los ansiolíticos ni todas esas mierdas. Me bastará con dar largas caminatas por ese paseo infinito que tanto me agrada.

—Entendido.

—Organiza todo. Si puedes estar allí en una semana mejor que en diez días. Te lo repito: no quiero que aparezca ninguna chiquilla sin vida de nuevo en San Francisco.

Wharton se marchó y me dejó durante varios minutos petrificado. Todo había salido mejor de lo esperado. Sin duda le había afectado el tema. Ya casi me suplicó que me implicase en el turbio asunto de Arizona, cuando las dudas acerca de si debía continuar en el FBI me asaltaron, y ahora repetía su apelación. Confiaba demasiado en mi instinto. Tenía la idea férrea de que era un espécimen único capaz de salvar las vidas de muchas personas y en base a eso me había tolerado infinidad de lapsus e idioteces.

Cuando estuve seguro de que se encontraba lejos de mi despacho abrí una sesión en mi cuenta personal de Gmail, usando un método seguro que me había enseñado el genio de Mark —tan sencillo como emplear uno de aquellos pendrive de la época— y repasé algunas fotos que Tom me había remitido para removerme las tripas y para conseguir que menease el culo de mi asiento y regresase a mi ciudad, San Francisco.

Una de las instantáneas mostraba a una pequeña, vestida, como las otras dos víctimas, con un camisón blanco, y apenas oculta por cinco paladas de tierra. Estaba boca abajo, y su melena rubia rozaba la base del tronco de un árbol enorme. Volvió el dolor de estómago, la punzada insoportable en el cardias que arrastraba desde que comencé a investigar casos en el FBI. Me quedé contemplando la espeluznante imagen, hipnotizado y aterrado, y pensé en mi hijo, y en los niños asesinados en Phoenix, y en lo funesta e injusta que era la existencia para algunos; en realidad para demasiados.

Al cabo de un rato apreté los dientes, estrujé un folio en blanco que tenía sobre la mesa y me prometí que no descansaría un solo día hasta dar caza a ese bárbaro

que había encontrado en el asesinato una forma de entretenerse y de apaciguar los monstruos que le corroían las entrañas.

Capítulo III

No tenía a un grupo de niños a mis órdenes. Había pasado de estar apoyado por dos becarios sin experiencia a ser el jefe de una unidad pequeña pero plagada de profesionales competentes y entregados a su labor. Era un afortunado. Dejé a uno de los agentes como encargado de supervisar al resto y de actuar como enlace conmigo mientras me encontraba en California. Años más tarde supe, por ellos, que el hecho de que su superior se ausentara de Quántico dos veces en apenas unos meses no sólo les había llamado la atención, también les había parecido un comportamiento impropio de alguien con tanta popularidad en el FBI y que siendo tan joven ya asumía grandes responsabilidades. No era un buen ejemplo para nadie.

Sin embargo lo peor fue tener que explicarle todo a Liz. Ella sabía que *algo* había sucedido en Kansas, aunque guardara un prudente y, por momentos, incómodo silencio. Ahora volvía a marcharme, a la otra punta del país, y la dejaba sola con nuestro pequeño, que acababa de cumplir su primer año.

—¿De verdad deseas que esto sea una familia?

La pregunta me dejó estupefacto. En Topeka sólo había estado unos días y a California, como mucho, se suponía que viajaría un par de semanas, aunque nadie lo podía garantizar.

—Somos una familia, Liz.

—No, no es el recuerdo que yo tengo de mi casa.

—Mierda, en los ochenta casi ninguna mujer trabajaba y tu padre era policía en una zona sin problemas y podía permitirse estar a la hora de la cena con vosotros todos los días —repliqué, un poco enojado.

—Me refiero a otras cosas. Apenas nos vemos. Y aprovechas cualquier oportunidad para salir pitando de Washington. El resto de agentes especiales de la UAC huyen de eso como de la peste. A ti te encanta. Antes podía llegar a comprenderlo, hace cuatro años, cuando nos trasladamos juntos a Oskaloosa. Hasta yo sentía un poco de emoción. Pero ahora ya no tiene gracia, Ethan.

—Son sólo dos semanas...

—O tres, o cuatro... Te quedarás allí hasta que atrapes al asesino de esas niñas, lo tengo claro. Lo normal es que dieras tu opinión y que dejases a los de la oficina del FBI que se encargasen del resto. Bueno, lo normal es que ni tan siquiera te desplazases allí.

—Tengo que hacerlo. Y está Tom...

—Y San Francisco, Ethan. No quiero que estés allí, como detesto que vayas a Kansas. Regresarás con la cabeza inundada de recuerdos y volverán las pesadillas. ¿Has olvidado todo eso? Yo no. Yo estaba a tu lado, yo era la que se despertaba en mitad de la noche y te tranquilizaba. Quién sabe qué efecto te puede producir pasar allí un tiempo. No eres *normal*. Eres más inteligente que la mayoría de las personas, pero también más sensible y más introvertido. ¿De verdad tengo que explicarte estas cosas?

Y quizá no hacía falta, porque yo las sabía, aunque me negase a aceptar mis debilidades, los profundos traumas que arrastraba y que me impedían comportarme de un modo sensato.

—No puedo dejar colgado a Tom. Tú me pediste que le diera una oportunidad. Él es la única persona en el mundo que se ha preocupado de reabrir la investigación por el homicidio de mi padre. Viajaré a California, Liz. Algún día lo comprenderás.

En el fondo fui yo el que un día entendió que estaba matando su amor con aquella actitud, y que nuestros problemas se fueron acumulando gracias a mi egoísmo y a la manera de encarar nuestra relación. La perspectiva que sólo concede el paso del tiempo permite observar los acontecimientos desde fuera, con objetividad. Siendo objetivos ella puso más, muchísimo más que yo en esa relación que ya había dado un fruto maravilloso: nuestro pequeño hijo.

Pese a todo a primeros de abril, una vez organizados todos mis asuntos, tomé un vuelo hasta San Francisco. Durante las casi seis horas de trayecto escuché canciones que detestaba, que me recordaban a mi ciudad. También me puse un spot, en mi opinión el mejor de la historia, realizado por una de las compañías más ingeniosas del *Valle*; aquel fabuloso *1984* de *Apple*. Se lanzó a principios de año y yo había nacido a finales. Aquel *1984* apocalíptico que nos había mostrado en una novela George Orwell no era la panacea, pero tampoco el desastre que el brillante autor inglés había descrito 35 años antes. Lo más curioso es que el segundo spot que más me gustaba también lo había creado la compañía de Cupertino, ubicada a sólo unas millas de mi hogar familiar; aquel famoso *Crazy Ones*, con ese slogan extraordinario, *Think Different*, que me había enamorado en 1997 y que había salvado a la empresa de la manzana mordida de caer en la bancarrota. Durante un tiempo barajé la posibilidad de estudiar una ingeniería y de conseguir un empleo bien remunerado en *Silicon Valley*, algo relativamente sencillo en la época; pero mis intereses variaron y la trágica muerte de mi padre me hizo centrarme en un propósito: entrar a formar parte del FBI. No podía permitir que los malos saliesen impunes de sus actos horrendos, y la mejor manera de evitarlo era en lugar de gritar a los cuatro vientos *hincar los codos e*

implicarme de un modo directo en dar con ellos y lograr que la policía y la justicia los metiera entre rejas para que no causasen más daño al resto de la comunidad, que intentaba convivir en paz.

Casi cuando estábamos a punto de aterrizar volví a ver, por enésima vez, el discurso que Steve Jobs dio en mi Universidad, en la graduación de 2005. A mí no me correspondía estar allí, pero me colé entre los estudiantes para escuchar a aquel tipo singular que había sido capaz de levantarse después de recibir un golpe terrible y que había creado productos de ensueño. Me encandiló aquella charla, y me emocionó. De vez en cuando se la ponía a alguno de mis colegas o a Liz. No sólo me recordaba mis años en Stanford, también era un mensaje que me animaba en los momentos difíciles y que me ayudaba a soportar la pérdida de mi padre.

Por suerte Tom estaba en el aeropuerto para recibirme con su amplia sonrisa y su abrazo disipó en un instante todos los recuerdos que me podían hacer flaquear, y una enorme sensación de alegría me invadió.

—Jefe, has cambiado mucho; se nota que ya eres padre y que en el FBI te has convertido en uno de esos malditos mandamases.

Mi colega me miraba como lo hacen las abuelas después de un tiempo sin haber estado en contacto con sus nietos. Sus ojos centelleaban y me señalaba como lo hacen los jugadores de baloncesto a un compañero después de recibir una asistencia genial que les ha dejado una canasta en bandeja.

—Pues tú estás igual. Al final me vas a tener que mandar la receta de esos dichosos batidos.

—Tengo que cuidar mis músculos, ya lo sabes. Además, esta ciudad no es tan idílica como me la dibujabas y necesito estar en plena forma. Si llego a saber lo que me iba a encontrar pido destino en Detroit o en San Luis.

Tom bromeaba, como siempre. Había citado las dos ciudades con mayor índice de criminalidad de los Estados Unidos, muy alejados de la pacífica urbe de San Francisco. Pero al otro lado de la Bahía sí que se encontraba el único punto negro de la zona: Oakland, donde los tiroteos, los asaltos, los robos en viviendas, las drogas y la prostitución eran un serio problema. Una excepción dentro de una zona privilegiada en la que se apiñaban millonarios, artistas, estudiantes y docentes de todos los lugares del mundo y gente bohemia que lo último que deseaba en la vida era meterse en líos.

Charlando de manera distendida llegamos hasta el coche de mi viejo amigo. Se detuvo con media sonrisa dibujada en el rostro y me señaló un flamante Ford Taurus 2017 de color rojo plateado *full equip* con unas espectaculares llantas de veinte pulgadas.

—No puede ser cierto —musité, recordando que la última vez que estuvimos en

Kansas había alquilado uno muy similar para investigar por los alrededores.

—Este coche es perfecto para mí. Va con mi personalidad. Y además, le pega a una ciudad como San Francisco.

—¿De dónde narices has sacado la pasta?

—De mis ahorros dejándome la piel en el FBI. Ahorré mucho. Era la única ventaja de tanto aburrimiento...

Nos montamos y Tom me comentó que lo primero era llevarme a mi hotel. Se había ocupado personalmente de buscarme un buen alojamiento, no estaba dispuesto a que cualquiera me mandase a un lugar de mala muerte.

—¿Estás contento con tu nueva etapa? —pregunté, porque yo lo echaba mucho de menos.

—Sí, jefe, lo estoy. Ya lo sabes. En el FBI sólo me divertía cuando me dejabas escaparme de Quántico y meterme de lleno en las investigaciones. No estoy hecho para matar el tiempo encerrado en un despacho. Gano un poco menos y tengo que soportar a un tipo al que le gusta demasiado alzar la voz, pero por lo demás no tengo queja. Y esta ciudad es fantástica.

—No tengo sustituto para ti —repliqué, sin tener en cuenta todo lo que Tom me acababa de confesar.

—Ya surgirá alguien. Hay miles de chavales deseando ser agentes especiales. Las series de televisión y las novelas juegan a tu favor. Seguro que ya está delante de ti y aún ni te has fijado en él. Además, yo no era tan bueno. Te has olvidado pronto de lo cabreos que te pillabas conmigo.

Forcé una mueca que intentaba mostrar conformidad, pero mi rostro reflejó cierta desazón. No, no era nada sencillo encontrar a un tipo como el que en ese instante conducía su ansiado Ford Taurus, aunque, como él comentaba, hubiéramos mantenido decenas de discusiones en el pasado. Yo precisaba a un agente que fuera capaz de infiltrarse entre la gente corriente, de abrir una cerradura en un pestañeo o de tener el arrojo de saltarse las normas sin tener que pasarme horas explicando que no teníamos otra opción y que la vida de un inocente estaba en juego mientras perdíamos el tiempo en sandeces burocráticas. Él jamás me había fallado.

Llegamos a South Beach y aparcamos en la puerta del Hotel Via, como le gustaba hacer a él. Había reservado para mí una fantástica suite con vistas al *AT&T Park*, que se encontraba justo enfrente. Había sido todo un detalle, pero de inmediato se dio cuenta de que algo no marchaba bien.

—¿Qué es lo que sucede, jefe? Joder, esta habitación es la monda, tiene unas vistas extraordinarias y está a sólo media milla de la Central del Departamento de Policía.

Mi amigo tenía razón. La ubicación era perfecta y estaba a sólo diez minutos

paseando del lugar en el que tendría que mantener las reuniones casi a diario; pero allí, enfrente, estaba el *AT&T Park*.

—No es culpa tuya. No me hagas caso. Me encanta. De verdad, jamás me habían mimado tanto.

—¡Venga ya! Aún puedo buscar otro lugar. Pero vamos, que ya quisiera yo una suite así. Tú me mandabas a moteles de tercera para pasar inadvertido, ¿lo recuerdas?

—Siempre cerca de un McDonald's.

Nos echamos a reír y aquello me relajó. Fui sacando mis cosas de la maleta y traté de disimular.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó Tom, dando a entender que ya no insistiría más.

Señalé con mi índice derecho con desgana el *AT&T Park*. Mi colega se giró y se encogió de hombros.

—Los *Giants* eran el equipo favorito de mi padre. Fui muchas veces con él a ese estadio. Pasamos muchas horas los dos juntos en las gradas, viendo jugar a nuestro equipo con la Bahía al fondo. Era un apasionado del béisbol.

—La he jodido. Lo siento.

—No, no has jodido nada. Han pasado muchos años, Tom. Es mi maldita cabeza, que no logra superarlo.

—Ese caso lo vamos a resolver juntos, ¿lo sabes?

Sí, él se había ocupado nada más llegar a San Francisco de reabrir la investigación del homicidio de mi padre, a la que habían dado carpetazo de un modo rápido y desinteresado. No podía reprocharle nada.

—Sí, pero antes tenemos a un asesino de niñas entre manos. Ya nos ocuparemos de eso. Y olvida lo de cambiar de hotel. Me encanta esta suite. No la cambiaría ni por una villa de 1.500 pies cuadrados en Hawái.

—Lo lamento. De verdad que creía que te haría ilusión —murmuró el detective, desconsolado.

—Y me la hace. Sólo ha sido la primera impresión, pero es sensacional. Venga, dejemos de perder el tiempo y coméntame algo sobre el caso. He recorrido 3.000 millas para ser útil.

Tom se acercó hasta mí y me sacudió con afecto. Después cogió mis zapatillas New Balance y soltó una carcajada.

—¿Sigues corriendo?

—Cada vez que puedo.

Dejó las zapatillas y se sentó al borde de la cama. Su mirada se perdía en el infinito.

—Te necesito. Te necesitamos, jefe. Tenemos una mierda de perfil y un puñado

de sospechosos. Sé que ninguno es el culpable. Así estamos ahora mismo.

Capítulo IV

Aquella noche cené pronto y me acosté temprano. Deseaba llegar a primera hora, con la mente despejada, a la Central del Departamento de Policía. Según me había explicado Tom teníamos mucha faena por delante, pese a los meses que ya llevaban investigando el asunto.

El edificio principal del Departamento de Policía de San Francisco era espectacular: una base de hormigón en bloques paralelos, cinco alturas completamente acristaladas y un recubrimiento rectangular de metal galvanizado en un elegante tono gris en los laterales y el techo. Impresionaba. También la diminuta y antigua estación de bomberos, de ladrillo rojizo, con una enorme campana al costado, en China Basin Street, que se hacía hueco entre aquellas moles que albergaban a más de mil empleados.

Al atravesar la entrada una enorme insignia, que todos los agentes llevaban cosida en sus hombros, me deslumbró, con aquel fénix resurgiendo de las llamas con las alas extendidas y el lema de la ciudad, el condado y la policía, escrito en castellano: «*Oro en paz, fierro en guerra*». Toda una declaración de intenciones que se remontaba casi dos siglos atrás. Era algo que los más jóvenes y cultos solían gritar en las casas cuando llevaban ya algunas cervezas de más en el cuerpo. Yo, que era prácticamente abstemio —sólo una cerveza ocasional rompía mi renuncia al alcohol—, jamás había participado ni de adolescente ni en el campus de Stanford de aquellos ritos, por lo demás, un tanto ridículos.

Nada más llegar Tom me recibió y como solía suceder cuando había estado en ciudades grandes —Detroit o Phoenix— me tocó rellenar algunos formularios. Burocracia necesaria para que un agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta llegado desde Quántico pudiera participar en la investigación de aquellos asesinatos salvajes. Después me guio hasta una sala magnífica, equipada con la última tecnología y con muebles de diseño, en la que ya me esperaban cuatro personas. Mi amigo me había advertido de que mi actitud fuese pasiva en un principio y que poco a poco me fuese soltando. En definitiva, que no la *cagase* nada más poner un pie allí.

Me presentó y me fue diciendo quiénes se encontraban en la estancia: Mason Smith, Capitán del Departamento de Policía; Aria Martínez, detective de homicidios, como mi colega; Luke Evans, investigador principal asignado al caso y, por último, Kaitlyn Peterson, agente especial responsable de la oficina

satélite del FBI en Santa Rosa, que cubría el Condado de Marin, donde habían sido hallados los cadáveres de las chiquillas. Todos tenían el semblante serio y parecían aguardar a que yo me sacase de una chistera, o quizá de la manga de la chaqueta, un conejo que resolviera de un plumazo todos sus problemas.

Smith, el Capitán, antes de entrar en los pormenores del caso, se centró en explicarme la enorme presión que ya soportaban: la comunidad, el alcalde, el gobernador y, en especial, los medios de comunicación.

—Nos han salido *dos granos en el culo*, si me permite la expresión. Uno es un veterano periodista del *Chronicle*, que parece que antes de retirarse nos quiere tocar las narices; el otro está en el extremo opuesto, es un novato que llegó hace poco al *Examiner* y que imagino que desea hacer méritos, aunque sea a costa de una tragedia como la que tenemos entre manos.

El Capitán hablaba como si escupiera cada palabra, como si mascara tabaco y deseara lanzar muy lejos cada bola de hojas trituradas por sus muelas de *Red Man*. Era un tipo duro, de los que a primera vista te causan una impresión incierta y que sabes que pertenecen a la vieja escuela.

—¿Y las televisiones? —pregunté, más interesado en mis propios fantasmas que en los que acosaban a Smith.

—De momento no están demasiado interesadas. Lo típico: la FOX, la CBS, la ABC, la NBC y Univision le están dedicando un poco de cobertura, pero no molestan a las familias y nos dejan trabajar más o menos en paz. Se conforman con una rueda de prensa cada dos semanas y listo. Tampoco a los políticos les interesa que se monte un gran follón, y con los canales pueden ejercer más presión que con los periódicos, ya me comprende.

Podía comprenderle, porque el alcance de un periódico, aunque fuese de una ciudad como San Francisco, era limitado, pero si se metían las televisiones, y no digamos si el caso pasaba a ser de interés nacional, nuestra labor se complicaría en todos los sentidos. Asentí.

La agente especial Peterson, tras la introducción realizada por el Capitán, entró en detalles. Describió de un modo conciso las pesquisas que se habían realizado en las últimas semanas, desde que quedó patente que todos nos enfrentábamos a un asesino en serie. Era una sospecha que había cobrado mucha fuerza en noviembre, cuando encontraron a la segunda víctima —y cuando Tom me telefoneó por primera vez—, pero ahora ya no cabía ninguna duda.

—Hay muchas cosas que no están en el informe que remitimos a Quántico. De hecho la mayoría sólo las conocemos los que estamos aquí reunidos, otro investigador, otro detective, un forense, el Jefe de Policía y el agente especial al mando de la Oficina del FBI. Nadie más.

Me quedé en silencio, observando el rostro agradable de la agente Kaitlyn, que

me miraba sin pestañear, indicando que aquello era algo muy serio.

—Imagino que existe un patrón muy definido —dije, titubeante.

—Así es. Siempre son niñas. De diez años. Las rapta, las mata casi de inmediato y a los pocos días abandona los cuerpos y los deja semienterrados al pie de un árbol. Dos de las pequeñas tenían el pelo castaño, pero la última era rubia.

—¿Oportunidad? —pregunté, aunque no estaba seguro ni de lo que hablaba.

—No creo, agente Bush. Tomarse tantas molestias en secuestrar a tres niñas, siempre de la misma edad, y de súbito cambiar el modus operandi por una cuestión de oportunidad... No me lo trago.

—Yo tampoco —reconocí—. Entiendo que la prensa está al tanto de todo eso...

—Sí. Y de alguna cosa más. Hemos tenido filtraciones y por eso ahora llevamos más cuidado.

—¿Filtraciones?

—Sí, es casi normal. Sólo en este edificio trabajan cientos de personas; en todo el Departamento de Policía más de dos mil. No se puede controlar a tanta gente, a menos que pongas un tamiz muy estricto. Ahora trabajamos así.

—¿Qué se ha filtrado? —pregunté, liberado al saber que el documento que me habían enviado hurtaba mucha de la información del caso.

La detective Aria Martínez, que más tarde supe que era una estadounidense de primera generación, hija de dos inmigrantes ilegales mexicanos, carraspeó y levantó la mano. El Capitán le hizo un gesto, invitándola a intervenir.

—Las viste con camisones blancos. Las pequeñas llevaban ropa de calle corriente. Creemos que el asesino se las queda como trofeo. Las mata, las lava con esmero y después les pone un camisón, como si las fuera a dejar dormidas en el bosque.

—¡Mierda! —exclamé, con rabia.

—Ya está todo bajo control. Usted se suma a una lista muy reducida. Hemos creado tres tipos de informes: uno para el grupo principal, otro interno, al que pueden acceder los agentes implicados en la investigación, y el que difundimos a la prensa —dijo el Capitán, seguro de sí mismo.

—¿Y cómo se aseguran de que el primero sólo lo leen las personas seleccionadas? —inquirí, suspicaz.

Mason Smith me tendió una carpeta marrón, de esas baratas que se podían adquirir en cualquier Walmart por menos de un centavo. No llevaba ningún sello, ni marca ni estampado. La abrí y descubrí, asombrado, que estaba redactada a máquina, con una de esas máquinas de escribir antiguas, que ya en 2019 sólo podías encontrar en los museos o en el fondo de algún trastero. Tuve una sensación agradable y pensé que me había dejado olvidados mis cuadernos *Moleskine* en la habitación del hotel.

—Evans usa una Royal Epoch bastante moderna. Lo malo es que ahora las fabrican en China. Ya casi todo lo hacen los chinos. Al menos seguimos inventando nosotros.

—Ya. De modo que el número de copias es limitado.

—Cuando termina el informe hago las fotocopias en mi despacho, las numero y las firmo; después meto en la trituradora de papel el original. Es como haber regresado a los setenta. Lo analógico siempre es la última solución, y casi siempre la mejor —musitó el Capitán, sonriente.

—Opino lo mismo —murmuré, intentando ganarme las simpatías de Smith desde el principio—. ¿Alguna filtración más?

—Pequeños detalles sin importancia —respondió Peterson—. Lo que sí conocen, obvio, es la identidad de las víctimas, cómo las encontramos y que las deja siempre al pie de un árbol.

—Un trauma profundo infantil —musité, reflexionando en voz alta.

—Es la teoría más sólida —dijo el investigador Evans, un hombre reservado que se frotaba las manos de un modo casi patológico.

—Agente Bush, ahora llegan las sorpresas —manifestó la detective Martínez—. Los pormenores que sólo nosotros conocemos y que le permitirán crear un perfil con más precisión. Algunos nos tienen consternados.

Todos, casi a la vez, bajaron la cabeza, como si estuvieran orando a dios justo antes de la cena del Día de Acción de Gracias o algo semejante. Me quedé atónito. Hasta Tom parecía otro.

—Por ejemplo —dije, animando a la detective.

—¿Le suena el *Asesino del Zodiaco*?

Capítulo V

Si a casi todos los mayores de 50 años del país a los que preguntases les sonaría, de un modo más o menos vago, el *Asesino del Zodiaco*, no digamos a cualquiera nacido en San Francisco, y más a mí, que era agente especial del FBI.

Era el crimen sin resolver más famoso de la historia de la ciudad, y aún pesaba sobre las conciencias de agentes retirados y de muchos periodistas que habían hecho lo imposible por dar con la identidad de un desalmado que había acabado, por lo menos, con la vida de cinco inocentes, aunque el número total de posibles víctimas oscilaba entre una decena y medio centenar. Hablamos de finales de los sesenta del siglo pasado, una época en la que no existían ni las pruebas de ADN ni muchas de las técnicas forenses no ya actuales —desde luego—, ni siquiera nada semejante a lo que ya se realizaba a principios de 2019. Mi compañera Liz era una experta en el tema y contribuyó de un modo muy significativo en el uso de los fenotipos y de otras pruebas que ahora nos permiten salvar muchas vidas y atrapar a los culpables con relativa facilidad.

La cuestión truculenta era que el monstruo que buscábamos dibujaba con un rotulador permanente de tinta negra un sencillo dibujo en el cuello de las pequeñas. Era el mismo que el *Asesino del Zodiaco* había empleado para firmar sus cartas dirigidas a diversos medios de comunicación, entre ellos el *Chronicle* y el *Examiner*, que aún seguían en circulación y que precisamente eran los más interesados en el caso de las pequeñas. El símbolo era un simple círculo con una cruz encima. Era idéntico al logotipo de la marca de relojes suiza *Zodiac*, que contaba con más de un siglo de antigüedad. Para todos los implicados en la investigación aquello era una broma muy macabra. Para mí, sin embargo, era un mensaje, una pista sólida que podía conducirnos directos hacia el paradero del culpable.

Aquel día me lo pasé por completo encerrado en la Central del Departamento de Policía. Había otros detalles que no habían trascendido y que sólo conocíamos unos pocos: la posición exacta en la que dejaba los cuerpos, que siempre apenas los enterraba o que jamás había abusado sexualmente de las niñas. El Jefe de Policía y el agente especial al mando del FBI habían permitido que la prensa especulase con dicha información, de modo que el asesino se sintiese seguro y confiado. Tampoco habían comentado que ya sabían la marca de rotulador, de camión o de jabón que aquel engendro empleaba. Pese a ser bastante comunes,

y económicas, cualquier despiste podía darnos un indicio que fuese el hilo desde el que comenzar a tirar para dar caza a ese tipo sin escrúpulos.

El investigador Evans y la agente Peterson habían elaborado un primer perfil del asesino que deseaban que yo repasase por la noche, justo antes de irme a dormir, para que compartiese con ellos mis impresiones. Todo era muy precipitado, pero también el estrés que soportaban debía ser mayúsculo, de modo que me limité a aceptar y pensé que ya tendría tiempo de explicarles que ni mi mente era tan rápida ni era apropiado forzar la máquina, aunque la siguiente víctima pudiera estar al caer.

El perfil estaba bastante elaborado: proponían que el asesino debía rondar los 30 años, contar con una formación sólida, ciertas habilidades sociales, unos modales exquisitos, bien integrado aunque con escasas relaciones con la comunidad, lo más probable es que estuviera casado pero sin hijos, que se hubiera criado en una familia desestructurada y que hubiera sufrido un severo trauma en la infancia, lo más seguro que a la edad de diez años. También sugerían que podía tratarse de un homosexual o de alguien muy poco interesado por las relaciones íntimas. Casi seguro que era un varón, caucásico, fornido y que mimaba su salud. Más inseguros se mostraban a la hora de establecer cómo contactaba con las pequeñas, aunque todas habían sido raptadas en parques: ¿Era monitor de actividades para niños? ¿Impartía clases en un colegio de primaria? ¿Se dedicaba a la psicología infantil? Lo cierto es que las posibilidades eran muchas. Incluso bastaba con que su madurez no se hubiera desarrollado de un modo apropiado para ser capaz de ponerse al nivel de un pequeño y generar confianza en él. En un aterrador experimento realizado por la UAC en Washington y alrededores, con la autorización de algunas familias, un agente de paisano había conseguido convencer en apenas dos minutos a más de un 80% de los niños participantes para que lo acompañasen a cambio de entregarles unas golosinas o un pequeño juguete. Casi todos los chiquillos se habían limitado a preguntar si conocía a sus padres, y al agente le había bastado con responder que sí. Sólo una minoría gritó, se negó o fue a preguntar a sus progenitores antes de abandonar los parques de la mano de un completo desconocido. Este ensayo ya se había realizado en el pasado y también en otros países desarrollados y los resultados eran casi idénticos. Engañar a un niño, a poco que uno se hubiera preparado, era lo más sencillo del mundo. Pavoroso.

Me acosté rendido y apenas descansé, porque varias pesadillas me atosigaron a lo largo de la noche. Cuando no veía los cadáveres de las pequeñas me venía a la mente la imagen de mi padre, vivo, entrenando conmigo al béisbol. Las intenciones de Tom habían sido buenas, pero tener el *AT&T Park* justo enfrente me estaba acogotando.

Me levanté muy temprano. Un día típico de primavera de San Francisco me recibió, con una densa niebla que me impedía ver más allá de tres palmos de la cristalera de mi habitación. Estaba en casa.

Salí a correr y tomé dirección norte, siguiendo el paseo *The Embarcadero*, con aquellas vistas fabulosas a la Bahía. Me crucé con decenas de *runners* que me saludaban sonrientes. Mi ciudad era, según las estadísticas, la que tenía una mayor tasa de gente corriente que practicaba deporte y que, por tanto, mantenía un espléndido estado de forma. Recorrí poco más de dos millas y media, pasando por debajo del fabuloso *Oakland Bay Bridge* y llegando hasta el punto, atestado de restaurantes y comercios, desde el que salían los ferries llenos de turistas que se acercaban hasta la isla de Alcatraz, *La Roca*, a echar un vistazo a la antigua y famosa penitenciaría. Yo descansé un rato en un bonito mirador de madera que no recordaba que existiera años atrás, aunque la espesa bruma me impidió disfrutar de las vistas. Regresé a buen ritmo, hasta completar un decente entrenamiento de 5 millas, y me di una ducha fría que me despejó por completo. Cuando salí por la puerta del hotel ya había escampado y el sol lucía en un cielo de un color tan azul como maravilloso. Ese cielo que tanto echaba de menos.

El paseo hasta el Departamento de Policía era breve pero agradable y permitía reflexionar durante un rato antes de afrontar la jornada. Aquel día comprendía que mi amigo no podía haberme encontrado un alojamiento mejor y que yo había sido un estúpido —de nuevo— al dejarme arrastrar por mis sentimientos, que ya debían estar sepultados por toneladas de experiencias y por el efecto sanador que el paso de los años procura.

Antes de entrar al moderno edificio me quedé contemplando la pequeña estación de bomberos y la hermosa campana, junto a la que algunos forasteros se estaban haciendo *selfies*. Me parecía mentira estar en mi ciudad y recordé que no había telefonado a mi madre, que ahora residía en Los Baños, una pequeña población de sólo 35.000 habitantes situada a un par de horas en coche de San Francisco. Como imaginaba me pidió que me escapase en cuanto pudiera para visitarla. Lo malo es que aquello suponía tener que ir con ella, acto seguido, al cementerio de Mariposa, 70 millas más al este, a limpiar la lápida de mi padre, poner flores frescas y dirigirle algunas palabras. Ella era una creyente fervorosa mientras que yo era un ateo convencido.

Busqué a Tom en su despacho y por suerte lo encontré solo. Deseaba comentar con él todo lo acaecido la jornada anterior y saber qué papel habían planeado entre todos que tenía que jugar yo en la investigación.

—Jefe, deseo que seas tú, tú mismo. No tienes que cambiar nada. Bueno, si eres tan amable prefiero que no te comportes la mitad del tiempo como un necio, pero el cupo de milagros creo que ya lo he cubierto y no estoy en condiciones de

pedir más.

—Es que no me siento cómodo. Estoy un poco como en Phoenix —musité.

—Allí no me tenías a mí. Estabas solo —replicó mi amigo, dolido.

—Lo siento, Tom. No me he explicado bien. Además, aunque me llames *jefe* no podemos trabajar como antaño.

—¿Quién ha dicho eso?

—No sé... Ya no formas parte del FBI, eres detective de homicidios aquí y dependes del Capitán Smith. Seamos honestos.

—¿Qué es lo que quieres?

Tom se reclinó en su moderno asiento de diseño y entrelazó sus manos por detrás de la nuca, aguardando mi respuesta.

—Lo mismo que tú me has dicho antes. Deseo que seas tú. Deseo recuperar al Tom del FBI.

Para calmar mis nervios metí la mano derecha en el bolsillo exterior de mi chaqueta y apreté con fuerza las tapas de mi libreta *Moleskine*, que no había olvidado en la habitación del hotel, cuyo tacto suave y cálido me reconfortó.

—Aquí está, delante de ti. Sólo tenemos que ponernos a colaborar como siempre.

—Como siempre...

—¿Ponme a prueba?

Me senté y no pude contener lanzar un silbido. Estaba contento.

—Esto no me lo esperaba.

—Lo hablé con Smith, antes de pedirte que te implicases. Me dijo que podíamos hacer lo que nos diera la gana, pero que parásemos esta carnicería. Nadie en toda la zona de la Bahía quiere a otra niña muerta a los pies de un árbol, jefe. Yo soy el primero que me pongo enfermo sólo de imaginarlo, que doy un respingo cuando suena este teléfono. Tenemos vía libre. Están asesinando renacuajos. No es una broma.

—De acuerdo. Necesito conocer todo lo posible de la primera víctima.

—La que apareció en verano, a mediados de julio...

—Exacto. No hay nada semejante, ¿verdad?

Mi amigo negó con la cabeza, mientras indagaba en su ordenador.

—Lo más parecido, y de eso han transcurrido ya dos años, es el caso que resolviste en Arizona. Por suerte los asesinos en serie de niños no abundan. Hay que estar muy tarado para matar a un chiquillo inocente, hay que ser muy hijo de puta.

—No lo resolví yo solo, Tom. Fue un trabajo de equipo, como siempre. Y si no llega a ser por una investigadora, Emily Young, me habrían volado los sesos y ahora mis cenizas estarían flotando detrás de este edificio, a merced de las aguas

de la Bahía.

—Pues haremos lo mismo...

—No, tenemos que hacerlo mejor. Al menos yo debo de esforzarme mucho más.

—Jefe, no empieces, por favor.

Mi colega dejó el teclado y me guiñó un ojo. Estaba confundido y no sabía a lo que me refería, por eso me regañaba.

—Un pequeño apareció asesinado cuando ya me encontraba en Phoenix. No quiero volver a sentir lo mismo. Vamos a atrapar a ese monstruo antes de que vuelva a actuar.

—Recuerdas que te llamé en noviembre...

—Sí, Tom, es imposible que lo olvide.

Él ya me había avisado de que aunque sólo hubieran aparecido dos cuerpos se enfrentaban a un peligroso asesino en serie. Yo no le había prestado la debida atención y al final, por desgracia, el tiempo le había dado la razón.

—Pues no hace falta que te explique cómo nos sentimos. Cada una de esas niñas es como si formara parte de nuestra familia. Para mí son como mis sobrinas o como unas hijas imaginarias que jamás tendré —murmuró, cabizbajo. De inmediato señaló un reloj digital que tenía colgado de una de las paredes del despacho—. Llegamos tarde a una reunión. Nada más terminar regresamos aquí y te digo todo lo que sé respecto a Lucy Sims.

—¿Lucy Sims? —pregunté, desnortado.

—La primera pequeña que asesinaron. La que tanto te interesa.

Tom me llevó a la misma sala en la que había estado el día anterior. Asistíamos también las mismas seis personas. Allí me explicaron que cada uno coordinaba a un grupo: el Capitán Smith a todos los detectives, investigadores y agentes del Departamento de Policía de San Francisco; Peterson al personal del FBI; el investigador Evans a los forenses de todos los ámbitos; la detective Martínez a todos los de su mismo rango en toda la zona de la Bahía y Tom era el enlace, y yo mismo era una prueba, entre el FBI, ya que había sido agente especial varios años, y el Departamento de Policía.

San Francisco era una urbe peculiar, en muchos sentidos: era la única ciudad-condado de todo el estado de California, y una de las pocas del país; también era la segunda en densidad de población, en términos de habitantes por milla cuadrada, sólo superada por Nueva York. Estos aspectos, en apariencia poco relevantes, en términos legales en 2019 sí suponían un galimatías que en cualquier otro lugar hubiera estado mucho más claro. Una de las singularidades más curiosas es que la sheriff del condado —por primera vez por entonces una mujer ocupaba ese cargo— y su oficina estaba al margen de la investigación, salvo para determinadas labores de apoyo. Era el enorme Departamento de

Policía, en colaboración con la oficina local del FBI, el que asumía toda la responsabilidad y el Jefe de Policía el que tenía un control absoluto sobre cualquier materia relacionada con el caso.

Aquella mañana el Capitán, empleando una gigantesca pantalla de 105’’ con una resolución 5K que me dejó un buen rato con la boca abierta, fue mostrando imágenes de las localizaciones en las que residían las víctimas y los lugares en los que fueron hallados los cadáveres. Todos los emplazamientos situados en el Condado de Marin, en la zona de grandes parques pegados a la costa que se ubicaban al oeste del *Golden Gate*. No cabía la menor duda de que aquel tipo conocía muy bien el terreno y que se movía por él con comodidad y sin temor. Sin embargo las niñas habían sido raptadas en San Francisco ciudad, en puntos distantes entre sí y en circunstancias similares pero que presentaban ciertas peculiaridades. Todos aquellos datos permitían seguir elaborando un perfil más fidedigno del monstruo que perseguíamos, y que si su cadencia seguía el mismo patrón volvería a asesinar a una pequeña en julio. En definitiva, contábamos con menos de tres meses para meterlo en un calabozo y dejarlo allí encerrado hasta que se pudriese. En California, por desgracia, aún era legal la pena de muerte en 2019, aunque no se aplicaba desde hacía más de una década y más de 700 presos aguardaban en el *corredor de la muerte*. Yo era partidario de que la inyección letal fuera suprimida y que el estado en el que había nacido aboliese, por fin, aquella forma salvaje de hacer *justicia*, que no servía ni para evitar los delitos de sangre ni para consolar a las víctimas o a sus familias y amigos —con el paso del tiempo sucedía justo lo contrario; afloraban sentimientos de culpa y la sensación de que la *venganza* jamás trae debajo del brazo nada bueno—.

Según las autopsias el desalmado que raptaba a las pequeñas tardaba poco en matarlas y en deshacerse de sus cuerpos, aunque los mantenía en su poder entre 24 y 72 horas —el que abandonara los cadáveres en zonas poco transitadas no ayudaba a establecer un margen estrecho—. Teníamos la marca de rotulador que empleaba —una barata que se vendía en tiendas de todo a un dólar fabricada en China— y las de los tres blusones que había puesto a las chiquillas tras lavarlas a conciencia, que eran de una empresa situada a la afueras de Vallejo —es decir, muy próxima a San Francisco— y que trabajaba para diversas marcas; el problema es que algunos empleados vendían de forma subrepticia prendas sueltas o por lotes sin etiquetar, y esas eran las que habían colocado a los cadáveres. Por desgracia no había cámaras de vigilancia y esos lotes no estaban numerados y por tanto seguirles el rastro era complicado. Si a eso le sumábamos que los trabajadores tampoco deseaban colaborar mucho, porque hacerlo podía suponerles un despido disciplinario, nos topábamos con un cóctel que jugaba en nuestra contra.

El asesino, como tantos infanticidas, no empleaba la violencia ni para secuestrar ni para matar a las niñas. Las autopsias siempre habían arrojado el mismo resultado: muerte por depresión respiratoria causada por una combinación de morfina, metoclopramida y bajas dosis de alcohol mezclado con zumo de naranja. En los estómagos también se habían hallado golosinas sin terminar de digerir, en cantidades diversas, abundando unas gominolas de banana que se distribuían en exclusiva en tiendas Raley's —que sólo operaban al otro lado de la Bahía—. Eso nos permitía imaginar la situación: el monstruo engatusa a las pequeñas con las golosinas y después, ya en un lugar que él considera seguro, las envenena con un mejunje de sabor agradable que combina un potente sedante, un antiemético y un potenciador de los efectos, sobre todo en menores, como es el alcohol. Aunque las diferencias eran evidentes, en especial por el estado en el que quedaban los pequeños, mi mente regresaba una y otra vez al caso que me había llevado hasta Arizona. Resultaba imposible sacarlo de mi cabeza y, también, era absurdo creer que me libraría del horror de antaño. Los agentes, los investigadores, los detectives y todos los que de un modo directo tenemos que enfrentarnos a las atrocidades que el ser humano es capaz de llevar a cabo vamos acumulando *muestras* en el hipocampo que jamás desaparecen, que nunca cicatrizan, y que de un modo u otro —demencia, pesadillas, depresión, adicciones o incluso explosiones de violencia— acaban pasando factura y saliendo a la luz.

—Las desnuda, pero no abusa de las niñas. Quizá les saque fotos, quizá se masturbe después con la ropa o haga recreaciones mentales con las que calmar su ansiedad durante esos meses de latencia en los que no actúa —musitó Kaitlyn Peterson con una frialdad que me sobrecogió.

—No emplea la violencia, las deja con mimo a los pies de un árbol, las baña a conciencia y después las viste con ese camisón. No sé... —reflexioné; en alguna zona de mi cerebro todo aquello tenía una explicación.

—¿Qué opina, agente Bush? —preguntó la detective Martínez, muy interesada. Odiaba lanzar una hipótesis cuando apenas llevaba un día completo en San Francisco y asistía a mi segunda reunión. Pero para eso habían solicitado mi participación: para que expresara mis opiniones y diera un enfoque distinto a la investigación.

—Tengo la impresión de que siempre exageramos el móvil sexual cuando nos enfrentamos a asesinos en serie. Bajo mi punto de vista las razones son mucho más complejas y variadas, aunque en porcentaje desde luego el sexo siga siendo el elemento más frecuente. Sin embargo hay traumas que se generan por otras causas y que, pasados los años, desembocan en conductas agresivas, como dar muerte a unas niñas inocentes. Aquí observo mucho *tacto*, si me permiten la

expresión.

—¿Tacto? —inquirió el Capitán, perplejo.

—Sí —respondí, con calma—. Las lava, les pone una ropa que para él tiene un significado especial, las abandona junto a un árbol y las mata de un modo que no sólo no es violento... además hace que las pequeñas no sufran. No me encaja con un pederasta que ha perdido el juicio y se ensaña. Tampoco con un psicópata desorganizado.

—Pero, agente Bush... ¡ese tipo es un bárbaro!

—Desde luego, Capitán Smith; cómo poner eso en duda. Ahora nos toca meternos en su cerebro y comprender qué le impele a actuar de esa manera.

—Es obvio: la locura, una locura que ninguno de los que estamos aquí podemos llegar a entender.

—Pues es nuestra obligación. Tenemos que entender a ese monstruo. Y lo más probable es que no esté tan alienado como imagina. Sufre un trauma severo, profundo, relacionado con su etapa infantil, pero es capaz de moverse entre nosotros sin llamar la atención. Por eso ha matado ya a tres niñas. Por eso han transcurrido más de nueve meses desde que actuó por primera vez y aún no lo hemos atrapado.

Aquel último comentario había sido cruel y todos los que me acompañaban lo recibieron como una puñalada. Aunque hubiese empleado el plural en el fondo era como si los responsabilizara de que ese desalmado todavía anduviera suelto por la zona de la Bahía, campando a sus anchas. No era mi intención. Lo que yo deseaba era que comprendiesen que era un individuo perturbado, pero también muy inteligente y con sentimientos, pese a la casi total ausencia de empatía hacia el resto de seres humanos.

—No hace falta que nos recuerde que todavía está libre; somos conscientes de ello y le garantizo que es en lo último que pensamos antes de quedarnos dormidos, si es que logramos conciliar el sueño.

—Lo lamento —dije, sincero—. Me he expresado mal. Lo que deseo es que todos los aquí presentes varíen el enfoque. Todos ustedes tienen experiencia. Los asesinos en serie responden a unos patrones, pero con matices propios, que los hacen singulares. El ViCAP y todos los casos que tenemos registrados nos ayudarán a atrapar a ese malnacido, sin embargo debemos comenzar a razonar como él o nos va a resultar casi imposible meterlo en un calabozo.

—¿Y cómo se mete uno en la sesera de un animal que asesina niñas de diez años? —inquirió el Capitán Smith, cuya paciencia se estaba agotando.

—Estudiando a las víctimas. Hoy me gustaría conocer mejor a la primera, que es la más relevante.

—¿Lucy Sims?

—Creo que sí.

—Pues no pierda más el tiempo. La agente especial Peterson y Tom pueden llevarle al lugar donde encontraron su cadáver, mostrarle la ficha que hemos confeccionado e incluso, si se arma de valor, acompañarle a visitar a los padres. No es lo mismo estar en Quántico repasando informes que mirar a los ojos de una madre a la que le han asesinado una hija.

Mason Smith estaba todavía molesto conmigo, y pese a todo confiaba en Tom y en el agente especial al mando de la Oficina del FBI en San Francisco; ambos le habían hablado muy bien de mí.

—Capitán, sí sé lo que es estar delante de unos progenitores que han perdido de forma violenta a un hijo. No soy un burócrata de Washington que se pasa las horas muertas encerrado en un despacho dando órdenes. Tengo 34 años y esta es la novena vez me escapo de allí para colaborar con departamentos de policía y oficinas del sheriff de varios estados. No le han recomendado a un imbécil, aunque pueda darle esa impresión.

Smith se quedó mirándome, con los labios muy apretados, aguantando la respiración y contando hasta diez antes de replicar.

—Parece sólo un crío recién salido de la academia, pero habla como un veterano curtido. Trataré de pensar más en cómo se expresa que en su aspecto. Sólo le ruego que muestre respeto hacia todos los que estamos aquí, desde el Jefe de Policía hasta el último agente de la oficina del sheriff más pequeña de la Bahía, ¿me explico?

—Desde luego.

—En tal caso vaya a conocer todo lo posible sobre la vida de esa pequeña. A mí me cuesta hasta pronunciar sus nombres. ¿Es padre?

—Sí. Mi hijo cumplió su primer año hace unas semanas.

—Mejor. Usted me habla de meterse en el pellejo de ese salvaje, yo le pido que se ponga también en el sitio de las familias de las víctimas. Trate de hacer las dos cosas. Tengo entendido que es muy bueno en su especialidad. Yo sólo valgo para lo segundo.

Cuando nos despedimos la tensión era muy alta. Apenas abandonamos la sala Tom me dio un puntapié y lanzó un bufido.

—¡Jefe, creía que habías madurando durante este tiempo!

—Y lo he hecho. He progresado mucho.

—Y una mierda. Nos acabas de restregar la muerte de tres niñas inocentes por la cara y te has quedado tan ancho. Eres el mismo Ethan que conocí hace cinco años; quizá un poco más comedido...

La agente especial Peterson, que mantenía la frialdad y no se había sentido agraviada por mi comentario, intervino con lucidez.

—Es de ahora o ya se llevaban así de bien en Quántico...

Tom y yo nos miramos, un poco avergonzados. Nos habíamos olvidado por completo que nos acompañaba Kaitlyn y que seguíamos por los pasillos de la Central del Departamento de Policía de San Francisco.

—Viene de lejos —musité.

—No nos hagas caso. Nos entendemos mejor de lo que parece y hacemos buen equipo. Pero descubrirás que es un cretino, si es que no te has dado cuenta ya.

La agente especial del FBI y Tom se dirigían en un tono cordial, casi como si fueran colegas. El pasado de mi amigo en Washington y una investigación tan dura y compleja ayudaban a estrechar lazos.

—Espero no haberla molestado con mi apreciación de hace un rato. Nada más lejos de mi voluntad —murmuré, aunque ya intuía que estaba delante de una mujer dura y sin complejos.

—Olvidado. Reflexionaba en voz alta y le ha faltado tacto, seamos francos. Lo que tengo muy claro es que no pretendía ofendernos.

—Mejor. El Capitán no lo ha encajado del mismo modo.

Peterson hizo un aspaviento y después ladeó la cabeza, casi de un modo coqueto.

—Tenemos trabajo, agente Bush, ¿por dónde quiere comenzar?

—Antes de conocer a los padres me gustaría estudiar el lugar en el que dejaron el cuerpo sin vida de la pequeña. Deseo ver ese maldito árbol...

Capítulo VI

La pequeña de sólo diez años Lucy Sims había sido vista con vida por última vez en los alrededores del parque Twin Peaks, situado en el centro de la ciudad de San Francisco. La niña ya conocía la zona y sus progenitores estaban habituados a dejarla libre para que jugase con otros chiquillos de su misma edad.

Ningún testigo, aquella tranquila mañana de mediados de julio de 2018, la había visto abandonar el lugar, mucho menos acompañada de un adulto. Todo un misterio.

Para llegar al sitio en el que fue hallado su cadáver, montados en el Ford Taurus de mi amigo, hicimos lo que cualquier habitante de San Francisco: seguir la ruta más corta hacia el Condado de Marin, tomando la 101 y cruzando el archiconocido *Golden Gate*, pagando las tasas correspondientes.

—No la llevó por aquí —murmuré, mientras circulábamos por uno de los tres carriles en dirección norte y yo contemplaba a mi izquierda el Océano Pacífico y a mi derecha, entre los transeúntes que discurrían por la vía protegida para peatones, la Bahía, con *La Roca* en el centro—. Es imposible.

—Hemos contemplado esa hipótesis —replicó Tom, serio.

—Esto está plagado de cámaras, hay un tráfico intenso casi las 24 horas del día y es necesario pasar por la zona de peaje. Demasiado riesgo para un asesino organizado.

—Agente Bush, también pudo emplear uno de los otros siete puentes de los que dispone la Bahía, pero los problemas serían similares, aunque no tan acusados como cruzando el *Golden Gate* —dijo Peterson, señalando diversos puntos ubicados al este del puente que yo casi podía situar en un mapa con los ojos cerrados—. Y sí, hay una última opción, que es incómoda y aterradora: que diera todo un rodeo con tal de evitar los lugares más peliagudos.

Me quedé cavilando unos segundos. Aquella teoría era un dislate, pero permitía al asesino usar diversas rutas y ponernos difícil a los investigadores seguirle el rastro.

—¿Habéis hecho un cálculo aproximado?

—Jefe, como mínimo 250 millas —me espetó mi amigo, meneando la cabeza—. Por aquí son apenas 20 millas. ¿De verdad piensas que se va a meter esa paliza cuando puede ahorrarse 5 horas encerrado en un coche con el cadáver de una niña?

—Ya sabemos dónde vive —dije, con toda la *mala baba* del mundo.

—No, no tenemos la menor idea —musitó Peterson, que me había *calado* al instante.

—Estaréis empleando algún SIG, imagino...

—Sólo desde marzo. Con dos víctimas sabes que no son muy fiables. Ni siquiera con tres me fio de esos cacharros. Estás pensando en Mark, como si pudiera leerte la mente —manifestó Tom, que quizá se arrepentía de haberme invitado a mezclarme en aquel asunto tan turbio.

—Sí, me has leído la mente —repliqué, entre risas, para rebajar la tirantez—. Ese chiflado puede que secuestre a las pequeñas en San Francisco y que abandone sus cuerpos sin vida en los parques del oeste del Condado de Marin, pero puede residir en San José, en Stockton, en Concord, en Vallejo o incluso en Sacramento. De hecho es lo que considero más plausible.

—¿Quién es Mark? —preguntó la agente especial, obviando mis reflexiones.

—Otro cerebritito, como *mi jefe*. Un forense informático que trabaja en Quántico, de esos que se pasan todo el día delante de varias pantallas de ordenador y que se alimentan a base de comida que piden por Internet. Antes era un hacker peligroso y desde hace unos años se ha pasado al lado de los buenos.

—¿Podemos contar con él? —inquirió Peterson, mientras nos internábamos en el Mount Tamalpais State Park.

—Agente, la pregunta se la debo formular yo a usted. He venido desde Washington a petición de la Oficina del FBI de San Francisco. No estoy en condiciones de marcar las reglas —contesté, como si decenas de veces en el pasado no me hubiera saltado las normas sin sentir ni un mínimo de remordimiento.

—Haga lo que considere. Tenemos a la opinión pública, al alcalde y al gobernador echándonos el aliento en el cuello. Si nos damos de bruces con una cuarta víctima un terremoto nos va a parecer una broma. Tiene vía libre.

—Fabuloso. Ahora sólo queda pelearme con mi superior —murmuré, aunque estaba asombrando de la voluntad férrea de Peterson.

—Hemos llegado. ¿Recuerdas las fotografías o mejor las saco de un maletín que llevo en el maletero? —preguntó Tom, que me conocía de sobra y se anticipaba a muchos de mis pensamientos. Estaba a su lado y era como si jamás hubiera abandonado el FBI. Hasta me llamaba *jefe* constantemente. Algo que yo había detestado antaño pero que en ese instante adoraba.

—No quiero ver más esas instantáneas. De momento trataré de apañarme —respondí, bajando del vehículo y echando un vistazo a los alrededores.

Tom había estacionado su Ford en una pequeña zona despejada de la serpenteante Muir Woods Road, en la que había un poste que indicaba con

claridad que allí no se podía aparcar. El lugar era maravilloso, y recordaba haber estado con mis padres varias veces por la zona, paseando y comprando recuerdos en el centro de visitas del parque.

—Aquí tuvo que dejar el coche. Es la única opción.

—¿Estás seguro, Tom?

—Luego, cuando regresemos al Departamento de Policía, lo discutimos sobre un mapa. Creemos que llegó de madrugada y que no se arriesgó a aproximarse más al parking o a las casetas. Además, el cuerpo de Lucy Sims fue encontrado muy cerca de donde estamos.

Seguí a mi amigo y a la agente, que sortearon una pequeña cerca hecha con postes bajos de madera y una triple alambrada de espino. Era más disuasoria que efectiva. Continuamos por una senda incómoda y plagada de arbustos, hasta que alcanzamos, apenas recorridas 70 yardas, una zona un poco más abierta en la que abundaban los helechos y en la que se alzaba una enorme secuoya roja de no menos de 150 pies de altura. Allí nos detuvimos.

—Aquí la dejó semienterrada. La hipótesis es que la llevó al hombro, pues la pequeña era ligera y tampoco el trecho es largo, y después la posó a los pies del árbol. La tierra de aquí es húmeda y lo único que hizo fue recoger un puñado de los alrededores, empleando unos guantes de látex, y cubrirla —dijo, por primera vez algo afectada, la agente Kaitlyn.

—¿Siempre son secuoyas rojas? —pregunté, tocando el ancho y rugoso tronco.

—Sí, las tres veces. En lugares no muy distantes de aquí, pero no en esta misma zona.

—¿Algún significado?

—A parte de demostrar que frecuente esta localización de San Francisco y que la conoce muy bien, las secuoyas rojas son los árboles más altos que crecen en el planeta y de los más longevos. No creo que estos aspectos hayan influido en la decisión de ese malnacido —respondió Peterson, que había arrancado una fronda de un helecho enorme y la agitaba, como si de ese modo pudiera espantar el espíritu de la pequeña Lucy, que quizá aún flotaba en aquel rincón idílico del Tamalpais, ahora transformado en un espacio horrendo.

—Yo disiento —dijo Tom—. Por algún lugar de los alrededores está el *Hyperion*, una secuoya muy similar y considerada el árbol más alto del mundo. No creo en las casualidades; como tú, jefe.

En efecto, yo desde hacía mucho había dejado de pensar que las casualidades eran un hecho frecuente. Mi opinión, que no ha variado, es la misma que tengo de la suerte o el infortunio: suceden, pero a nivel porcentual, sobre el conjunto de acontecimientos, son insignificantes. La gente desea aferrarse a la idea de que el azar o el destino juegan un papel fundamental en sus vidas, y la verdad es que

no es así. Quizá al principio, cuando nacemos en determinada familia, ciudad o país. Pensamos en la ventura como si se tratase de una varita mágica que nos cambiará la vida, cuando tenemos muchas más posibilidades de sufrir un accidente de tráfico que de que nos toque la lotería. El tesón, el esfuerzo, la constancia... esos valores que despreciamos porque no suponen ningún *atajo* son los que definen nuestro porvenir.

Volví a palpar la corteza de aquel árbol magnífico, de una belleza sin igual, que se elevaba buscando el cielo californiano. Casi creí oír una voz; los susurros de la secuoya, que me contaba la historia de lo acaecido junto a su base. Así de impactado me hallaba en ese instante.

—Tuvo que sucederle algo terrible en estos bosques o junto a uno de estos árboles. No es casual, desde luego, pero el mensaje que nos lanza no es voluntario. Está hablándonos su alma atormentada.

—¿Sigues viéndote con frecuencia con médiums y espiritistas? —preguntó mi amigo, con sorna, que seguro estaba al corriente de mi última salida de Quántico y todo lo acaecido en Kansas.

—No —contesté, tajante—. Sigo estudiando el comportamiento de los asesinos en serie organizados, e intento mejorar cada día. Al Capitán le cuesta meterse en la mollera de esa gente, pero nuestra obligación, al menos la mía, es conseguirlo lo antes posible y ayudarlos a apresarlos sin que sufran más víctimas.

—Joder, jefe, estaba bromeando. Ya estamos lo bastante puteados como para tomarnos lo que nos decimos tan en serio.

Tom seguía siendo el mismo. Quizá había mejorado, pero no podía evitar hacer chanzas en los momentos menos oportunos. Era su manera de protegerse del delirio, y seguro que también su voluntad era lograr idéntico efecto en los demás. Jamás se me pasó por la cabeza que lo hiciera con mala intención.

—En fin —continué disertando en voz alta—, que buscó un sitio apartado, que conocía, con el que seguro guarda alguna vinculación, y aquí dejó a la pobre de Lucy.

—No tan apartado, agente Bush —musitó Peterson.

—¿Cómo?

La agente especial me hizo un gesto con la mano para que la siguiera. Detrás de mí pude escuchar la suave risa de mi amigo, que prefirió quedarse junto a la secuoya. Peterson apenas había dado unos cuantos pasos, entre árboles, helechos enormes y otras plantas silvestres, cuando me mostró una senda de varios pies de ancho, delimitada a ambos lados por un bonito y elegante vallado de madera. Hasta tuvimos *la suerte* de cruzarnos con una familia de cuatro miembros que estaban visitando el parque y tomando fotografías de las magníficas secuoyas rojas, que se apiñaban creando un paisaje espectacular.

—Nos han indicado en la entrada que no está permitido pasar al otro lado del cercado —nos reprendió, con educación, la mujer del grupo, que imaginé que sería la esposa del hombre y la madre de los dos chavales que iban junto a ellos.

—Lo lamentamos —dijo la agente especial, mostrando su placa de inmediato—. Somos del FBI. En seguida volveremos al camino.

La familia se limitó a acelerar el paso y a alejarse lo antes posible de nosotros. No tuve claro si los habíamos asustado o, por el contrario, causado una impresión tan fuerte que habían reaccionado de un modo instintivo, como lo haría una manada.

—Ya no cabe ninguna duda, el tipo que buscamos se sabe de memoria hasta la última y recóndita senda del Tamalpais —farfullé, enrabiado.

—Agente Bush, eso hace mucho que lo sabemos. En serio, espero de usted ideas sobresalientes. Lo de que el asesino tiene un trauma asociado a estos árboles me ha gustado.

Parecía que Kaitlyn Peterson me estaba evaluando, cuando ni siquiera era la agente especial al mando de la Oficina del FBI en San Francisco. Sólo la responsable de una satélite de la primera ubicada en Santa Rosa, una población de apenas 150.000 habitantes. Sin embargo aquella mujer tenía el carácter de un veterano de guerra que se las ha visto en mil batallas. No saltaban las cicatrices a la vista, pero su forma de hablar y de manejarse lo evidenciaba.

—Sí, va a tocar repasar muchos expedientes. Y esta es una de las zonas con más densidad de población del país.

—El Departamento de Policía de San Francisco es grande. No se corte.

La agente especial me dio la espalda y regresó junto a Tom, que estaba tomando fotografías con su celular al árbol y sus alrededores.

—¿Qué se supone que tratas de hacer? —pregunté, intrigado.

—Al final vas a meter a Mark en esto. Y casi seguro que también implicarás a Liz. Ya tienes a *tu antiguo equipo* al completo.

—No sé lo que voy a hacer, y tampoco me has respondido.

—Ese genio de la informática va a necesitar algo más de lo que le tenemos preparado. Va un paso por delante, jefe, y estoy obligado a echarle una mano.

—¿Qué hora es?

—La de ir a comer. Ya tengo hambre —contestó mi amigo, frotándose el estómago con la mano.

—Perfecto. Acaba de atardecer en Washington. No quiero meter la pata esta noche.

Sin dudar un instante marqué el teléfono de Mark, que descolgó casi al momento.

—Ya tardabas en llamar.

—¿Estabas pegado al celular esperando que apareciese mi nombre? —inquirí, de buen humor.

—Más o menos. En realidad estaba trasteando con él para aumentar su velocidad con un truco. Ya que no hay presupuesto para comprarme uno mejor tengo que recurrir a trucos de adolescente espabilado criado en mitad de Brownsville.

—Tengo delante a Tom y cada día hablas más parecido a él.

—Nunca te has preguntado si en realidad el problema eres tú...

—Tocado y hundido.

—¿Qué necesitas?

—Tienes una copia del informe ya en tu correo. Te vamos a mandar más información.

—Lo he visto, aunque no lo he abierto; albergaba la esperanza de que te conformases con los dos mil agentes que pululan por tu ciudad. Además, está implicada la Oficina del FBI de San Francisco. Tus chicos son buena gente y me llevo bien con ellos.

—*Mis chicos* deberían mantener la boca cerrada —repliqué, enojado.

—No la pagues con ellos. Yo tengo la culpa. Sabía que me ibas a meter en este jaleo y deseaba estar un poco al tanto.

—Con lo bien que vivías encerrado en una jaula y ahora te mueves por Quántico como si fueran los pasillos de tu bloque de apartamentos.

—No he llegado tan lejos, sólo tienes que darme dos o tres años de margen y seré una *rata* más en este infierno.

—Joder, Mark, no sé si te prefiero cuando había que arrancarte las palabras con un sacamuelas o ahora que estás desatado.

—Estoy aprendiendo del mejor —murmuró el informático, entre carcajadas.

—Perfecto. Quiero que te centres en las fotografías de los lugares en los que fueron hallados los cadáveres de las víctimas, en las de las autopsias y que rastrees todos los teléfonos que coincidan en un área de cinco millas en los días de las desapariciones. Ojalá ese cretino lleve el celular encima todo el maldito día.

—No te hagas ilusiones. Si fuese tan torpe ya lo habrían pillado y tú no estarías de *vacaciones* por California.

—Esto no es Long Beach. Estamos en abril y hace un frío que pela. Por si fuera poco la humedad, la maldita niebla, hace que se te congelen hasta los huesos.

El clima de San Francisco, muy particular por ser una ciudad encajonada entre el Océano Pacífico y una inmensa Bahía, era bastante estable a lo largo del año. Eso significaba que ni el verano ni la primavera eran tan agradables como los que jamás la habían pisado imaginaban. Además, las frecuentes corrientes de aire y la alta humedad sólo contribuían a empeorar las cosas.

—Pues siempre andas echando de menos esas calles empinadas, los puentes y tu maravillosa universidad.

—Uno siempre añora el lugar en el que se ha criado. Hasta los que han nacido en mitad del desierto del Gobi echan de menos a los camellos esos raros que sólo existen allí.

—Gracias por la clase de fauna y geografía. Cuando pueda me pongo con lo tuyo. No es prioritario. Y, mierda, seguro que allí tienes forenses informáticos a patadas como para tener que meterme en este embrollo.

Tenía un *as en la manga* y sabía que Mark se volvería loco nada más utilizarlo. Era un maldito friki y aquellas cosas le chiflaban, justo lo contrario de lo que me sucedía a mí. Aunque sabía lo que desataría no me quedaba otra alternativa que emplearlo o no me haría mucho caso.

—Espera. Tengo que darte un dato importante, que no ha trascendido a la prensa y que no conocen ni siquiera la mayoría de los agentes de aquí.

—Vas a timarme...

—No, al contrario. Te necesito usando esos programas con los que haces contrastes. Te necesito hurgando en el ViCAP como sólo tú sabes hacerlo. Te necesito yendo más allá de lo que RIGEL o PREDATOR puedan darnos por sí solos. Esa es la única verdad, Mark —me sinceré.

—Venga, escupe de una vez qué anzuelo tienes preparado para captar mi atención.

—¿Recuerdas el *Asesino del Zodiaco*?

—Claro que sí. Me he leído un par de libros y creo que sabes que la película que rodó David Fincher en 2007 sobre el caso es una de mis favoritas, aunque los mamones de la *Academia* no la nominaran ni siquiera por el póster promocional. Aguanté unos segundos la respiración, en absoluto silencio. El anzuelo volaba sobre el cauce del río.

—Pues este salvaje dibuja el símbolo de *Zodiac* con un rotulador en el cuerpo de las niñas que asesina.

Capítulo VII

Mark era uno de esos individuos que disfrutaban de su tiempo libre leyendo *best sellers* o zampándose series de misterio y crimen, ya fueran de canales tradicionales como la CBS y HBO o los más modernos por entonces en *streaming* Netflix y Amazon. También adoraba el cine; le daba igual el último estreno en salas que un clásico de mediados del siglo XX, la cuestión es que fuera una buena película. Su problema es que le encantaba vincular la ficción con los casos que investigaba como forense informático. Aquella extravagancia me había ayudado en alguna ocasión, pero en otras había supuesto un martirio, pues sacar a ese genio del software de sus manías no era una tarea sencilla.

Yo llevaba casi cinco años trabajando con Mark, pero jamás había dependido de mí en la jerarquía del FBI. Sin embargo había conseguido que le aumentaran el salario un par de veces y que su prestigio en la *agencia* se incrementara de un modo paulatino. Se lo había ganado a pulso, desde luego, aunque sin mi denodado esfuerzo nadie le hubiera prestado la menor atención y lo más probable es que por entonces ya hiciera tiempo que se hubiese largado con sus trastos a otra parte para sacarse un dineral como hacker, ya fuera haciendo cosas *buenas o malas*.

Por fortuna en la investigación que nos traíamos entre manos —con aquel símbolo tan particular dibujado en las víctimas— se mezclaban la ficción y la realidad, pues aunque los libros de diversos autores sobre el *Asesino del Zodiaco* y la película de Fincher no hacían otra cosa que especular sobre un caso que había quedado sin resolver, partían de hechos verídicos y por tanto de los que sí se podían extraer conclusiones que asociar al presente.

Yo no negaba que la ficción tuviese una influencia en determinados aspectos del comportamiento de un asesino en serie, pero eran bagatelas comparadas con el impacto que los traumas sufridos en la infancia y en la adolescencia ejercían sobre el *modus operandi* del homicida cuando perpetraba sus crímenes. Prefería entrevistarme con asesinos convictos o repasar expedientes que guardasen similitudes con el caso en el que estaba implicado. En la ficción se permiten una serie de *licencias* que en el mundo real no se dan, y por el contrario la realidad nos sorprende con explicaciones que ni la imaginación más retorcida hubiera sido capaz de engendrar.

La cuestión es que ya tenía a Mark *en el bote* y que contar con su ayuda podía

ser clave para encontrar al culpable. En mi última *escapada* de Quántico, en Kansas, sin su colaboración hubiera sido imposible resolver aquel caso endiabrado.

Cuando Peterson, Tom y yo terminamos de inspeccionar el lugar en el que unos turistas habían encontrado a la pequeña Lucy Sims tratamos de ir a entrevistarnos con sus padres, con los que ya habíamos quedado, pero se negaron. Nos solicitaron algunos días de demora, pues la señora Sims al enterarse de que un agente del FBI venido desde Washington se había implicado en la investigación sufrió un ataque de ansiedad. Nada fuera de lo corriente. Cuando uno ha perdido a un hijo de una manera tan cruel todo, hasta el detalle más nimio, que perturbe la paz y que devuelva a la mente ese drama terrible puede desatar un cataclismo emocional.

Pasé la tarde en la Central del Departamento de Policía con un puñado de agentes que habían estado trasteando con varios SIG —Sistemas de Información Geográfica— para intentar ubicar el lugar de residencia del asesino. Los resultados eran tan dispares que no servían de mucho, y además yo no estaba de acuerdo con sus conclusiones. La mayoría apostaban porque tenía su hogar en Oakland —la ciudad más conflictiva, con diferencia, de toda la Bahía— o en San Rafael —una población mediana, sede del Condado de Marin, en donde habían aparecido todos los cuerpos sin vida de las niñas—, ya que eso le permitía tanto acceder a los lugares en los que se realizaban los secuestros como a la zona en la que dejaba los cadáveres. Bajo mi punto de vista las cosas no eran tan sencillas ni el tipo que buscábamos era tan estúpido. Al contrario, sabía que era bastante inteligente, por muy retorcidas y asquerosas que fueran sus intenciones. Asumir eso para los agentes con menos experiencia o poco acostumbrados a esta clase de fenómenos es complicado. Siempre consideran que están delante de un chiflado que es incapaz de llevar una vida normal y que se pasa el día delante de un televisor viendo pornografía mientras devora carne humana sin cocinar. Para nuestra desgracia hay sujetos por ahí sueltos muy brillantes y preparados que son capaces de llevar a cabo las atrocidades más espeluznantes.

A última hora me mostraron a varios sospechosos a los que habían investigado, pero que ni ellos mismos se creían que fueran el culpable de los tres crímenes. Pederastas, niñatos de barrio que roban en tiendas de 24 horas o en gasolineras, miembros de bandas o camorristas cuyo expediente estaba plagado de arrestos por altercados en locales o en plena calle en mitad de la madrugada. No tenían nada. Y tampoco hacía falta, por suerte, que yo tuviera que explicarlo.

—¿Y la morfina? —pregunté, cuando ya todos estábamos pensado en regresar a nuestras camas a descansar un rato para continuar al día siguiente.

—No es sencillo seguirle el rastro —respondió uno de los detectives.

Estaba poniéndome en la piel de Liz. Ella de inmediato me indicaría que por ahí tenía una pista que seguir. No vas a un Walmart o a una farmacia, pides morfina y te la entregan como si fuese una aspirina.

—Restringe el número de sospechosos. Médicos, enfermeros, farmacéuticos, químicos, veterinarios...

—Lo primero es que en un radio de 50 millas tenemos miles de esos profesionales —comentó un investigador—; y lo segundo es que no podemos tener la certeza de que no la haya conseguido en el mercado negro y estemos buscando una aguja en el pajar equivocado.

Tenían razón. Me sacaban meses de ventaja en la investigación y eso se notaba en algunos aspectos, aunque no hubieran logrado avances significativos y el hombre que buscábamos seguía campando a sus anchas por algún lugar de la Bahía.

—El mercado negro de morfina tiene que ser muy limitado. Los yonquis no es lo que suelen buscar.

—No, esos se enganchan a mierdas como la heroína o el crack. La morfina la compran ejecutivos, abogados, intelectuales o agentes de bolsa. Saben lo que hacen y algún amigo o incluso su médico privado les ha sugerido que puestos a colocarse mejor que lo hagan con una droga *segura*. Y para ellos el dinero no es un problema. Además, tampoco es cara.

—Sí lo es —replicó un agente.

—Quiero decir que eso no supone un coste muy relevante para una persona con altos ingresos. Y es barata de producir. El problema está en sacarla de los hospitales. Su control, por culpa del abuso del propio personal, se ha incrementado en los últimos años.

—Vale. Y por Internet... —sugerí, como última opción.

—A través de la Deep Web puedes conseguir que te manden a la puerta de casa por mensajería hasta plutonio enriquecido. Aunque, claro, puede tratarse de una estafa y lo que recibas sean sólo unas bolitas muy monas de plomo que no sirven para nada.

Ya le daba vueltas a la idea de que mi colega Mark rastrease pedidos del opiáceo llegados a la zona de la Bahía en los últimos dos años. Era una tarea de locos, pero él podía realizarla.

—¿De dónde llega?

—Colombia, Perú, Rusia, India, China... Es mejor que hablemos con los de narcóticos, si tan interesado está en el tema. Pero es más sencillo ir de paseo por la noche a algunos barrios de San José, Oakland o Vallejo. Se ven con frecuencia coches de marcas como Lexus, Cadillac o Tesla.

—¡Pero esos no van a por droga, van por las prostitutas! —exclamó un detective, provocando las carcajadas del resto.

Yo no tenía ánimos ni para esbozar una sonrisa. El asunto era demasiado serio, aunque entendía que aquellos agentes estuvieran cansados y que, de vez en cuando, descargasen adrenalina y tensión con bromas inocentes.

Al terminar Tom propuso acercarme al hotel, pero le dije que me lo había pillado tan cerca de la Central del Departamento de Policía que era preferible dar un ligero paseo.

Hacía frío aquella noche. Apenas corría viento, pero la temperatura era baja y la humedad muy alta. La niebla no era espesa, aunque sí lo suficiente como para dar un aire brumoso y tétrico a la luz de las farolas.

Llegué al hotel y antes de dejarme caer sobre la cama me dediqué durante media hora a tomar notas en uno de los cuadernos *Moleskine* que había traído conmigo. En ese instante lo que más me preocupaba era elaborar un perfil lo más ajustado posible para que los investigadores, detectives y demás agentes implicados pudieran estrechar el cerco de búsqueda de sospechosos, que hasta la fecha era demasiado amplio.

Una vez terminé de escribir mis reflexiones me tumbé sobre el colchón, aún vestido de chaqueta, y me quedé un rato como adormilado, hasta que unos golpes en la puerta me despertaron del leve sopor.

Abrí sin preguntar y me encontré con una mujer con el cabello rubio muy cuidado, perfectamente maquillada y con un elegante vestido que no debía de costar menos de 3.000 dólares. Sonreía.

—¿Puedo pasar?

—No, no puedes. Ni siquiera sé qué diablos haces en San Francisco —contesté, malhumorado.

—A ver qué día te das cuenta de que somos amigos, muy buenos amigos. No he traído cena, pero podemos pedirla y así la cargamos a tu habitación.

Clarice Brown, la periodista que presentaba el programa de más audiencia de la CBS, se coló por debajo de mi brazo y se sentó en la silla que estaba situada junto a la mesa en la que descansaban todos mis apuntes.

—No somos nada —repliqué, cabreado y deseando que se largase de mi habitación.

—Después de cuatro años, varios casos, dos entrevistas y algunas cenas... somos algo más que amigos, Ethan. Llámalo como quieras, pero tú y yo mantenemos una estrecha y especial relación.

Capítulo VIII

Pues sí, tenía que admitir que Clarice Brown no era una mujer cualquiera en mi vida. Ella me había ayudado con el enrevesado caso que me había llevado por primera vez a Kansas y había dado un impulso a mi imagen dentro del FBI con dos entrevistas en su famoso programa, que me habían convertido en una especie de referencia para todos los agentes especiales novatos que se incorporaban a Quántico y, también, para no pocos de los mandamases. Mantener buenas relaciones con la prensa y que hablasen bien de nosotros era uno de los objetivos no escritos del FBI.

Esa noche cenamos unos sándwiches fríos, acompañados de refrescos sin azúcar ni cafeína, juntos en la habitación de mi hotel, con vistas al *AT&T Park*, al que ya me estaba acostumbrando.

—¿No estarás alojada aquí?

—Ni de broma. Estoy cerca, pero te dejaré respirar. Además, a mí tampoco me conviene que nos relacionen tanto —respondió la periodista, aguantando la risa.

—Ya; por eso cruzas todo el país para meter las narices en una investigación que de momento sólo tiene trascendencia a escala local.

—De momento...

—Tú vas a desmadrar todo, Clarice. Te ruego que nos dejes trabajar tranquilos. Ya soportamos mucha presión.

—Llegas tarde, Ethan, como tantas veces. Si he venido hasta San Francisco con mi equipo es porque sé que esto va a estallar en nada en la ABC, la NBC, la Fox y demás canales. Y eso sin mencionar a los que sólo persiguen crímenes de esta índole.

—¿Qué sabes?

—Poco, muy poco. Acabo de aterrizar. Lo que he podido leer en el *Chronicle* y en el *Examiner*. Y también lo que me ha facilitado el responsable de nuestra cadena en la Bahía, que ha sido casi nada. Cuando le telefoneé tuve la impresión de estar yo más al día del asunto que él.

—¿En qué hotel estás?

—En el *Loews Regency*. Ni muy cerca ni demasiado lejos de aquí.

La periodista se alojaba en uno de los establecimientos más lujosos y caros de toda la ciudad. Se notaba cómo había ascendido dentro de la CBS desde que la conociera, años atrás.

—Vaya —dije, casi al mismo tiempo que lanzaba un silbido—. Menudo nivel.

—Una se acostumbra pronto a lo bueno. Estoy en el Consejo, aunque sólo sea para mantener la cafetera surtida con suficientes cápsulas de capuchino al lado. El día que me caiga del rascacielos el trompazo va a ser de los que hacen historia —comentó, burlándose de sí misma, algo que hacía con la elegancia de una modelo curtida en mil batallas.

—No tendré esa suerte. Clarice, seguirás subiendo. Acabarás siendo CEO o Vicepresidenta antes de que nos demos cuenta —murmuré, con franqueza.

—No aspiro a esos puestos. Me gusta la acción. Ahora mismo podría estar en Nueva York, tan tranquila en mi apartamento de Manhattan; y aquí me tienes, en San Francisco, con una niebla del demonio y dispuesta a recorrer las calles como una reportera principiante.

—¿Eso es lo que tramas?

La periodista terminó su segundo sándwich y se limpió la boca con una servilleta de papel con la misma clase que si estuviéramos cenando en un reservado de *Le Bernardin* o *Daniel*. Había nacido con esa gracia que algunas personas no son capaces de aprender en toda su existencia.

—Sí. Lo de siempre. Y te echaré una mano. Claro, a cambio de que tú hagas lo mismo por mí.

Recordé toda la información que estaba vetada no sólo a la prensa, también a los propios agentes del Departamento de Policía. Tenía que llevar mucho cuidado porque Clarice era muy astuta.

—Va a ser complicado. No puedo ofrecerte nada.

—Seguro que sí. San Francisco cuenta con una Oficina del FBI decente y con un enorme Departamento de Policía... ¿Por qué han permitido que un tipo como tú venga desde Quántico?

—Te lo he confesado. Los reporteros de momento no son un problema, pero hay mucha presión por parte de la comunidad y de los políticos. Han asesinado a tres niñas. Esto no es un juego.

—No insinúes, como de costumbre, que me lo tomo así. Yo también quiero colaborar para que ese miserable sea detenido lo antes posible.

—Pues regresa a Nueva York mañana en el primer vuelo, ahorra gastos a la CBS y cuida tu privilegiada posición dentro del Consejo.

Brown se incorporó y se quedó contemplando, a través del inmenso ventanal de mi suite, las luces que brillaban al otro lado de la Bahía, en Alameda Island. La niebla era menos densa y las vistas eran fantásticas. Tardó más de cinco minutos en hablar. Estaba reflexionando, con los brazos cruzados y la melena ligeramente revuelta. Ella observaba las aguas oscuras y yo la miraba a ella, un poco embelesado.

—Me quedaré aquí. Me necesitas para resolver este caso. Y yo, la verdad, deseo hacer justicia a esas pequeñas. Nueva York puede esperar. Apenas salgo de esa ciudad en todo el año. Soportaré pasar unos días alejada del ruido, la polución y mis breves paseos por Central Park.

—Clarice...

La reportera se me acercó y me puso la mano derecha en los labios, indicándome que mejor me quedase callado.

—Conozco el camino de vuelta. Cuando tenga algo interesante con lo que *chantajearte* te vendré a ver aquí, o me tropezaré contigo *sin querer* mientras deambulas por *Lands End* repasando tu *Moleskine* de turno.

Brown se marchó y el olor de su perfume de al menos 100 dólares la onza se quedó flotando en la estancia, como si aún siguiera pegada a la cristalera, pensativa, meditando qué hacer no sólo al día siguiente, quizá también con su vida.

Un extraño sentimiento de culpa me hizo telefonar a Liz, olvidando la diferencia horaria y despertándola en mitad de la madrugada. Le pedí disculpas y le dije que la echaba de menos. Después hablamos un rato de nuestro retoño y sólo comentamos muy por encima algunos aspectos del caso. Ella temía que la implicase, como de costumbre, y yo no deseaba recurrir a esa opción a menos que no me quedase otra alternativa.

Me desperté temprano y salí a correr. Hacía bastante frío y la niebla era espesa, tanto que de inmediato sentí la humedad en la frente. Había olvidado el clima de mi ciudad y me había acostumbrado demasiado rápido al de Washington.

Como si no tuviese otra cosa que hacer en todo el día me di una buena paliza y llegué hasta *Golden Gate Park*, de modo que tuve que regresar forzando el paso y sintiendo que mi forma física dejaba bastante que desear. Aquellas nueve millas corriendo en poco más de una hora me permitieron darle vueltas a la investigación y que una idea se fijase en mi mente como si fuera una verdad inamovible: el asesino había perdido a una hermana o a una amiga muy querida que había sido enterrada a los pies de un árbol. Algún estresor había devuelto a su cabeza aquel trauma infantil y ahora se limitaba a reproducir la terrible experiencia en la confianza de que eso calmaría su ansiedad y su profundo tormento.

Me di una ducha rápida y llegué a la Central del Departamento de Policía sin nada en el estómago. Tom me acercó hasta una cafetería cutre situada en las inmediaciones de *Esprit Park* y allí me tomé un café bien cargado y unos huevos revueltos acompañados de judías salteadas.

—Ya has comprendido la razón por la que insistí en que vinieras —murmuró, con la cabeza gacha.

—Sí. Lo peor es que no tengo claro si podré aportar algo a la investigación.

—Seguro... Esas neuronas nunca me han defraudado.

—Tengo una idea. Una hipótesis.

Mi amigo cambió de súbito de actitud, acercó su silla a la mesa y me clavó las pupilas en los ojos.

—¡Cuenta!

—Está vengando la muerte de un ser querido. Una hermana o una amiga, quizá la única amiga que ha tenido en toda su vida.

—¿Vengando? —inquirió Tom, como si escupiera un pedazo de carne podrida.

—Es una forma de hablar. Algún hecho ha devuelto ese suceso traumático del pasado a su cabeza y ahora palía su dolor matando a niñas de la misma edad.

—¡Joder, jefe!

—Sí, es una mierda. Estamos ante un sujeto muy inteligente pero con limitaciones y con una manera de ver el mundo muy distinta a la de la gente normal.

—Desde luego. La gente que pierde un ser querido no va por ahí matando para sentirse mejor.

—No es nada frecuente, pero hay precedentes a patadas, Tom. Tú y yo investigamos uno y dimos con el culpable —le recordé a mi antiguo colega del FBI.

—Prefiero no hablar de eso.

—Yo tampoco.

—Volvamos a este caso. ¿Qué tenemos que buscar? Nos estamos volviendo todos majaras y aún no tenemos a un sospechoso claro.

—Tendríamos que remontarnos a principios de este siglo. Un crimen de una niña que fuera dejada como un despojo delante de un árbol. Quizá una secuoya roja.

—¿Está imitando al asesino de su hermana?

—Tom, sólo es una hipótesis de trabajo. Te ruego que no te emociones y que no pongas a mucho personal detrás de esta teoría.

La conjetura había surgido en mi cabeza en un estado de agotamiento físico extremo y tampoco tenía aún la información necesaria como para plantear que esa fuese una línea de investigación fiable. También me jugaba mi prestigio.

—¿Luke y Kaitlyn?

El investigador y la agente especial del FBI. Me pareció una propuesta muy razonable.

—Genial. Pueden ser discretos y al mismo tiempo cada uno dispone de recursos diferentes. Acepto la moción —respondí, sonriente.

—Pues acaba de una maldita vez el desayuno y regresemos a mi despacho. Tenemos mucho trabajo. Mañana vienes con la barriga llena.

—En el fondo deseaba mantener esta conversación en privado contigo. Aunque me hayas traído a un cuchitril hemos podido hablar tranquilos y la comida está buena.

—Que no te engañe el aspecto. Más adelante pasamos un día a la cocina, te presento a María y pruebas uno de sus *tacos acorazados*. Creo que es lo mejor que he comido desde que llegué a San Francisco.

—¿Tacos acorazados? La verdad, Tom, suena fatal. Y yo soy de aquí y jamás he probado eso.

—Fue la detective Aria Martínez la que me los descubrió, y la que me invitó a venir a este sitio. Son unos tacos mexicanos de la zona de Morelos. Casi superan a mis batidos de proteínas y a mis adoradas hamburguesas. Sólo están un escalón por debajo.

—Fabuloso —comenté, sintiendo un poco de náuseas.

Cuando regresamos al Departamento de Policía estábamos de buen humor, pero precisamente en la entrada nos encontramos con la detective Martínez, que se mostraba muy nerviosa.

—Sabía dónde encontrarte. Iba en tu busca. Tenemos una pista, una pista sólida y que deberíamos haber indagado desde que se cometió el segundo crimen.

La detective estaba por un lado enojada y por otro ansiosa por seguir adelante con un indicio que podía dar un giro a la investigación.

—Tranquila, Aria, ¿qué ha pasado?

—Los forenses del FBI, los de la Oficina de la Avenida Golden Gate, han identificado a un individuo que sale en las fotos tomadas en los tres funerales.

Una punzada en el estómago. La señal de alerta que siempre ponía mis sentidos en órbita.

—¡Cómo! En fin, ¿están seguros?

—Han usado técnicas avanzadas de reconocimiento facial antes de atreverse a transmitir la información. Pero vamos, Tom, que sólo hace falta echar un vistazo a las mismas para darse cuenta de que es el mismo tipo.

Mi amigo lanzó un gruñido y golpeó una de las paredes del edificio, llamando la atención de decenas de agentes y personal administrativo.

—Y ese sujeto, por casualidad, no será un familiar o un amigo de las tres familias... No metamos la pata hasta la cadera...

—Ya se lo han mostrado a los padres de las tres pequeñas. Dicen que no lo conocen de nada.

Capítulo IX

Ya en la Oficina del FBI en San Francisco, ubicada en un fabuloso edificio de 20 alturas en el cruce de la Avenida Golden Gate con Polk Street, pude comprender que en realidad los forenses no habían sido tan incompetentes como pudiera parecer. Agentes de paisano habían tomado numerosas fotografías tanto en el segundo funeral como en el tercero, pero no del primero. En julio todos pensaban que se trataba de un crimen horrible, pero aislado, y que aquello no acabaría en *la caza* de un asesino en serie de niñas. Debido a esa circunstancia las instantáneas de aquella ceremonia celebrada en julio habían ido llegando a cuenta gotas y descubrir que había un fulano que siempre estaba presente en los sepelios de todas las víctimas no había sido una tarea sencilla, pese a que por entonces ya se contaba con modernos programas de reconocimiento facial que facilitaban mucho la tarea de rastrear a un individuo en concreto.

Como el tipo no contaba con antecedentes, relacionar aquel rostro con un nombre no era fácil. Sin embargo yo propuse que los informáticos fueran más allá, como era mi costumbre.

—Recurran a otras bases de datos en las que se digitalicen los rostros — murmuré.

En la estancia estaban Tom, la detective Aria Martínez, la agente especial Peterson, el agente especial al mando de la Oficina del FBI de San Francisco — Michael Bennett— y tres forenses informáticos. Seis se quedaron pasmados ante mi sugerencia; sólo Tom frunció el ceño indicándome que no estábamos los dos solos en un McDonald's hablando de cómo realizar un allanamiento de morada pasando de fiscales y jueces.

—Por favor, agente Bush, ¿qué es lo que está queriendo decir? —preguntó Bennett, con los brazos en jarras.

—Licencias de conducir, el pase anual al Tamalpais State Park, bases de datos de las universidades de la zona... —respondí, sin inmutarme.

—Eso no podemos hacerlo. Es cruzar una línea roja. Necesitamos hacer antes mucho papeleo y recibir decenas de permisos. No sé ni cómo narices estoy comentando este aspecto con un agente de su nivel.

Como si oyera llover y no entendiese lo que me decía el agente especial al mando me dirigí a los forenses informáticos. Uno de ellos era muy joven y tenía la misma pinta que Mark cuando aterrizó en Quántico.

—¿Vosotros sois capaces de hacer lo que acabo de insinuar? —inquirí, casi retándoles.

Los tres chavales respondieron asintiendo con las cabezas, aunque sin perder de vista a Michael Bennett, que a fin de cuentas era el jefe de todo el personal contratado por el FBI en San Francisco.

—Imagino que no es así como suelen actuar en Quántico...

—No. Yo soy *una rara avis*, y a esto tenemos que sumarle que la vida de una niña está en peligro. Si los cálculos que todos hemos hecho no fallan en sólo unas semanas aparecerá semienterrada junto a un árbol —musité, frotándome las manos con suavidad.

—¿Quién asume la responsabilidad de esta imprudencia? —preguntó Bennett, como buen burócrata.

—Yo. Si hace falta le firmo ahora mismo un documento.

El agente especial al mando se llevó las manos a las sienes y se las masajeó con energía. Nos dejó a todos en vilo durante un par de minutos.

—Adelante —dijo al fin, dirigiéndose a los informáticos—, haced lo que podáis. Pero que parezca que el rastreo lo está haciendo un chiflado desde Taiwán que no tiene otra cosa mejor que hacer en sus ratos libres.

—Si damos con él siempre podremos alegar que algún agente lo ha reconocido por su aspecto —propuso Tom, intentando calmar las cosas y echándome un cable.

—Si damos con él ya veremos cómo diablos lo justificamos. Si no es el culpable sólo tendríamos problemas si encuentra un picapleitos avisado; si es el tipo que andamos buscando... seremos nosotros los que tendremos que ver cómo nos apañamos con el fiscal del distrito.

Bennett se largó, airado, pero dejando caer que no sería la primera vez en su larga carrera en la que llegaba a acuerdos *singulares* con tal de meter entre rejas a un peligroso asesino. Aquello me tranquilizó.

—Gracias señor —se atrevió a decir el forense más joven—. Sabemos bien cómo hacer lo que nos ha sugerido, y nadie podrá rastrear que lo investigamos desde aquí.

El chico sacó de su mochila un extraño aparato, parecido a un *router* moderno pero más sofisticado, y sonrió a sus colegas.

—Demostrad de lo que sois capaces —les animé, posando mi mano sobre el hombro del informático que me había dado las gracias.

—Téngalo por seguro. Aquí el problema es que siempre nos tienen con *las manos atadas*. Ahí afuera *los malos* no se andan con tonterías.

Tom volvió a gruñir y fue incapaz de recordar que ya no formaba parte del FBI y que era un detective de homicidios.

—Aquí el problema es que nosotros solemos cumplir con la Ley, mientras que los malos campan a sus anchas. Esta vez habéis tenido suerte porque al agente Bush le falta un tornillo, Bennett ha sido muy comprensivo y además nadie quiere que aparezca otra chiquilla muerta. Pero, por favor, no os acostumbréis o tendréis muchos problemas en la vida.

—¿Nos dejáis trabajar? —preguntó Peterson, muy incómoda con todo lo acaecido, invitándonos a marcharnos con un gesto.

—Por supuesto, Kaitlyn. Lo lamento. Sólo deseaba dejar las cosas claras y que no se confundan. Aún son muy jóvenes.

Tom, Martínez y yo salimos a la Avenida Golden Gate. La niebla se había levantado y un cielo azul resplandeciente nos recibió en la calle. Mi amigo seguía un poco enfadado.

—No esperaba que dos colegas montaseis un espectáculo semejante en una oficina del FBI —dijo la detective, más sorprendida que irritada—. Menos mal que Peterson nos ha echado de buenas maneras.

Yo me encogí de hombros, aceptando el rapapolvo y admitiendo que no tenía remedio. Tom se hizo una visera con la mano derecha, contempló el cielo y después señaló con su índice el oeste.

—¿Tenéis ganas de caminar un rato?

—Estamos en mitad de una investigación —contestó Martínez, esta vez sí molesta.

—No, va en serio. Ethan siempre dice que tienes que conocer al asesino y ponerte en su lugar, ¿no es así, jefe? Estamos a dos millas del parque en el que secuestraron a la segunda víctima y a tres del lugar en que se llevaron a Lucy Sims. Podemos regresar a la Central ahora o echar un vistazo juntos y después comer por la zona.

—Es una buena idea. Andando nos plantamos en Buena Vista Park en solo media hora —admitió la detective.

—Adelante. Conozco los dos parques, pero han pasado muchos años desde la última vez que los visité. Me siento como un forastero en mi propia ciudad —reconocí.

A lo largo del trayecto que nos separaba de Buena Vista Park apenas hablamos. Cada uno estaba pensando en sus cosas y, lo más probable, asimilando lo ocurrido aquella agitada mañana. Yo tuve tiempo de ir imaginando que era un depredador en busca de una niña inocente. Una niña a la que ya tenía que conocer y de la que sabía su edad. En ese instante me detuve en seco. Un pinchazo en la boca del estómago, un dolor intenso que me obligó a llevarme las manos al vientre, como si me acabasen de herir de un disparo de bala.

—¿Qué sucede? —inquirió Martínez, alarmada.

—Tranquila —respondió Tom, que me conocía casi tan bien como mi madre—. Sólo es una señal. Se le acaba de iluminar el cerebro.

En efecto, mis neuronas se habían alborotado y el recuerdo de otros casos que había estudiado e incluso de uno en el que me había visto implicado, en Nebraska, dispararon mi intuición.

—¿Habéis analizado todos los posibles vínculos entre las tres pequeñas?

—Sé más específico, jefe, pues *todos* tiene demasiadas connotaciones.

—No iban a los mismos colegios —respondió la detective, que encajaba tan mal el humor negro de mi amigo como yo—, tampoco se conocían las familias ni, que sepamos hasta el momento, las niñas realizaban actividades extraescolares comunes.

—Ese tipo sabía sus edades y por dónde se movían. Tiene que haber una conexión que se nos escapa —mascullé, mientras apretaba con fuerza uno de mis puños.

—Tienes la cabeza en Nebraska, ¿verdad? —preguntó Tom, que a fin de cuentas me había acompañado en varias investigaciones y cuyo sentido común sí que era una virtud de la que yo andaba escaso.

—No sólo allí. También en otros expedientes que han pasado por mis manos. Tenemos que ponernos las pilas —contesté, aún preso de un leve ataque de ansiedad.

Mi amigo se me acercó y me dio una palmada en la espalda. Sonreía, satisfecho.

—Por eso me empeñé tanto en que dejases por unos días el DC y volvieses a casa. Eres un cretino, pero sólo a ti se te ocurren estas cosas. Haces con todos lo mismo que con esos chavales que con los que hemos estado hace un rato: nos empujas a llegar un poco más lejos, aunque eso suponga meternos en el fondo del abismo. Por eso Wharton te tolera casi cualquier dislate, y por eso los que te queremos te los perdonamos.

Aria Martínez se interpuso entre mi amigo y yo, al tiempo que lanzaba un largo silbido.

—Está bien. Habéis hecho las paces y lamento joder la escena y el momento del beso final, pero el tiempo sigue corriendo. Caminemos.

Llegamos a Buena Vista Park por Baker Street y nos internamos en el parque subiendo las escalinatas de la zona noreste. Parecía mentira que un lugar tan bonito y apacible fuera el escenario de un rapto que había terminado en asesinato.

—Por las tardes esto está más animado y plagado de niños. Y aquí nunca pasa nada malo —apuntó mi amigo, mientras giraba hacia la derecha, en busca de la zona de juegos infantiles.

Apenas tuvimos que dar unos cuantos pasos y ya nos encontrábamos en el lugar

del secuestro. Como si estuviéramos realizando una reconstrucción Aria Martínez representó el papel de madre y Tom el de la pequeña Payton Woods. La señora Woods había estado charlando con otras madres, no muy lejos de donde se concentraban todos los pequeños, aunque reconoció en su testimonio que durante al menos diez minutos no prestó atención a su hija. Ese espacio de tiempo es una eternidad para un depredador.

El parque infantil sólo tenía dos salidas: una de ellas estaba *bloqueada* por los familiares de los pequeños, que se reunían en corros charlando con tranquilidad; la otra eran unas escaleras bien franqueadas por árboles y espesa vegetación.

—Tuvo que captar el interés de Payton desde allí. No podía pasar por esta zona sin llamar la atención de todos los padres —indicó Martínez—. Además, ese lugar permite ocultarse entre los arbustos sin problemas.

—¿Y hacia dónde llevan estas escaleras? —pregunté, mientras descendía un par de peldaños.

—Puedes seguir bajando hasta alcanzar Haight Street o puedes girar a la izquierda y perderte por la Avenida Buena Vista y las calles de alrededor —respondió Tom.

—Nos decantamos por la segunda opción —dijo la detective, llegando hasta el sitio en el que me encontraba, cavilando, intentando convertirme en el *monstruo*.

—¿Y eso?

—Son calles menos transitadas y te permiten acceder a varias escapatorias, si se presentan problemas. Ese tipo planifica cada detalle. Luego sobre un mapa seguro que lo ve igual que nosotros.

Tom asintió y bajó las escaleras para que yo pudiera hacerme una idea aproximada de qué hizo el sujeto nada más convenció a la pequeña de que se fuera con él. Todo resultaba pavoroso.

—Ya ves, jefe, en un abrir y cerrar de ojos estamos fuera del parque, lejos de los padres y en disposición de montarnos en un vehículo y salir *cagando leches* de aquí.

Sí, mi amigo tenía razón. Y ni siquiera hacía falta tener un coche. Incluso caminando, con la niña de la mano, si aquel desalmado era tan hábil como imaginaba, podía distanciarse de la zona sin llamar la atención. Sólo era un adulto de unos treinta años —al menos eso calculaba— llevando a su hija o a su sobrina a casa. Eso es lo que los demás transeúntes verían. Así de simple. Así de terrible.

—¿Cámaras? —pregunté, mirando en todas direcciones.

—Hay algunas, pero de momento no han servido para nada. Si montó a la pequeña en su coche tenemos vehículos para revisar durante meses.

—Entonces, en las imágenes, no se ve a nadie con una pequeña caminando...

—Las que tenemos a nuestra disposición no. Esa es otra razón por la que creemos que tomó dirección oeste —comentó la detective—, por allí hay menos cámaras y te puedes meter en una calle poco transitada de inmediato.

—Vale, tengo suficiente —balbuceé, desencantado—. Vayamos al parque en el que secuestró a la primera víctima. Ese es el que más me interesa.

—Estamos muy cerca —dijo Tom, posando su mano en mi cabeza con afecto, dándome energía.

Tomamos Clayton Street y en apenas diez minutos estábamos en el parque Twin Peaks. Era un lugar muy turístico, y su nombre se debía a las dos pequeñas colinas, casi de la misma altura, que permitían a los visitantes tener una panorámica de la ciudad espectacular. No me entraba en la mollera que aquel monstruo se la hubiese jugado en pleno verano, temporada alta en San Francisco, con la cantidad de gente que tenía que haber por los alrededores.

Yo ya me proponía subir la empinada cuesta de Twin Peaks Boulevard cuando mi amigo y la detective me indicaron que estaba tomando el camino erróneo.

—No es tan imbécil. Aquello es muy bonito para contemplar San Francisco, el Océano Pacífico y la Bahía, pero está pelado de vegetación y plagado de turistas —musitó Martínez, como si resultara obvio y sus explicaciones sobrarian.

—¿Entonces?

Dimos un rodeo y alcanzamos la Avenida Palo Alto, y desde allí Marview Way, una calle por la que yo juraría no había pasado en toda mi vida. En esa zona sí que abundaban los altos pinos y otros arbustos en los que nuestro sospechoso podía haberse escondido, aguardando su oportunidad.

—Los Sims vinieron hasta aquí con motivo de la celebración del cumpleaños de una amiga de Lucy. Todos los padres, como es costumbre, se quedaron en la casa tomando algo, y dejaron a los pequeños que jugaran por los alrededores —me explicó la detective—. No podemos culparlos, pues de nuevo aquí lo peor que te puede suceder es que en alguno de los aparcamientos de las colinas te rompan una ventanilla para robarte lo que hayas dejado a la vista en tu coche.

—¿Cuántos niños salieron a la calle?

—Ocho. Y tenemos malas noticias. Lucy desapareció mientras jugaban al escondite. Ahí se le pierde la pista. Se tuvo que ocultar por aquí y ahí se dio de bruces con su asesino.

Lancé un gancho al aire, con toda la rabia del mundo. Aquel modus operandi era tan habitual, tan propio, de los pederastas. Sabían cómo confundirse, cómo camuflarse con el entorno, y aprovechar la oportunidad. La cuestión que me planteaba en aquel instante era si Lucy había sido una víctima propiciatoria o si era *el objetivo*, lo que andaba buscando aquel bárbaro.

—Tengo que telefonar a Mark. Dadme un segundo.

—Tú mandas, jefe —murmuró Tom, que repasaba la escena como si fuera la primera vez que se encontraba en ella.

Antes de llamar a mi colega le remití por mail las fichas de las tres pequeñas que habían sido asesinadas. La idea que se había gestado hacía poco en mi mente seguía creciendo y creciendo y me veía en la obligación de hacer algo al respecto.

—Gracias por telefonar a una hora decente.

—Mark, no estoy para bromas. Tengo ganas de vomitar. Este caso es tan repugnante como el que me llevó hasta Arizona.

—Disculpa. Sólo deseaba resultar agradable. ¿Qué necesitas?

—Esta mañana he visitado la Oficina del FBI en San Francisco. Por lo visto tienen un equipo de informáticos muy competente, pero no me fio. De todos modos lo que te voy a pedir a ti es distinto a lo que van a investigar ellos.

—Escupe de una vez...

—Tienes ya en tu correo los nombres de las tres víctimas. Quiero que averigües si existe algo que las relacione. Me da igual que rastrees los teléfonos de los padres, que te metas en las bases de datos de todas las empresas de California que realizan campamentos de verano y excursiones o que violes mil normas. Sólo te pido una conexión entre ellas. Aunque sea un solo día. Sin eso estoy perdido. Estamos todos perdidos.

Mark aguantó en silencio unos segundos. Pude oír su teclado, por lo que estaba ya tramando algo; o, en el peor de los casos, su atención se hallaba en otro lado y se limitaba a hacer que me escuchaba con interés.

—Lo que solicitas es muy jodido, Ethan.

—Por eso te lo estoy rogando a ti. Nadie más puede hacerlo. Estoy convencido de ello.

—¿Estás seguro de que hay un nexo entre esas niñas?

—Sí. Al 100% —respondí, arriesgando mucho, pues esa certeza era imposible. Todo se basaba en un férreo presentimiento—. Ese tipo conocía sus edades, su aspecto físico y por dónde se movían. Lo tiene que haber.

—Ya. Pero eso lo consigo yo yendo de colegio en colegio de primaria y fijándome en algunas chiquillas. En realidad no es tan complicado.

Obcecado por el caso de Nebraska y por numerosos expedientes que habían pasado por mis manos se me escapaban entre los dedos los razonamientos más sencillos.

—No creo que actúe así —repliqué.

—Ya estamos con tus poderes *paranormales*...

—No, es la voz de la experiencia.

—Es una mera suposición. ¿Por qué consideras que hay algo que vincula a esas

pobres niñas?

Apreté los dientes y giré con brusquedad el cuerpo. Casi golpeo a Tom, que se me había acercado y que me hacía un gesto con los dedos indicándome que cortase ya la llamada.

—Porque se parecen mucho.

—Dos son morenas y una es rubia.

—Lo sé, es algo que no encaja, y tiene que haber una explicación. Pero el físico sí es muy similar. También hay algo más...

—Te escucho, Ethan.

—Las mata para calmar su dolor. Tiene que haberlas visto durante algún tiempo para que ellas hayan sido las *elegidas*. Como siempre, Mark, casualidades las justas. Por favor, encuentra ese lazo invisible que las relaciona.

—Haré lo que pueda. Y todo pese a considerar que estás en un error. Estoy en la otra punta del país y mi *sexto sentido* —dijo mi colega, con ironía— me indica que te equivocas.

—*Zodiac*.

—¡Qué narices!

Recurrí a la última esperanza que me quedaba para que Mark se tomase casi como algo personal la tarea que le estaba encomendando.

—¿Tú crees que el *Asesino del Zodiac* elegía a sus víctimas al azar?

Respecto a ese caso sin resolver existían múltiples hipótesis. A Mark le encantaban las conspiraciones y las explicaciones más descabelladas.

—No. No lo hacía así.

—Pues yo opino lo mismo de este caso. Ponte en mi lugar.

Colgué sin despedirme y me giré para encarar a Tom, que me había tirado de la manga de la chaqueta un par de veces.

—Deja en paz a Mark. Y a Liz. Y a todos los que tienes bajo tu mando ahora en Quántico. Aquí tienes personal cualificado y con experiencia de sobra. No nos menosprecies.

—Nada más lejos de lo que pienso.

—Pues no los llames.

—Tom... ¿por qué me has pedido que venga a San Francisco?

El detective alzó los brazos y soltó un improperio. Yo podía sacar de quicio hasta al más templado de los agentes.

—Mejor lo dejamos. El segundero no se detiene mientras discutimos —replicó, mostrándome su reloj de pulsera.

No hice mucho caso a mi amigo y ascendí hasta llegar a la primera de las colinas gemelas, la que estaba rodeada por Christmas Tree Point Road. Allí arriba el viento soplaba con fuerza y hacía un poco de frío. Sin embargo las vistas eran

sensacionales. Mientras giraba pude ver el Pacífico, el *Golden Gate*, *La Roca*, el *Oakland Bay Bridge* y *Alameda Island*. Como la niebla había desaparecido y el sol lucía con fuerza podía apreciar detalles muy lejanos sin problema. Me emocioné. Recordé a mi padre y las veces que me había llevado hasta allí de niño y de adolescente, para que contemplara la maravillosa ciudad en la que vivíamos. Muchas veces aprovechó para hablarme de la vida, para filosofar un poco y para señalarme el camino correcto. Era, desde luego, el emplazamiento idóneo para charlar acerca del futuro y de los sueños.

Cuando la detective Aria Martínez y Tom llegaron hasta donde me encontraba se quedaron en silencio, sin protestar. Algo les hizo percatarse de que no era el momento, de que estaba ensimismado, rememorando o muy metido en mis entrañas. Ellos también aprovecharon aquel instante casi espiritual para meditar callados, mientras el viento húmedo y salado que llegaba del Pacífico se empeñaba en arrancarnos de la colina y en sacarnos de nuestro pequeño momento de paz y sosiego.

De súbito el teléfono de Martínez nos devolvió a la realidad y yo fui consciente de que no era un chaval que estaba de paseo con su padre hablando de qué me depararía el destino.

—Salimos hacia allí de inmediato. Tardemos un poco. Estábamos visitando los parques en los que fueron secuestradas las pequeñas.

La detective colgó y se nos quedó mirando, muy seria. No le hacía la menor gracia lo que le habían comunicado.

—Alguien ha enviado una carta anónima al *Chronicle*. Dice ser el asesino de las niñas. Tenemos ya el original en la Central del Departamento de Policía.

Capítulo X

Una hora más tarde estábamos en una sala acompañados del Capitán Mason Smith y del investigador Luke Evans. Todos teníamos una copia de la misiva remitida al *Chronicle*, cuyo original ya se hallaba en manos de los forenses.

La epístola era breve y rezaba: «*Ya he matado a tres. No pienso parar. Es divertido. Me hace feliz. Esas niñas son tan inocentes. Hasta que no me atrapéis no acabaré. Cada muerte pesará sobre vuestras conciencias. Yo no soy culpable. La sociedad tiene la culpa. El infanticida.*»

—¿Qué opina, agente Bush? —preguntó Smith, cuando apenas llevaba diez minutos sentado junto a los demás alrededor de una mesa.

—Es precipitado...

—¿Y?

—No creo que sea el asesino. No facilita ningún dato. Esto lo puede haber escrito cualquier imbécil con ganas de llamar la atención. Esa es mi primera hipótesis —respondí, bastante inseguro.

—Estoy con Ethan —dijo Tom.

—Y yo. Demasiado ambigua. Vale casi para cualquier ola de crímenes —murmuró Martínez, nerviosa.

—Pues yo considero que tenemos que analizarla a fondo. Muchos asesinos en serie que han mantenido correspondencia con la prensa o con nosotros comienzan así, con un texto vago y que no da pistas. Tampoco desean que los atrapemos de inmediato o ponernos el tema tan fácil —opinó el investigador Evans, mirando con firmeza al Capitán.

—Yo no estoy sugiriendo que la dejemos de lado, sólo opino que me parece que es de un desgraciado que no ha encontrado mejor manera de captar el interés sobre él —musité, tranquilo.

Me vino a la cabeza el caso de Phoenix, donde también había una carta que había mandado, en principio, el responsable de unos terribles homicidios. Todo se terminó aclarando.

—Ya está en manos de los forenses. Además, al ser manuscrita, aunque haya empleado una letra mayúscula un tanto forzada, será sencillo cotejarla con cualquier sospechoso llegado el momento —dijo el Capitán, que en el fondo deseaba que esa misiva fuera un primer indicio relevante.

—¿Cómo llegó al *Chronicle*? —preguntó Martínez.

—La entregó en la recepción un chaval de doce años. Según su testimonio se la dio un hombre con barba, gabardina, sombrero y gafas de sol. Vamos, que la descripción no ayuda mucho. Le dio 20 dólares y le indicó dónde tenía que llevarla.

—¿En serio pensáis que el asesino se comportaría de una manera tan absurda? —inquirió Tom, agitando la cabeza irritado.

—Es un chiflado que ya se ha cargado a tres niñas. Puede ser capaz de cualquier cosa —respondió el investigador.

—No está tan tarado, Luke —declaró Aria Martínez, posando sus manos sobre la mesa—. Quizá tenga remordimientos, es posible, pero no me encaja con su perfil que le apetezca que lo atrapemos.

—Pues yo debo vivir en otro planeta —refunfuñó Evans—, porque encuentro muchos paralelismos.

—¿Paralelismos? —preguntó Tom, abriendo de un modo exagerado los ojos.

—Sí, con el *Asesino del Zodíaco*. El dibujo en el cuerpo de las pequeñas y ahora una primera carta al *Chronicle*, ¿no os suena?

En efecto el *Asesino del Zodíaco* había mandado en su día varias epístolas, algunas cifradas, a diversos periódicos, entre ellos el *Chronicle* y el *Examiner*. El investigador había establecido una asociación que tenía su valor.

—Sin embargo ni siquiera la ha firmado con el logotipo de los relojes *Zodiac* —musitó mi amigo.

—El *Asesino del Zodíaco* tampoco lo hizo en todas. Ni siquiera sabemos aún cuáles eran suyas y cuáles no —replicó Luke Evans, agitando el folio que sostenía con su mano derecha.

Era un asunto que todavía era motivo de controversia entre periodistas y autores que se dedicaban, en 2019, a seguir intentando desvelar la identidad de aquel homicida que tanto impacto había causado en la comunidad medio siglo antes.

—Será mejor que nos olvidemos del *Asesino del Zodíaco*. Nos va a hacer perder tiempo y, a lo peor, a desquiciar —murmuré, imaginando a Mark buscando a través de La Red mil vínculos entre estos crímenes y los acaecidos a finales de los sesenta del siglo pasado.

—Agente Bush, eso que pide es una quimera. El animal que intentamos meter entre rejas dibuja siempre en el cuello de las pequeñas ese logo, la misma firma que usaba *Zodiac*. ¿Pretende que lo pasemos por alto? —me interpeló el Capitán.

—No he dicho que pasemos por alto ese aspecto. Al contrario, lo considero un dato muy relevante. Pero lo estamos asociando a un asesino en serie cuyo modus operandi y cuyos traumas e historial eran muy diferentes al que investigamos ahora.

—No tenemos la menor idea de quién diablos era el *Asesino del Zodíaco*...

—En efecto —continué, imperturbable—, pero sí tenemos un perfil de él. Y no se dedicaba a matar niñas con morfina y a dejarlas semienterradas junto a un árbol vestidas con un camisón blanco.

—En eso el agente Bush tiene toda la razón —dijo el investigador Evans, demostrando que no era tan zoquete como había imaginado.

—Pues agente Bush, me gustaría contar lo antes posible con un perfil elaborado por usted. Según me informaron es de los mejores en su campo y por eso ha venido desde Quántico —murmuró Mason Smith, golpeando con su pluma de 500 dólares el borde de la mesa, como retándome.

—Apenas acabo de poner un pie en San Francisco, y sin embargo ya tengo algunas cosas claras —repliqué, un tanto molesto. El Capitán soportaba mucha presión, pero era injusto que descargase su ansiedad conmigo. No le había caído en gracia desde el principio y llegué a la conclusión de que esa impresión iba a ser muy difícil de modificar.

—Le escuchamos atentos.

—Es un poco atípico, pero intentaré, ya que insiste, dar mi opinión, sin que tenga el valor de un informe detallado como el que estoy preparando.

—Nos hacemos cargo —masculló Smith, casi sonriendo. Había entrado en un juego que no me gustaba nada y que a los demás también les resultaba incómodo.

—Es un varón, caucásico, de entre 30 y 35 años. Posee una formación muy avanzada, puede que incluso haya cursado dos grados o posea un doctorado. Vive solo y jamás se ha casado ni tiene hijos. Es un sociópata o tiene severos rasgos de dicho trastorno de la personalidad, lo que le impide mantener relaciones convencionales con el resto de personas. Pese a ello resulta educado y encantador, porque así sabe que obtiene beneficios. Se limita a fingir, a actuar. Sus capacidades intelectuales son notables, aunque los traumas que arrastra no le han permitido sacar todo el fruto a las mismas. No creo que sea su principal fuente de ingresos, pero colabora con asociaciones o entidades que entran en contacto con niños; ya sea como monitor, vigilante, cuidador o algo por el estilo. No es un pederasta, ni siquiera un pedófilo. El móvil de los crímenes no es sexual. Hay una profunda herida emocional que no ha cicatrizado y que desde luego guarda relación con una hermana o con una amiga o familiar femenino muy amado, es posible de las pocas personas a las que ha querido de verdad en su vida. Fue asesinada a la edad de diez años o sufrió un accidente que él considera un crimen. En su mente es lo mismo. Una injusticia. A finales de 2017 o principio de 2018 un estresor, quizá un despido, una noticia o la muerte de otro ser querido, hizo que su mente se desbocase y que comenzase a fantasear con los asesinatos. Lucy Sims es clave, porque es la primera víctima y tenía que ser por

obligación alguien muy cercano y accesible: hija de unos vecinos, alumna o una pequeña que frecuentaba el parque al que él suele ir para despejarse y meditar. No es homosexual. Más bien es asexual, no siente interés alguno por este tipo de relaciones y si las ha mantenido ha sido de forma esporádica y con individuos de su misma edad. Como es habitual, en su historial tiene que haber conflictos en la adolescencia, que ojalá estén registrados en alguna parte. Pudo desde matar a animales hasta agredir a niñas de edades parecidas a las víctimas, pero sin el grado de exactitud que ahora manifiesta. No creo que sufra ninguna parafilia, aunque podemos contemplar la dendrofilia, la hifefilia, la somnofilia y la necrofilia como patrones a estudiar. Por el contrario sí considero que padece algunas fobias, y desde luego la más reseñable es la pedofobia. Aunque pueda parecer contradictorio, porque he comentado que se relaciona con niños, lo hace con el único objetivo de ganarse su confianza y a través del asesinato calmar su angustia. No va a parar y mejorará la manera de perpetrar los secuestros, de llevar a cabo los asesinatos. Aprende de sus errores y los analiza. Es posible que la cadencia aumente, con periodos de latencia cada vez más breves. Será un cambio paulatino, no radical, de modo que aún tenemos tiempo hasta que vuelva a actuar. No escoge a sus víctimas por una cuestión de oportunidad, no es un asesino desorganizado, todo lo contrario. Es escrupuloso y dedica muchas horas a elegir a la niña concreta, a seguir sus movimientos, a conocer sus horarios y costumbres, hasta tener un estudio muy completo. Antes de eso no dará el paso de raptar. Insisto: no desea ser atrapado, aunque sí muestra rasgos de sentimiento de culpa. Pero puedo afirmar que los mismos tienen su origen en que personifica en las víctimas a esa niña que él perdió de un modo trágico siendo sólo un crío. Quizá, tras matarlas, se dé cuenta del disparate que ha cometido; pero sólo es una presunción. Y un aspecto muy relevante... no se comunicará ni con nosotros ni con la prensa. Por eso estoy tan seguro de que esta carta —dije, apuntando con mi índice la copia de la misiva que tenía delante— es de un idiota o de un perturbado que sólo ansía que le presten atención.

Al acabar mi sermón tomé aire y bebí un poco de agua. Todos me observaban con incredulidad, salvo Tom, que me guiñó un ojo.

—Joder, agente Bush, ¿y todo eso lo lleva metido en la sesera? —inquirió Mason Smith, que había lanzado su bolígrafo sobre la mesa con desdén.

Antes de contestar busqué en mi chaqueta mi libreta *Moleskine*, la saqué y la mostré con cierto orgullo.

—Tengo una memoria nefasta. Pero jamás viajo sin un puñado de estos cuadernos. Ellos hacen las veces de mi hipocampo y de parte de las neuronas que me faltan.

—¿Qué opinan?

—Debo admitir que me ha dejado impresionado. Y no sé, estimo que va por el buen camino —contestó el investigador Evans, que era el que más peso tenía en aquel momento, dado su trabajo.

—Entonces les dejo en paz. Aquí ahora mismo sobro. Cada minuto, cada segundo que pasa, es una losa que nos está aplastando. Ténganlo presente en todo momento.

El Capitán soltó aquella despedida que imaginé intentaba espolearnos y se marchó. Todos guardamos silencio durante casi cinco infinitos minutos, como si cada uno estuviera *digiriendo* lo ocurrido a su manera.

—¡Joder, jefe, bravo, le has dado una buena lección a ese capullo! —exclamó al fin Tom, provocando las carcajadas de los demás.

—¿Cómo? —pregunté, estupefacto.

—Smith no es del agrado de la mayoría. Tiene un estilo un tanto autoritario. Y cuando se pone de los nervios la cosa empeora. Usted lo acaba de desmontar y eso no es muy frecuente, que digamos —musitó Aria Martínez, aclarando por qué Tom había sido tan explícito y por qué ellos se habían reído con ganas.

—Agente Bush, eso no significa que coincida en todo con usted o que le reste importancia a la carta. Queda claro, ¿no? —inquirió Evans.

—Ojalá esa misiva nos llevé directos al asesino. Nada me alegraría más. Sin embargo no tengo la menor fe en dicha posibilidad.

—Dejando a un lado la carta, ¿cómo puede ayudarnos el perfil a encontrar al asesino? —preguntó la detective, que se había quedado atrapada en mi descripción del sospechoso, más pormenorizada de lo que yo mismo tenía anotado en mis papeles. La rabia había iluminado las sinapsis de mi cerebro, todavía perezosas.

—Si dejamos manos libres a los forenses informáticos que hemos visitado esta mañana y mis colegas de Quántico se implican un poco... lentamente nos irán llegando expedientes y fichas. El área de la Bahía cuenta con más de 7 millones de habitantes, pero pocos tienen un perfil semejante. Tenemos su sexo, su edad aproximada, su capacidad intelectual, su estado civil, la posibilidad de que tenga antecedentes, alguna de sus manías...

—Todo eso asumiendo que el perfil que está elaborando sea certero —masculló Luke Evans, sin mirarme a los ojos.

—Coincide bastante con el que ya manejabais aquí. Sólo he puntualizado algunos detalles —repliqué, aguantando las ganas de ser más contundente.

—Descarta por completo el sexo como uno de los móviles y también está empeñado en que todo es debido a un trauma relacionado con una niña a la que el asesino quería, que fue matada a la misma edad de las víctimas. Un tanto fuera de lo común.

—¿Ha estado trabajando con el ViCAP? —inquirí, cuando yo mismo aún no tenía los resultados del mismo.

—Los de la oficina del FBI de aquí lo han hecho.

—¿Algún modus operandi que se parezca?

Formulé la pregunta en un tono poco amigable. Me había sentido atacado y respondí como niño malcriado.

—Parecido sí...

—¿En serio?

Yo me había ocupado del último caso de un asesino en serie de niños desarrollado en los Estados Unidos, el que me había llevado hasta Arizona dos años antes. No me hacía falta dejarme los ojos hurgando en bases de datos porque aquella investigación me había marcado para toda la vida.

—Bueno, no con exactitud. Tipos que han matado niños, me entiende...

—Evans, no es lo mismo matar a uno, o incluso a dos niños, que ser un asesino en serie de chiquillos. Hay un salto abismal —musité.

—Lo sé —reconoció el investigador, incómodo—. No hace falta que se ponga en plan agresivo.

—Chikatilo, el *Asesino del Otaku*, Olson, Garavito, Pomeroy o *El Monstruo de los Andes* son algunos salvajes que me vienen a la memoria y de los que espero informes detallados pronto. Pero Evans, su modus operandi era muy distinto al del tipo que actúa aquí y a la mayoría de ellos los movía un impulso de violencia, dominación y sexo.

Aquel despliegue sólo pretendía demostrarle a Luke Evans que yo sabía lo que decía y que en cinco años trabajando duro en Quántico algo había aprendido. Necesitaba que Mark me ayudase, pero en mi mente ya flotaban decenas de expedientes y casos del pasado que de alguna manera podían servir como una vaga referencia. Si el Capitán y el resto de agentes implicados no me respetaban mi presencia en San Francisco era estéril, y para eso mejor regresaba a Washington, prestaba atención a mi pequeño equipo y dedicaba tiempo a Liz y nuestro querido hijo de apenas un año.

—Le pido disculpas. Nada más lejos de mi intención que importunarle.

—Eso espero, Luke. Como Ethan nos deje *colgados* estamos jodidos, créeme. Sé mejor que tú que es un poco majadero, pues lo he tenido que soportar como *jefe* durante años. Sin embargo... es el mejor que conozco en su campo —manifestó Tom, en un alegato que no sabía cuánto tenía de elogio y cuánto de reproche.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Esperar de brazos cruzados a que los informáticos nos vayan dando pistas? —preguntó Aria Martínez, que estaba como en otra dimensión, alejada de nuestras disputas cargadas de insípida testosterona.

—En absoluto —respondí, de inmediato—. Quiero ver a los padres de las

pequeñas, aunque sé que se muestran reacios, y deseo visitar el otro parque en el que fue secuestrada la última víctima y los lugares en los que fueron dejados los dos cadáveres que restan. Todo eso nos ayudará a seguir construyendo un perfil más ajustado.

—Los padres van a suponer un contratiempo. No están para que les molestemos con nuestras preguntas. Y ya los hemos incordiado mucho, sobre todo a los Sims. Por Dios, desde julio... ¡estamos ya en abril! —exclamó la detective, demostrando una empatía que me resultó muy reconfortante en el contexto de aquella dura reunión.

—Coincido con los dos —dijo Evans—. Pero asumamos, yo el primero, que se nos pueden haber escapado detalles que ahora el agente Bush pueda desvelar, desde un nuevo enfoque. Por ejemplo me acosa una pregunta desde hace semanas, cuando encontramos a la tercera niña.

—Somos un equipo —murmuré—. ¿Qué le atormenta?

—El cambio de patrón. El modus operandi es idéntico, pero la pequeña era rubia. Eso no encaja en absoluto, ¿estamos de acuerdo?

El investigador tenía toda la razón. Podía parecer una cuestión menor, a la que no hacía falta dedicar horas de reflexión, o al menos así lo entenderían muchos agentes. Craso error. Un asesino tan metódico, que conocía las edades y que había elegido a sus víctimas con tanto esmero no podía haber cometido un desliz semejante sin una causa que lo explicase. Y quizá tras la explicación encontrásemos una senda que nos guiase hasta él.

—Ahora mismo no tengo ninguna teoría. Pero descarto la oportunidad como argumento para justificar dicho comportamiento —expuse.

Mi Smartphone vibró. Por un segundo temí que fuese un mensaje de Vera Taylor, desde su hogar de Kansas, pero se trataba de Clarice Brown. Era escueta y directa: «*Ya tengo un primer sospechoso. Un sujeto que es excursionista habitual del Tamalpais State Park. ¿Cenamos juntos esta noche?*».

Capítulo XI

La famosa presentadora de la CBS y yo ya nos conocíamos lo suficiente como para saber que no se tiraba *faroles* conmigo; era una insensatez que sólo le conduciría a que la apartase de mi pequeño círculo de confianza. Si me había mandado aquel SMS era porque tenía algo sólido entre manos, de modo que con disimulo respondí con un escueto: «Sí. *Te telefoneo en un rato.*»

La reunión continuó, aunque yo ya no estaba allí, tenía la mente en otra parte. Tom y la detective Martínez, por lo que pude entender, esbozaron una agenda que me incluía para ir a ver a los padres y para visitar el resto de zonas clave de la investigación en las que aún no había puesto un pie. Cada vez que me miraban me limitaba a asentir.

Cuando todo terminó mi amigo se ofreció, de nuevo, a acercarme al hotel en su flamante Taurus.

—Prefiero pasear. Me viene muy bien caminar antes de meterme en la cama.

—Jefe, ¿qué es lo que ha sucedido?

—No sé bien a qué te refieres...

Tom meneó la cabeza y me lanzó un directo que no llegó a impactar en mi mentón. Era un gesto muy propio de él. Me gustaba que lo conservase y que apenas hubiera cambiado su carácter desde que abandonara el FBI.

—A mí no me engañas. Ha sido una reunión muy tensa, aunque por fortuna la cosa ha acabado bien.

—Sí, te debo una más. Ya me veía de vuelta a Washington.

—Ni lo sueñes. Antes tienen que pasar por encima de mi cadáver.

—Ya me he dado cuenta.

—Pues yo de lo que me he dado cuenta es de que en un momento determinado has *desconectado*, ¿comprendes? No eras tú. Y quiero que seas tú todo el tiempo, hasta cuando te aborrezco. Aquí en San Francisco hay agentes especiales del FBI a montones, esto no es un pueblo perdido del *Medio Oeste*. Hemos pateado juntos esas pistas polvorientas a las que llaman carreteras y hemos pasado mucho tiempo bajo el mismo techo. Así es como aprendes a conocer de verdad a la gente. Te necesito con todos los sentidos puestos en la investigación. Eres diferente. Con lo convencional no nos está dando para atrapar a ese desgraciado.

Mi amigo me tenía clavadas las pupilas en el entrecejo y aquello resultaba

incómodo. No podía mentirle, ni siquiera me sentía capaz de escamotearle la verdad. No se lo merecía.

—Vale. Era Clarice Brown. Voy a cenar con ella. Cree que tiene una pista.

—Joder, esa mujer no se aburre de ti...

—Parece que todo lo contrario.

—¿Estáis liados o algo por el estilo? —preguntó Tom, sin convicción.

—Ese comentario es propio de un memo —respondí, enfadado.

—Ya sabes que yo no soy precisamente Einstein.

—Eres uno de los tipos más listos que he conocido en toda mi vida.

—Y tú el más inteligente. Por eso es bueno que trabajemos juntos.

—Ya estábamos juntos en el FBI —murmuré, dolido.

—Bueno, seguimos colaborando. Eso es lo importante. Disculpa por la tontería que he dicho. Es que no entiendo lo tuyo con esa periodista...

—Gracias a ella resolvimos los crímenes de Kansas.

—Eso es exagerar un poco.

—Digamos que sin su colaboración nos hubiera llevado más tiempo. Y también me ha echado una mano más veces.

—Y te ha entrevistado en dos ocasiones en *Prime Time*, no lo olvidemos.

—Me voy al hotel y ya sabes lo que estaré haciendo después.

Le saludé con la mano y comencé a caminar por 3rd Street, pero mi amigo me sujetó del hombro y me giró con suavidad. Estaba en forma y era un tipo fuerte que se machacaba en el gimnasio. Podía aplastarme como a una mosca si le daba la gana.

—Jefe, no la cagues, te lo suplico.

—¿Qué insinúas? —inquirí, sin tener claro a qué se podía estar refiriendo.

—Aquí sólo unas pocas personas conocen los detalles del caso. Es importante mantener la boca cerrada. Lo sabes. Esa reportera tan guapa no es tan inteligente como tú, pero sí tan espabilada como yo. No te va a dar información a cambio de nada. Ojalá las cosas fueran así.

—Ya veré cómo me las apaño.

—Hazlo sin meter la pata. Ya sé lo que es toparme con la CBS dando una exclusiva en un asunto que llevábamos nosotros. Me explico...

—Hasta mañana, Tom.

Mientras el aire frío me azotaba el rostro meditaba acerca de las palabras de mi amigo. Yo estaba cabreado y sin embargo él estaba cargado de razones para haber mantenido aquella conversación. No podía estropear lo que con tanto esfuerzo ellos estaban consiguiendo: mantener a la prensa a raya.

Al llegar al hotel telefoneé a Clarice y quedamos para cenar en un coqueto restaurante francés ubicado en la Avenida Van Ness. Me di una ducha rápida,

me cambié de traje y le mandé un mail a Liz y otro a Mark. El primero era para demostrar que no me olvidaba de ella ni de nuestro pequeño, el segundo para que mi genio informático no se olvidase de mí.

Llegué un poco tarde a la cita y la periodista ya me aguardaba tomando un cóctel suave. Se levantó nada más verme y vino a saludarme.

—El señor Ethan Bush... ¡cuánto tiempo sin verte!

—¿Te estás burlando de mí?

—En absoluto. ¿Me permites que te dé un abrazo?

Miré a mi alrededor. No conocía a nadie. Estaba en la ciudad en la que había nacido, me había criado y había terminado mis estudios universitarios y me sentía como fuera de lugar.

—Uno breve, para que no te quejes. Estuviste en la habitación de mi hotel el otro día, por si te has despistado.

Clarice me abrazó con delicadeza y pude oler su perfume, más propio de la costa este, de los círculos en los que se mueve el dinero y el poder en lugar de donde se engendran las ideas. Su cabello me rozó la mejilla y me estremecí. Yo apenas la estreché.

—Bueno, menos es nada. Pero tengo la sensación de haber ceñido con mis brazos un iceberg. O quizá algo más frío, aún me quedan dudas —murmuró la reportera, ladeando el rostro y llevándose el índice derecho a los labios.

—Estamos en un restaurante y no nos conviene que nos vean en una actitud tan afectiva. Ni siquiera tendría que estar aquí ahora mismo. Debería estar volcado sobre mis libretas o descansando para la jornada de mañana.

Clarice no me hizo ni caso y me indicó que ocupase mi asiento en la mesa. Estaba espectacular. Cada vez que me encontraba con ella la veía más guapa, más radiante. El paso de los años le estaban sentando genial y ella dominaba el escenario; se movía como si los focos de su magnífico plató la estuviesen persiguiendo a todas partes. Era complicado no quedarse medio extasiado mirándola. A través de la pequeña pantalla cautivaba a millones de espectadores cada domingo, presentando el programa de más éxito de la historia de la televisión estadounidense, y sin embargo cara a cara resultaba más encantadora y seductora.

Ella se encargó de elegir los platos y el vino. Me dijo que no me preocupase, que la CBS correría con los gastos. Le habían incrementado el presupuesto de dietas y salía tan poco de Nueva York que era la ejecutiva que hacía un uso más modesto del mismo.

—Estás en el lugar exacto, Ethan. Tengo información relevante. No te hubiera molestado con una chorrada.

—Por eso has logrado que cene contigo. Tom te odia, el Capitán me detesta y

todos los agentes me matarían con sus propias manos si supieran que estoy aquí con una periodista de la CBS.

—¿Habéis levantado un muro de silencio?

—Más o menos. Cualquier pirado puede atribuirse estos asesinatos y nos estamos para gilipolleces —dije, pensando en la carta que había recibido el *Chronicle*.

—Te refieres a la misiva de ese chiflado, ¿no?

Clarice cruzó las palmas de sus manos por debajo de la barbilla y me regaló una sonrisa cargada de ironía. La odié.

—Ya estás al corriente...

—Hago mi trabajo, Ethan. No sabes sacarme todo el partido y al final te tengo que poner las cosas en bandeja. En el fondo, desde que nos conocimos, he sido muy buena contigo.

—Seguro.

—Aún no me has preguntado por mi sospechoso...

En ese instante nos sirvieron un par de ensaladas acompañadas de filetes de ternera de corte muy fino con un aliño singular. Antes de comer probé el vino y pese a que yo era casi abstemio y sólo tomaba alguna cerveza de vez en cuando me supo a gloria.

—¿Qué brebaje es este? —pregunté, agitando con cuidado mi copa de vino.

—Un caldo francés excepcional. Y muy caro. Te ruego que no lo menees como si fuera un refresco barato.

—Entre todos vais a lograr que me convierta en un maldito borracho. Yo odiaba el alcohol. Si tomo una *Budweiser* ocasionalmente es porque me recuerda a mi padre.

—Entonces come antes de beber. Es un consejo de experta en estas lides. Y siempre haz que parezca que bebes más de lo que en realidad ingieres. No debería contarte estas cosas porque ebrio quizá bajas las defensas y ese muro se desmorone... pero me caes bien.

—De acuerdo. Háblame de ese tipo —dije, centrándome en el motivo de aquel encuentro.

—Eres tan aburrido en ocasiones, Ethan. A mandar. Lleva unos cinco años yendo todos los fines de semana al Tamalpais. Sólo ha fallado un par de veces en todo este tiempo. En ocasiones también acude un jueves o un viernes. Paga su pase anual y se dedica a recorrer todos los senderos. Los que están señalados y los que sólo conocen los guardias y empleados del parque.

—Joder, Clarice, ¿de dónde lo has sacado? Aquí hay agentes que llevan investigando desde julio del año pasado. Y desde noviembre ya es una cuestión de máxima prioridad. No te cuento cuando apareció en marzo la tercera víctima.

—Por eso siempre me necesitas.

—He resuelto casos sin tu ayuda. Muchos casos. También eres un problema — repliqué, molesto.

—Pues aquí ya me estoy ganando un abrazo de verdad, no la menudencia con la que me has obsequiado al llegar.

—Vale, ¿me explicas todo?

—Y tú... qué me ofreces —musitó la reportera, sin mirarme, como el que no pretende obtener nada significativo.

—Ni idea. Estoy atado de manos.

—Hacéis las cosas mal. Bueno, no todo, por supuesto. Pero yo he estado con los que limpian el parque, con los que llevan la comida en furgonetas, con los que la calientan en hornos profesionales, con los que vigilan la fauna, con los visitantes más asiduos...

—Ya. Eres mucho más guapa que nosotros y no *apestas* a poli a tres millas de distancia. Eso lo tengo muy claro. No todo el mundo está dispuesto a colaborar con la Ley, pero sí a chismorrear un rato, ya lo sabes.

—Ese tío es muy raro. Lleva una pinta... Alguien debería ir a su casa. Uno de mis chicos ha tomado fotografías, pero no nos hemos atrevido a llegar más lejos. Tiene hasta un apodo.

—¿Apodo?

—Sí, entre algunos empleados del parque: *El excursionista*.

—No se han calentado mucho la cabeza.

—Le va como anillo al dedo. El Tamalpais es una especie de segundo hogar. No le hace falta un mapa para recorrerlo por completo sin perderse, hasta en los días de niebla más espesa.

Me fastidiaba que Clarice Brown de nuevo nos sacara ventaja de un modo tan burdo y sencillo. También era cierto que la gente, en general, tendía a ser más franca con un periodista que con un agente de policía. Por eso Tom empleaba la estrategia de hacerse pasar por uno cada vez que tenía que indagar entre las personas corrientes. Nada de placas. Nada de pistolas. Nada de órdenes ni de salas con cámaras de vídeo y grabadoras. Sólo él y un testigo al que le cuesta contar toda la verdad a un individuo con uniforme. Funcionaba.

—Tiene que haber montones de sujetos como él.

—Por eso me lo han mencionado varios empleados en cuanto les he tirado un poco de la lengua, ¿verdad?

La reportera estaba en lo cierto. Si había levantado sospechas entre el personal del parque quizá tuviéramos que escarbar en la vida de ese tipo.

—Es que no es suficiente...

—Va siempre con una furgoneta destartada. La aparca en un lugar que

considera como propio. A saber lo que tiene metido en ella. Quizá todo un *kit de secuestro*, como vosotros lo denomináis.

Aquellos kit, tan frecuentes entre los asesinos en serie organizados, se componían de bridas, esposas, cuerdas, cuchillos, cinta de embalar, mantas, plásticos e incluso armas con las que reducir y amordazar a las víctimas. No eran kits para secuestrar, era para dominar y matar.

—Lo de la furgoneta es interesante.

—No soy una pipiola, Ethan. Vive aún en casa con su madre. Tiene 29 años y sólo trabaja a media jornada en una estación de servicio a las afueras de donde reside, un pueblo llamado Orinda, cerca de Berkeley y Oakland.

—¡Joder! —exclamé sin darme cuenta de que me hallaba cenando en un elegante restaurante francés de 200 dólares el cubierto; la mitad de los comensales me dirigieron una mirada reprobatoria.

—Ahora ya me prestas atención —continuó Clarice, haciendo caso omiso del resto de la gente.

—Pues sí. Cualquiera día te nombramos agente honorífica y te regalamos una placa de plástico para que la puedas llevar en el bolso.

—Todavía hay más.

—¿Más? —pregunté, como si resultase imposible que me facilitase nuevos datos.

—Sí.

—Venga...

La periodista sonrió, bebió un poco de vino y se puso a comer, en silencio. Habíamos llegado al punto que ella deseaba y yo estaba metido en la trampa y sin posibilidad de zafarme.

—Necesito que me cuentes algo a cambio. Así funciona este mundo tan cruel —murmuró al fin, impostando la voz de una niña angelical.

—Todo esto para hacer lo que cualquier otro periodista. Y después quieres que te trate como a una amiga o yo qué sé —dije, malhumorado.

—No, no... Te equivocas, Ethan. Casi nadie te hubiera invitado a cenar a un sitio como este y mucho menos para servirte en bandeja a un sospechoso tan particular.

—Acepto. Pero te he comentado que estoy atado de manos. Ni siquiera llevo metido tiempo en la investigación —repliqué, recordando a Tom y lo que me había dicho al salir del Departamento de Policía.

—No cuela. Te han hecho venir desde Washington. Tendrás montones de papeles y te habrán llenado la cabeza de datos para que puedas crear un perfil. No me tomes el pelo, por favor.

Miré a Clarice y suspiré. Ya que no podía contar nada de lo que habían

descubierto los demás me aferré a lo único de valor que yo había aportado al caso desde mi llegada a San Francisco.

—Se está vengando.

—¿Cómo?

—Creo que se está vengando. Asesina a esas niñas porque en su cabeza representan a una persona muy querida en su infancia. Es un trauma que no ha superado. Tiene asociados otros problemas, desde luego, pero esa es la motivación principal. Se desahoga matando a esas pequeñas inocentes.

—Medio país está para encerrar en un manicomio. Y le venden armas al primer imbécil que junta 800 dólares para hacerse con una pistola medio decente.

—Te veo sensibilizada.

—¿No ves ninguno de mis programas?

—Alguno. Un par de veces has llevado a un fanfarrón del FBI —contesté, burlón.

—No tiene gracia. Hicimos un especial sobre la venta descontrolada de armas en la mayoría de los estados. Ethan, uno de cada cuatro estadounidenses tiene al menos una pistola, y por todo el país hay más de 300 millones de armas, muchas de asalto o de gran calibre. He estado con gente a la que deberías encerrar de por vida, aunque todavía no hayan matado a nadie.

—Está complicado, pero si lo deseas dejo todo y me dedico a promover que remuevan de una vez la Segunda Enmienda. Hasta la fecha todo el mundo ha fracasado, tiene casi 230 años desde que se promulgó y en 2010 la Corte Suprema la ratificó. Estamos jodidos, Clarice.

—Gracias por la clase de historia. Al menos sé que tengo delante a uno que opina lo mismo que yo.

—Dejemos a un lado las utopías. Te toca...

La reportera tomó su copa de vino y la agitó con suavidad delante de mis ojos.

—No he terminado de entender lo de ese chalado. Necesito que me lo expliques mejor.

—He llegado demasiado lejos. Cumple.

Mi tono de voz fue enérgico y tajante. No estaba dispuesto a que Clarice jugase conmigo mientras una nueva víctima podía estar al caer.

—No te cabrees conmigo.

—Si me provocas...

—Ese tío se crio solo con la madre. Lo echaron de secundaria por acosar a las chicas y por soltar improperios por la boca a diestro y siniestro.

—No encaja —musité, pensando en voz alta.

—Desde entonces ha procurado meterse en pocos líos, aunque no le gusta a nadie —continuó la reportera, como si no me hubiera escuchado—. Al menos

cuida sus modales y, lo más interesante... con frecuencia hace de guía, sin cobrar nada, para las escuelas de primaria de la Bahía. ¿Esto tampoco concuerda con lo que tienes rondando por la cabeza?

Capítulo XII

Acabamos de cenar muy tarde y cuando llegué al hotel estaba un poco mareado. Pese a ello no dejaba de darle vueltas a lo que me había contado Clarice Brown sobre aquel tipo, *El excursionista*. Había aspectos de su perfil que me cuadraban y otros que no. Necesitaba que alguien lo investigase a fondo. Que frecuentase el Tamalpais State Park, que fuese conocido por el personal, que su residencia se ubicase en una pequeña población al este de la Bahía, que llevase una furgoneta o, para poner la guinda al pastel, que se encargase de forma voluntaria de hacer de monitor para diversas escuelas sumaban muchos puntos en su contra. Sin embargo que apenas tuviera formación, que fuera un empleado a tiempo parcial y mal pagado o que aún viviera en la casa de su madre se salía del cerco que yo estaba estrechando.

Acosado por las dudas y por los recuerdos de mi padre apenas concilié el sueño. Tuve un par de pesadillas, algo que suponía había dejado atrás, y me desperté *sudando como un pollo*.

Al amanecer una niebla compacta y gris me impedía ver nada desde mi ventana. Por si fuera poco, una terrible resaca me sacudía el cráneo, como un boxeador que está sufriendo la paliza de su vida. No estaba acostumbrado a beber alcohol, y aunque sólo había tomado un par de copas de vino mi cuerpo las había recibido como una intoxicación etílica de primer nivel. Adopté la mejor medida para estas circunstancias: beber agua sin descanso. Salir a correr un rato también era una solución, pero me fallaban tanto las fuerzas como las ganas.

Tuve suerte y al abandonar el hotel la humedad y el frío, que bien podían haberme provocado una pulmonía, me espabilaron en sólo cinco minutos. Alguna ventaja tenía que tener aquella mañana hostil que se presentaba dura y compleja.

Fui directo al despacho de Tom. Estaba trabajando y sólo me saludó con la mano, sin despegar la mirada de la pantalla de su ordenador.

—No la fastidié —mentí, mientras me sentaba junto a su mesa.

—Eso sólo lo demostrará el tiempo, jefe. Me has acostumbrado a no fiarme de tu palabra. Es horrible, pero te lo has ganado a pulso.

—Tienes razón —musité.

—Ergo... quizá si la jodiste un poco.

—James Barnes —dije, alzando la voz, algo que me provocó un dolor terrible en

las sienes.

—¿Quién narices es ese tipo?

—Anota su nombre. Vive en Orinda, con su madre, y es un sospechoso. Eso fue lo mejor de anoche.

—¿Y lo peor? —preguntó mi amigo, mirándome por fin.

—Tener que estar en público acompañado por Clarice Brown e ingerir un par de copas de vino.

—¡Vino!

—Sí, ese jugo fermentado que se obtiene de la uva.

—Ya tenías que estar idiotizado. Eres abstemio, jefe. Tú sólo bebes, en ocasiones muy especiales, un trago de cerveza.

—Creo que estaba algo peor que idiotizado. Lo asumo. Pero si el precio a pagar es un dolor de cabeza pasajero a cambio de tener a un sospechoso... repito un millón de veces la experiencia.

—Tenemos una reunión en una hora. Ya te estás inventando una bonita historia para explicar de dónde te has sacado ese tipo.

Guardé silencio. El agua no estaba surtiendo tanto efecto y me costaba cavilar con precisión.

—Mis planes eran otros...

—Un segundo. Antes de que sueltes la gilipollez que imagino toma esto.

Mi antiguo colega del FBI buscó en uno de sus cajones y después me tendió una pastilla y una botella de agua.

—¿Qué me estás dando?

—Vitaminas. Las tomo los días que no puedo alimentarme como deseo y siempre tengo un bote a mano. En esa píldora hay C y suficientes del grupo B como para que salgas a disputar un maratón. Te harán bien.

Me tragué la pastilla sin rechistar y me bebí toda el agua que quedaba en la botella de Tom. Mi cuerpo me seguía *pidiendo a gritos* más hidratación.

—Gracias.

—¿Has desayunado?

—Sólo he bebido agua. Creo que voy camino de los dos litros.

—OK. Ahora buscamos en las máquinas medio litro de yogurt líquido. Y antes de entrar en la reunión te mojas el rostro con agua helada. En realidad tienes buena pinta. Dos copas de vino no han matado a nadie.

—El yogurt me ha sonado bien. ¿Cómo sabes tanto de resacas? —inquirí, porque mi amigo era tan abstemio como yo.

—Aquí cuando se resuelve un caso complicado lo celebran bebiendo cerveza como si no hubiera un mañana. O te sumas a la manada o te conviertes en un bicho raro. Sólo llevo cuatro cogorzas desde que aterricé en San Francisco, de

modo que resistiré.

Una vez el asunto de mi malestar parecía encauzado centré mi atención en la propuesta descabellada que debía hacerle a Tom.

—Quiero que lo de Barnes quede, de momento, entre nosotros —balbuceé.

Mi amigo agitó todo el cuerpo, como si estuviera sufriendo una descarga eléctrica. Era un payaso sin posibilidad de rehabilitación.

—Estás más pirado que los malnacidos a los que perseguimos. Te crees que campos a tus anchas, como en Kansas, donde no hay oficina del FBI y sólo tienes que enfrentarte a un sheriff que está de mierda hasta el cuello.

Tom hablaba de nuestras dos primeras estancias en aquel estado, en las que resolvimos el caso al que Clarice Brown dio un pomposo nombre: *Los Crímenes Azules*. En efecto, las circunstancias eran bien distintas.

—Es sólo mientras indagas. Como en los viejos tiempos. Tú mismo me has comentado que quieres acción.

—¿Qué pretendes?

Esa pregunta me daba una oportunidad. Tenía que manejar con tacto la ocasión.

—Que vayas a ver a ese tipo. Que te cueles en su madriguera y antes de poner su nombre encima de la mesa sepamos si merece la pena.

—Imposible, jefe. Tenemos que informar al Capitán y al grupo. Somos una piña.

—La fastidiaremos. Si es él se bloqueará y dejará de matar durante mucho tiempo.

—Mierda, ¡qué tiene eso de malo!

—Que deje de asesinar nada, por supuesto; no estoy tan ido como supones —aclaré—. Sin embargo el que se asuste al sentir nuestro aliento en el cogote y paralice su actividad... puede acabar mal.

—¿Mal?

—*Zodiac* —musité.

—Estoy hasta las narices de que hablemos de ese asesino.

—Cuya identidad sigue siendo todo un misterio.

Era mi desesperado intento de hacerle ver que la mayoría de las veces el camino recto no es el más adecuado, ni siquiera el que conduce al lugar que esperas. Ahora ya no opino igual. El Ethan de 34 años estaba más curtido que el joven arrogante que había llegado siendo apenas un crío a Quántico y pese a todo aún me quedaba mucho, muchísimo por aprender. Los golpes que propina la experiencia, los errores imperdonables, son enseñanzas que se quedan aferradas en la memoria, como soldadas, y que te obligan a madurar.

—Jefe, vamos a ir a la reunión y lo primero que harás es comentar que sospechas de alguien.

—*El excursionista*.

—Me cuesta seguirte. Ya no tengo claro quién está resacoso de los dos...

—Es el apodo que le han puesto los empleados del Tamalpais. El tipo va con mucha frecuencia desde hace tiempo y no sólo conoce a todo el mundo, también hasta el último recoveco del parque.

—Vaya...

Tom se quedó pensativo. Se frotó la barba de una semana y se giró, para mirar a través de la ventana de su despacho el animado tránsito de 3rd Street. La niebla se había levantado. Quizá había logrado en parte mi objetivo.

—Sí, eso mismo me dije anoche varias veces, cuando trataba de dormir.

—Tenemos que contarle, jefe. Pero nos ahorramos lo de tu plan.

—¿Qué plan?

—Haré lo que me pides. Pasarme por un periodista simpático y allanar la casa de ese tipo, o de su madre. En eso me has convencido. Si esperamos a que aquí agilicen todos los papeles puede llegar el verano y aún no poder mover ni un dedo.

—Por esa razón me veo obligado a saltarme las normas, Tom —musité.

—No, jefe. Lo haces porque eres un capullo. Todavía estoy a tiempo de arrepentirme. Sólo te ruego que les hables de ese individuo al resto.

Mi amigo logró que dejase de lado el tema. Nos centramos en elaborar una estrategia en común y después acudimos a la reunión. Allí estaban los habituales: el Capitán, la detective Aria Martínez, el investigador Luke Evans y la agente especial Kaitlyn Peterson, que fue la primera en tomar la palabra.

—Los forenses informáticos han cumplido. Es cierto que para ello nos hemos saltado unos cuantos protocolos y que tendremos que encontrar la manera de explicar el asunto en un informe sin que eso suponga que un abogado, o incluso la propia fiscalía, tumben el caso sin haber llegado ni siquiera a juicio.

Peterson me miraba mientras se movía por la estancia con un mando en la mano. Todos captaron lo que significaba aquello. Después pulsó un botón y el rostro de un hombre joven apareció en la fabulosa pantalla de 105’’ 5K con la que contaban en la Central del Departamento de Policía.

—Ya me han hablado de sus ocurrencias, agente Bush. Por fortuna me han comunicado que usted es una *singularidad* dentro del FBI y que el 99% de los agentes especiales que trabajan en Quántico se atienen a la Leyes que nos hemos dado y a la autoridad que permite que el sistema funcione —dijo Mason Smith, impertérrito, como si se dirigiese a un ente indeterminado, a alguien que no se hallara en la sala de reuniones.

—Los forenses informáticos han cumplido. Si los atamos de manos jamás podremos *exprimirles todo el jugo*, sacar lo que llevan en su interior. Tenemos a gente muy buena en el FBI, como demuestra esa imagen de la pantalla —musité,

con dureza, reafirmando mi alegato, sin achantarme ni por los gestos de Peterson ni por el desdén público del Capitán—. Los monstruos no se *andan con chiquitas* y mientras nos pensamos si lo que hacemos está bien o está mal la vida de una niña de diez años pende de un hilo. Ya lo dije en su momento... siempre podrán echarme la culpa de todo a mí; no corre riesgo la carrera de nadie.

—Es usted un insensato —me espetó Smith—. Me importa un bledo mi futuro profesional. Lo que no quiero es que por un desliz todo el esfuerzo se nos vaya por el sumidero.

—Señores, ¿podemos seguir adelante? —inquirió la agente del FBI, tratándonos como a chiquillos.

—Por supuesto. Disculpe... —murmuró el Capitán, abochornado.

Peterson hizo un gesto con la mano indicando que todo estaba olvidado y que lo que ahora deseaba es que nos centrásemos en la pantalla.

—Este es Max Stewart. Es el joven que acudió, sin que nadie lo invitase, a los tres funerales de las víctimas.

—¿Cómo lo habéis identificado? —preguntó Evans, que después apretó entre los dientes el extremo de un bolígrafo de plástico.

—Esa fue la parte más sencilla. Recurrieron a los perfiles públicos de Facebook, comenzando por los residentes en San Francisco, y en menos de dos horas lo teníamos. Hasta ahí todo bien.

—¿Vive aquí? —interpelé a la agente, desconcertado.

—Sí, en un bonito pero diminuto apartamento situado en Moraga Street. Se independizó hace dos años. El lugar tiene su envidia, y para eso lo mejor es que les muestre un mapa.

Peterson volvió a pulsar el botón de su mando a distancia y la imagen del joven fue reemplazada por una visión de Google Maps del centro de San Francisco. Los parques en los que habían sido secuestradas las pequeñas estaban resaltados en rojo y unidos por líneas del mismo color, lo que formaba un singular triángulo. Moraga Street se situaba dentro del mismo, a la altura de Twin Peaks y escorada hacia el oeste. Aquel individuo tenía a sólo media hora caminando cada uno de los parques. Si dejábamos de lado el Tamalpais State Park, donde los cadáveres fueron abandonados, cualquier SIG, o el sentido común, nos indicaría que estaba en el sitio idóneo para perpetrar los raptos.

—¿Qué sabemos de ese Stewart? —pregunté, como si sólo la agente de la oficina satélite del FBI en Santa Rosa y yo nos hallásemos en la estancia.

—Bueno, ahí es donde nuestros jóvenes forenses comenzaron a meterse en líos...

—¿Hemos tenido algún problema? —inquirió Mason Smith.

—No, de momento. Se han colado en bases de datos de toda índole, desde las de

centros para menores hasta la de una universidad.

—Continúe, por favor.

—Max es un chico listo que creció en el mejor barrio de Richmond. Su familia es conocida, porque su padre es un médico de cierto prestigio y su madre participa en muchos actos benéficos de su iglesia y de su comunidad. Pero el joven *les salió* problemático y ya de niño lo tuvieron que cambiar de escuela en dos ocasiones.

—Motivos... —murmuró la detective Martínez, que trajinaba con su iPad mientras Peterson hablaba.

—La primera vez por mal comportamiento, así, un tanto inespecífico. Creemos que por insultar de manera reiterada a los profesores y alumnos. La segunda por matar a los pájaros que anidaban por el entorno.

—¿Tenía una pistola de balines siendo tan pequeño? —preguntó Luke Evans, abriendo los brazos.

—Los cazaba empleando una red y después los mataba a golpes. Fue denunciado por padres de otros compañeros que llegaban traumatizados a sus casas. Era una buena escuela, de modo que el dinero de los Stewart no les sirvió para silenciar el asunto. Lo expulsaron.

—Entonces, concluyó o no sus estudios... Ha comentado algo de una universidad —dije, tomando algunos apuntes e interesado en la personalidad de ese joven que no tenía mejor cosa que hacer en sus ratos libres que acudir a los sepelios de víctimas de asesinato.

—Lo hizo. Y con buenas notas. Se graduó por Berkeley. Sus estudios: ciencias cognitivas. Le ha salido un competidor, agente Bush. Aunque no ejerce en ningún campo vinculado a ese grado. Se dedica a la fotografía y al arte digital. Trabaja desde su apartamento y puede mantenerse gracias a que sus padres le ayudan con un traspaso a su cuenta bancaria cada primero de mes. Quizá prefieran tener a su vástago a más de 20 millas de casa en lugar de metido en el sótano haciendo sus despropósitos.

—Joder, cada día entiendo menos a la gente —comentó Tom, que estaba con los brazos cruzados, expectante, como si todavía no le hubieran convencido de que allí teníamos material suficiente como para invertir nuestro preciado tiempo.

—¿Edad? —insistí.

—26 años.

—Pondré ya mismo a dos agentes disponibles las 24 horas para que sigan a este tipo hasta cuando va a mear —dijo el Capitán, dando un leve golpe sobre la mesa con su puño derecho.

—No termina de encajar en el perfil —señalé, dubitativo—, aunque estoy con usted en que hay que ponerle vigilancia.

—Un segundo, agente Bush —dijo Peterson, con educación—. Todavía no he concluido. Sé que la edad y su lugar de residencia no le convencen, ¿me equivoco?

—Está en lo cierto —admití.

—Aunque muchos asesinos en serie de niños encajan con este sujeto... Si a eso le añadimos que su padre es médico y que eso le facilita el acceso a drogas muy controladas como, por ejemplo, la morfina, tenemos a un sospechoso cuyo apartamento está muy cerca de los tres parques en los que secuestraron a las pequeñas.

—De acuerdo en todo.

—Pues aún falta lo mejor —musitó la agente especial del FBI, pulsando de nuevo el botón para que en la pantalla aparecieran dos informes psicológicos—. Resulta que tanto de adolescente como hace sólo un año a Max Stewart le diagnosticaron rasgos de psicopatía.

—Eso no convierte a nadie en asesino, como bien sabe —repliqué, porque los psicópatas, en términos porcentuales, no asesinan más que el resto de los mortales. Tendemos a confiar en esa idea, como una manera de sentirnos a salvo: que hace falta algún trastorno grave de la personalidad para que una persona mate, pero por desgracia la mayoría de los homicidios los provocan personas sin patologías severas.

—Lo tengo claro. Es un indicio que sumar al resto. Y son varios. No teníamos sospechosos sólidos y debe reconocer que Stewart sí lo es.

Peterson me había acorralado. Yo estaba bloqueado por el perfil que tenía en mente y por la información que Clarice Brown me había facilitado, pero negar que aquel individuo reunía muchas papeletas para ser el desalmado que buscábamos hubiera sido una torpeza mayúscula.

—Claro. Eso es evidente.

—Nuestros forenses informáticos, espoleados por usted, han ido lo más lejos posible. Uno de los informes es de una escuela donde cursó estudios de secundaria y el otro se corresponde con unas pruebas psicológicas que realizó para una gran compañía de *Silicon Valley*, donde optó a un puesto muy bien remunerado. Su formidable expediente académico no le sirvió. Ya hay bastantes lunáticos sueltos por allí entre los cargos directivos como para que los empleados que se incorporan traigan de serie un tornillo de menos.

Solté mi libreta y la dejé caer sobre la mesa, con estridencia, como un renacuajo mimado que debe aceptar que no todo sale siempre a su gusto.

—Me ha convencido. Estoy con el Capitán. Hay que seguir la pista a ese Stewart. Quizá sea nuestro hombre y cometa una torpeza o nos lleve él solo a revelar su identidad.

—Perfecto —dijo Mason Smith, incorporándose—, gran trabajo. Me alegra saber que tenemos ya un nombre. Ahora debo dejarles. Les ruego que se coordinen. Aria Martínez asignará dos policías a la misión de vigilancia de una lista que tendrá en su mail en diez minutos.

—¡Un segundo! —exclamó Tom—. Creo que el agente Bush tiene algo que añadir.

Odié a mi antiguo colega y le regalé una mirada cortante. Nada más lejos de mis intenciones en aquel instante que ponerme a hablar de James Barnes, *El excursionista*, y mucho menos del modo por el que había obtenido la información acerca de dicho individuo.

—No, se confunde. Tenemos que estar centrados. Era una estupidez —mentí—. Acabo de darme cuenta.

El Capitán se marchó y Peterson lideró el resto de la reunión. Luke Evans se encargaría de seguir rastreando la pista del sospechoso, Aria Martínez mantendría el control sobre los dos policías que lo vigilarían las 24 horas, Tom coordinaría a los detectives que estaban siguiendo posibles vías alternativas y yo continuaría trabajando en afinar el perfil del asesino.

—¿Les parece una buena estrategia? —inquirió con cortesía la agente especial del FBI.

Todos asentimos con la cabeza, aunque ninguno parecimos muy entusiasmados. Imaginé que cada cual albergaba sus dudas y que el tenso debate entre Peterson y yo las había afianzado.

Como estaba libre, al salir de la reunión acompañé a Tom a su despacho. Quería hablar con él y deseaba calmar su más que justificado enfado. Nada más entrar ambos en la estancia mi amigo cerró la puerta con violencia.

—¡Eres incorregible!

—Tranquilo, Tom. Ya tienen a un sospechoso. Dejémosles trabajar y si lo de Barnes se pone serio compartimos nuestras indagaciones de inmediato.

—¿Nuestras?

—Sí. Yo le pediré a Mark que lo rastree por La Red y tú te ocupas de lo que hemos acordado.

—Lo que habíamos pactado es que compartirías el asunto con el resto, jefe. No puedo hacer lo que me dé la gana. Ni siquiera sé si quiero. Ya no soy un agente del FBI.

Me quedé un rato en silencio. Mi antiguo colega era el mismo por fuera pero había cambiado un poco por dentro. Además, lo que yo le pedía era bastante arriesgado.

—Asumo la responsabilidad —musité, a la desesperada.

—Tú siempre con esa cantinela. Crees que con soltar esa patochada ya lo has

resuelto todo...

Era cierto: era una herramienta que me había funcionado en infinidad de ocasiones. A fin de cuentas al que echarían a la calle era a mí y los demás tendrían un escudo protector. Tom estaba cansado de mis artimañas.

—Tienes que echarme una mano. Y tal y como estaba la situación era imposible sacar el tema de Barnes sin pasarme después una hora dando explicaciones y justificando mi manera de proceder. Es mejor poner *El explorador* sobre la mesa cuando tengamos evidencias claras —razoné.

—Es decir, después de habernos comportado como unos capullos y de haber dejado de lado al resto. Somos un equipo, jefe. Aquí la gente se está dejando el pellejo para encontrar al asesino de esas niñas y merecen respeto. Tú no se lo tienes a nadie. A nadie.

Pensé en Liz, en mi superior, Peter Wharton, en Mark, en mis colegas de Quántico, en las personas con las que había colaborado en decenas de investigaciones y, por supuesto, en Tom. En efecto, yo no respetaba a nadie. Mejoraba y sin embargo el fin siempre justificaba los medios. Y el fin era atrapar al criminal lo antes posible, sin reparar en recursos ni en exquisiteces burocráticas.

—Es cierto, joder. Pero Tom, tú me has llamado y no conozco otro camino que los atajos para pillar a esas bestias sin escrúpulos. No quiero que me suceda lo mismo que en Arizona. Me dan arcadas sólo de imaginarlo, ¿comprendes?

Mi amigo se relajó y se acercó a la ventana. Como hacía sólo un rato se quedó contemplando el tráfico y a la gente que iba de un lado a otro.

—Hay días en los que te he echado mucho de menos, jefe. Pero la mayor parte del tiempo no. Aquí estoy bien. Si no llego a toparme con este asunto no te implico. Está lo de tu padre, aunque eso es diferente; es como una deuda de compañerismo.

—Gracias...

—Sé que has cambiado un poco —continuó Tom, mirando a través de la cristalera—, que te han ascendido, que has sido padre y que has ayudado a resolver varios casos intrincados. Sin embargo sigues siendo el mismo majadero que conocí hace cinco años. Lo llevas en las entrañas y o no puedes o no quieres deshacerte de esa parte tan dañina de tu carácter.

—No puedo —admití.

—Lo haremos a tu estilo. A fin de cuentas yo tengo la culpa. Pongámonos manos a la obra y ya veremos más adelante cómo salimos de este enredo.

Me senté junto a la mesa de mi antiguo colega del FBI y llevé mucho cuidado con lo que sugería. Cualquier estupidez y saltaría hecho un basilisco. Ya habíamos llegado al punto que deseaba.

—Te debo una más.

—Sí, y no queda espacio en la culata de mi pistola para hacer más muescas. Algún día me tendrás que compensar por reunir tanta paciencia.

—Lo voy a hacer estas semanas, Tom. Antes de lo que nadie imagina atraparemos al asesino de esas chiquillas.

Mi amigo me devolvió una sonrisa, se sentó y giró la pantalla de su ordenador para que los dos pudiéramos verla.

—Vamos, antes de que me arrepienta.

Estuvimos una hora planificando cómo espiar a James Barnes. Juntos habíamos hecho cosas parecidas en Kansas o en Nebraska. Tener a un agente como Tom y no sacarle su mejor partido era un dislate. Yo sabía el potencial que tenía delante y estaba dispuesto a aprovecharlo al máximo.

Al terminar mi amigo me dijo que se iba a husmear un poco y que me prestaba su despacho para que pudiera campar a mis anchas. Aproveché para mandar más mails a Mark, que me tenía abandonado, y para estar al día acerca de los asuntos que mi equipo manejaba en Quántico. Peter no me perdonaría a mi regreso que hubiera fallado como jefe de una pequeña unidad. Así lo habíamos pactado antes de viajar a San Francisco.

Me sentí cómodo y luego rellené tres páginas de mi *Moleskine* con suposiciones acerca del perfil. Odiaba que hasta aquel instante sólo tuviéramos dos medio sospechosos y una misiva que podía haber escrito cualquier imbécil.

Además de su edad y su estilo de vida me interesaban otros aspectos. Tenía muy claro que era alguien con buena formación, capaz de controlar sus impulsos y resultar encantador o educado, solitario, bastante inteligente y ya maduro. El trauma que lo había transformado en un monstruo me obsesionaba. Ahí estaba la clave para comenzar a tirar del hilo. Eso y la conexión, segura, entre las víctimas. Pero qué filias y qué fobias padecía... En un arrebato había soltado casi de forma automática varias de ellas, y ya que estaba solo, tenía mi cuaderno y acceso a La Red repasé lo que yo mismo había conjeturado. La dendrofilia es la atracción sexual hacia los árboles y las plantas. Ahí entraban en juego las seucoyas rojas, aunque podían estar relacionadas con otras obsesiones o con el propio shock que había dado un giro a su existencia. La hifefilia es el deseo vinculado a la posesión de objetos de otra persona. Al faltar la ropa de las pequeñas consideraba que se las quedaba como trofeo, quizá para luego emplear dichas prendas en sus más macabras fantasías, recreando lo que ya había experimentado en tres ocasiones. La somnofilia es la atracción irrefrenable hacia personas que duermen, están sedadas o en un estado somnoliento. Provoca una gran excitación en los sujetos que la padecen y no necesitan establecer un contacto directo con las víctimas, pudiendo limitarse a emplear la masturbación

como medio para aliviar su ansiedad. Esta parafilia es conocida también como el *Síndrome de la Bella Durmiente*, por su evidente asociación con el famoso cuento. El que el asesino dejase a las pequeñas semienterradas, vestidas con un camisón y junto a un árbol gigante era un aspecto que revelaba mucho de su personalidad. Debía de profundizar en ello. Por último tenía identificada una fobia, que con asiduidad no se vinculaban con actos violentos en aquellos tiempos, porque el individuo tiende a alejarse o a rehuir de aquello que le provoca miedo o pavor; sin embargo decenas de casos demostraban que en ocasiones la reacción era justo la contraria y en situaciones de estrés era capaz de transformar ese estado de angustia en una torbellino de violencia, como método desesperado de defensa frente al horror. Es como un gato que se ve acorralado y en lugar de escapar se lanza al ataque de su predador ante la tesitura de no tener ya nada que perder.

Estaba tan embebido en mis propias especulaciones que no advertí que la detective Aria Martínez había entrado en el despacho de Tom y cuando la tuve a sólo un palmo de distancia di un brinco que por poco desemboca en un infarto.

—Me acaba de dar un susto de muerte —murmuré, llevándome las manos al pecho, de un modo un tanto grotesco y casi irrisorio.

—Lo siento. Estaba tan concentrado que me ha llamado la atención y ni siquiera he tenido la precaución de llamar a la puerta —replicó la detective, aguantando de mal modo una carcajada.

—Trabajo en el perfil del asesino. Cada vez estoy más convencido de que lo que era provisional se convertirá en definitivo pronto.

—¿Y Tom?

—Se ha marchado. Creo que va a interrogar a unos cuantos soplones que conoce —mentí.

—En fin, quizá tú seas el más indicado para ver esto. No os lo han remitido desde el Departamento de Policía de San Rafael.

Martínez me tendió un par de hojas. Eran la impresión de unos dibujos muy bonitos. Sin duda se trataba de secuoyas del Tamalpais. Lo que helaba la sangre era que en mitad de los troncos el autor había trazado, como si estuvieran grabados en la corteza a fuego, el logotipo de la marca de relojes *Zodiac*.

Capítulo XIII

Aquella tarde me quedé estudiando esa nueva vía de investigación con la detective. Mataba dos pájaros de un tiro: Tom estaba libre para hacer de las suyas y yo colaboraba en seguir la pista de un nuevo sospechoso.

Gavin Tracey era un hombre de 32 años que residía en San Rafael, en el Condado de Marin —el mismo en el que habían sido hallados todos los cadáveres—. De hecho su casa distaba apenas 10 millas de la entrada del Tamalpais State Park y sólo tenía que cruzar el *Golden Gate* y en menos de tres cuartos de hora estaba en pleno centro de San Francisco. Era la ciudad, junto con Oakland, que todos los investigadores y detectives habían señalado como el lugar más probable de morada del asesino. Y esa suposición tenía toda su lógica: estaba pegada a la zona de grandes parques de la costa oeste de la Bahía, era una urbe mediana, con unos 60.000 habitantes, y le separaban 40 millas de los lugares en los que las pequeñas habían sido raptadas.

Un par de agentes del Departamento de Policía de San Rafael habían visto a un tipo fuera del recorrido marcado por el vallado de madera que permitía disfrutar de las enormes secuoyas rojas. Aquello les llamó la atención y fueron a indagar qué narices estaba haciendo. Descubrieron que sólo dibujaba, o que quizá detrás de esos esbozos podía haber mucho más, algo terrible y siniestro. Con una excusa banal le tomaron los datos y le requisaron el cuaderno de dibujo, a lo que Tracey no puso demasiadas pegas, con tal de que se lo devolviesen en perfecto estado. Ni siquiera reclamó sus derechos o dijo que acudiría a un abogado. La actitud tanto de alguien inocente un poco intimidado como la de un asesino que es capaz de mantener la cabeza fría.

Aquel dibujante resultó ser un reputado diseñador industrial que trabajaba desde su casa, donde había habilitado un enorme estudio, para varias compañías de *Silicon Valley*. Era un *freelance* que proponía bocetos de productos acabados de alta tecnología y que sólo cobraba cuando las empresas aceptaban sus servicios. Sin embargo cada vez que tenía éxito sus emolumentos compensaban con creces tanta incertidumbre y tanto esfuerzo.

Nos faltaban muchos datos acerca de Gavin Tracey, pero tanto la detective como yo consideramos que era demasiada casualidad que dibujase secuoyas rojas con el logotipo de los relojes *Zodiac* en mitad del tronco. Decidimos que a primera hora del día siguiente nos acercaríamos hasta su residencia y le formularíamos

algunas preguntas. No podíamos dejarlo escapar.

Mientras regresaba al hotel, envuelto otra vez por la niebla, pensaba que habíamos pasado en poco tiempo de no tener sospechosos a contar con tres: James Barnes, Max Stewart y Gavin Tracey. Y eso sin contar con el autor de la carta dirigida al *Chronicle*, que podía ser uno de ellos u otro sujeto distinto.

Al llegar al puente de acero de 3rd Street me quedé parado en mitad de la pasarela de tablillas de madera para los peatones, contemplando McCovey Cove. Desde ese lugar privilegiado podía vislumbrar las luces de Alameda Island, al otro lado de la Bahía, o tener una panorámica sensacional de la grada oeste del *AT&T Park*, que tanto recuerdos me traía. Apoyado sobre la barandilla de hierro forjado creí viajar en el tiempo y volver a ser un adolescente que regresaba a casa después de haber estado en compañía de unos amigos. La niebla contribuía a dar al ambiente un aire de ensoñación y todo parecía mágico y hermoso. Durante apenas unos segundos sentí que mi padre aún vivía y que si me apresuraba llegaría a mi antiguo hogar y podría estrecharlo entre mis brazos. Una ráfaga de aire gélido y húmedo me espabiló y comprendí que sólo era un pobre diablo que fantaseaba desde un puente mientras es probable que esté pillando un resfriado de órdago.

Al llegar al hotel hablé por teléfono con mi madre, que insistía en que fuese a verla lo antes posible, ahora que estábamos tan cerca, y después charlé con Liz, que ansiaba que regresase a Washington y me olvidase de San Francisco.

Me cambié de ropa, me calcé las zapatillas y salí a correr. Para mi asombro *The Embarcadero* estaba plagado de *runners*, casi seguro ejecutivos de multinacionales que no aguataban ya más el estrés, y aquello me animó. Apreté la zancada y en unos minutos alcancé la zona de los restaurantes con vistas a *La Roca*. Había entrado en calor y en un puesto ambulante pedí una hamburguesa que tenía un sabor muy diferente a las que se hacían en la costa este; aquella era mucho mejor, y además me recordaba a las que comía cuando era más joven. Fue entonces cuando por delante de mí pasó un guía turístico con un puñado de japoneses que no se cansaban de sacar fotografías con sus flamantes Smartphone a todo y a todos. Algunos incluso se pusieron delante de mí y me retrataron mientras terminaba de devorar mi hamburguesa, como si yo fuese un elemento pintoresco más del paisaje. La cuestión es que imaginé a un monitor llevando a un grupo de chiquillos por los entresijos del Tamalpais y aprovechando la ocasión para establecer alguna relación con una niña que había despertado su interés. Era como si pudiera verlo todo sentado en la butaca de un cine. La niebla, el agotamiento y la oscuridad me turbaron, pero también dispararon mi capacidad de elucubrar. Allí estaba ese desalmado charlando con la que ya había decidido sería su próxima víctima y le pedía, con extrema amabilidad, su cuenta

de alguna red social o su número de teléfono con la excusa de mandarle más tarde algunas fotografías de la inolvidable jornada. Era un tipo normal, que no despertaba recelos ni entre los pequeños ni entre los adultos. Su tono de voz era agradable y estaba acostumbrado a tratar con niños, de modo que le resultaba muy fácil ponerse a su nivel y ganarse su confianza. Resultaba aterrador.

Era ya muy tarde en Washington, pero no dudé en llamar a Mark, antes de que se esfumase esa imagen.

—Joder, Ethan, ya me has vuelto a despertar.

—Es importante.

—Ya he leído tu mail. Estoy trabajando, te lo aseguro. Sin embargo, aunque no te lo creas, aquí tengo muchas tareas y muchos agentes presionándome para que las termine. Tu caso no es el único caso que maneja el FBI. Yo ni siquiera debería estar hablando contigo. Allí cuentas con recursos de sobra.

—Te doy las gracias, Mark. De todos modos, ¿a cuántos asesinos en serie de niños estás siguiendo la pista en la actualidad? —pregunté, tratando de alcanzar su corazón.

—Esa no es la cuestión. Trabajo en Quántico, tengo mis deberes y tú estás allí para echar una mano. Mierda, hay un Departamento de Policía descomunal y una Oficina del FBI con decenas de agentes especiales. Apáñate con esa gente.

—Lo intento, te lo prometo. Pero Mark, eres el mejor. Sólo puedo decir eso... eres el mejor.

Mi colega aguantó la respiración. Casi pude escuchar los latidos de su corazón a través del celular. Al fin resopló.

—Ahora que me has inflado el ego... cuenta.

—¿Has encontrado el maldito nexo entre las víctimas?

—Ethan, si lo hubiera hecho ya tendrías un mail hace tiempo. No, apenas he podido dedicarle unas horas y eso lleva bastante trabajo. Esto no es una serie de televisión.

—Lo sé. Tú eres el fanático que no se pierde ninguna.

—Pues no te comportes como si las cosas funcionaran así en el mundo real.

—Disculpa. He pensado en un monitor, en un vigilante o en un guía. Casi es como una revelación.

—¿Has dejado de ser ateo?

—No estoy para bromas...

—Yo tampoco, y me quedan sólo unas horas para que suene el despertador.

—Por favor, Mark, encuentra qué diablos vincula a esas niñas. Aunque sea que pasaron alguna vez por el mismo parque de atracciones. O por el mismo zoo. Me da lo mismo. Me voy a volver loco. Sé que algo las une y que sólo tú puedes hallar ese enlace invisible y escurridizo.

—No es tan sencillo. ¿Puedo recurrir a uno de tus chicos para que haga el *trabajo sucio*?

—¿El trabajo sucio?

—Sí, mierda, pasarse horas delante de tres o cuatro pantallas mientras varios ordenadores rastrean por la *Deep* a ver si encontramos algo. Yo le enseño un protocolo y él me da los resultados. Provéeme de recursos, Ethan. Ya que tú no aprovechas los que tienes en San Francisco dame un poco de margen aquí.

—De acuerdo —dije, sin reparar en las consecuencias, sin tener en cuenta a mi jefe, Peter Wharton, y sin tener claro cuál de mis agentes estaría disponible.

—Quiero a Foster.

—¿Foster? —pregunté, pues era un chaval al que yo no consideraba muy dotado y al que relegaba para los encargos más sencillos.

—Sí. Es aplicado, no protesta y además me llevo bien con él.

—Genial. No tengo delante su agenda pero me juego el cuello que has elegido al más apropiado —musité, mientras notaba que mis piernas comenzaban a quedarse entumecidas por culpa del frío y de la dichosa humedad.

—Ahora no bromeo.

—Yo tampoco. Estoy en la calle, pero desde el móvil le mando ahora mismo un mail a Foster para que mañana se ponga a tu disposición.

—Tu *mañana* es mi *dentro de un rato*.

—OK. Cuelgo. Descansa. Te ruego que hagas un milagro. La vida de una niña de sólo diez años depende de nosotros.

—¿Descansa? ¡Y me vienes con esas! No me cargues sobre los hombros esa responsabilidad. Me dan ganas de mandarte a paseo y que te las apañes como puedas.

—No me hagas caso. Tengo frío, estoy reventado y sólo necesito que me eches una mano. Sin ti estoy perdido. Pero Mark, salvar la vida de esa pequeña que ni conozco no es tu cometido... es el mío. Sólo mío —murmuré, como si de nuevo me estuviera acercando al cadáver de un pequeño vestido con una sudadera amarilla, un cactus verde estampado en ella y debajo del mismo una palabra: *Arizona*. Sentí las lágrimas inundando mis ojos y cómo alguna rodaba por mi rostro hasta el mentón. El dolor y el sentimiento de culpa eran infinitos.

—Buenas noches, Ethan. Necesito intentar dormir un poco más.

Volví al hotel empleando el doble del tiempo que en el recorrido inverso. Me costaba avanzar, estaba congelado y el terror a que cualquier día una nueva niña apareciese muerte me angustiaba.

Al alcanzar mi habitación me di una ducha con agua muy caliente y me metí en la cama tiritando. Me quedé dormido con una sola idea circulando por el entresijo que formaban las casi 100.000 millones de neuronas de mi cerebro:

encerrar al bárbaro que había asesinado a aquellas tres pequeñas inocentes.

No me despertó la alarma de mi celular, lo hizo el sol, cuyos rayos iluminaban toda la estancia. «Un día sin niebla», pensé, aliviado.

Como era temprano pedí el desayuno y al llegar a la Central del Departamento de Policía estaba con las pilas bien cargadas. Pese al cielo despejado y a estar en pleno mes de abril la temperatura era muy baja, apenas 50° Fahrenheit; aunque no había pillado un catarro la noche anterior, como temía.

Evité a Tom y me dirigí hacia el despacho de Aria Martínez, que me acogió con una gran sonrisa y muy animada.

—¿Dispuesto para dar lo mejor de sí, agente Bush?

—Desde luego. El tiempo nos acompaña.

—Ya me he asegurado de que nuestro extraño *dibujante* se encuentra en casa. Podemos salir ya mismo hacia San Rafael.

—¿Ha quedado con él?

—No, no... Le he pedido a un agente de policía de allí que echase un vistazo y que se quedase vigilando hasta que lleguemos, por si se nos escapa. Quiero que nuestra visita sea una sorpresa.

Cinco minutos después ya estábamos metidos en el denso tráfico de la Ruta 101, que atravesaba de norte a sur todo el estado de California, y que nos llevaba directos a San Rafael, una vez cruzado el *Golden Gate* y llegados al Condado de Marin.

—Estoy nervioso —reconocí, pues avanzábamos a paso de tortuga y de algo tenía que hablar.

—Yo también. Aunque por otra parte me siento feliz.

—¿Feliz?

—No teníamos sospechosos. Una carpeta con una panda de chiflados que todos sabemos que son incapaces de haber cometido estos crímenes. Ahora trabajamos con una terna, como por arte de magia. Nos ha traído suerte, agente Bush —dijo la detective, sonriente.

—Me cuesta verlo así...

Martínez tenía motivos para, después de semanas de arduo trabajo casi infructuoso, estar satisfecha con lo que habíamos logrado. Mi punto de vista era distinto. El asesino de niñas seguía suelto y mi mayor temor era que apareciese una cuarta víctima. No me lo perdonaría.

—Ya hay dos hombres pisando los talones a Stewart, el tipo ese que acudió a los tres funerales —comentó la detective, al comprobar que nuestra manera de encarar aquella jornada era muy diferente.

—Es genial, aunque sabe que dudo mucho sea el sujeto que buscamos.

—Es un psicópata. A mí Peterson me convenció.

—No lo es. Max Stewart tiene rasgos de ese trastorno, que es muy distinto. De todos modos, detective Martínez, estamos rodeados de psicópatas. Quizá la mitad de los mandos del Departamento de Policía de San Francisco lo sean, y ya ve que no van por ahí matando a diestro y siniestro.

Pensé en mí mismo, con mis altas capacidades, mis problemas emocionales y mis propios rasgos de diversos desórdenes de la personalidad con los que llevaba conviviendo desde que era un adolescente. Me costaba horrores establecer relaciones personales sinceras y duraderas, mentía casi de un modo compulsivo y no respetaba casi ninguna norma... pero no le había hecho daño a una mosca en toda mi vida. Ni siquiera, pudiendo hacerlo, iba armado, lo que me había acarreado alguna situación peliaguda en el pasado de la que me habían sacado Tom o la investigadora Emily Young. Imposible olvidar a aquella mujer que había reaccionado con la agilidad de un felino para evitar que me volasen los sesos.

—¿Qué le ocurre? —inquirió de súbito Aria Martínez.

Miré a mi alrededor y descubrí que ya casi estábamos en el tramo final del *Golden Gate*. Me había quedado en ensimismado, atrapado como tantas ocasiones en los recuerdos, que me asaltaban sin tregua.

—Acabo de pensar en un caso de hace un par de años. Sólo es eso —respondí, incómodo.

—¿El de Arizona?

Dejé de mirar hacia la Bahía y encaré con brusquedad a la detective, como si un resorte en mi cuello me permitiese girarlo en milésimas de segundo.

—Sí, exacto. ¿Cómo lo ha deducido?

—Allí usted colaboró a atrapar a un loco que había matado a cuatro niños. Tampoco es tan difícil.

—Cinco —maticé, compungido.

—Claro, disculpe... fueron cinco. Apenas eché un vistazo al informe. Tuvo que ser duro.

De nuevo aquel renacuajo inocente, sin vida, con su diminuta sudadera, abandonado en mitad de la nada, a unas millas de Phoenix, estaba delante de mí. Jamás dejaría de perseguirme, lo sabía, y no me equivocaba.

—Mucho. Todos los homicidios son una atrocidad, pero los de los niños son los que más me duelen, los que nunca se olvidan. Además, ese animal les hacía unas cosas a los chiquillos que...

—¿Se nace así?

—No entiendo —respondí, aturdido.

—Esas alimañas, ¿nacen con esa maldad o es una cuestión de educación y de entorno?

Excelente pregunta. Aria Martínez era lista y al menos se planteaba cuestiones profundas, en lugar de limitarse a trazar una línea gruesa que separaba el bien del mal.

—Nadie nace así...

—¿Entonces?

—Es una suma de factores, detective Martínez. Es similar a un accidente aéreo: ningún avión lo sufre por una sola causa.

—Deberíamos hacer como las compañías aéreas y los fabricantes de aviones... prevenir la fatalidad.

—Ese es nuestro problema. Martínez, no es casualidad, ni de lejos, que nuestro país concentre más del 95% de los casos de asesinos en serie de todo el planeta. No educamos bien a los pequeños. No detectamos de forma temprana sus problemas, cuando surgen en la adolescencia. No encauzamos sus traumas o sus fantasías. No invertimos casi nada en prevención. Y, además, 300 millones de armas pululan por la nación sin apenas control. También batimos récords en asesinatos de masas, aunque no sean mi especialidad. Y pese a todos estos datos ahí sigue la Segunda Enmienda intocable. Y ahí sigue la pírrica partida destinada a los psicólogos de apoyo en los colegios públicos.

—¿Cree que sería posible erradicar a los asesinos en serie antes de que llegasen a cometer su primer crimen?

Habíamos cruzado al otro lado del *Golden Gate*. Estábamos a la altura de *Vista Point*, en Sausalito: a mi izquierda se alzaban los verdes montículos del Parque Marin Headlands y a mi derecha las vistas a la Bahía que tanto apreciaban los visitantes en días despejados como el que disfrutábamos. Estuve en un tris de rogarle a la detective que tomase el desvío hacia el este para pedir unos sándwiches y un par de refrescos y seguir charlando desde el mirador. Contemplando el icónico puente de mi ciudad, *La Roca* o Angel Island todo tendría una nueva perspectiva y afrontaríamos el encuentro con Stewart más unidos.

—No del todo, pero sí de un modo significativo —dije al fin, cuando la salida en dirección a *Vista Point* había quedado atrás.

—Usted puede cambiar las cosas. Yo sólo soy una detective dentro de un enjambre, el Departamento de Policía de San Francisco.

—No se haga ilusiones. Y yo soy un pobre diablo, demasiado joven, que apenas lleva un tiempo dirigiendo una pequeña unidad del FBI en Quántico. Además, es un problema cultural. No se cambia de un día para otro. Si transformamos nuestra sociedad alguna vez... no estaremos aquí para disfrutarlo.

—Eso es muy pesimista.

—Es muy realista, Martínez. Asquerosamente realista —murmuré, forzando una mueca de resignación.

Aquella conversación mientras llegábamos a San Rafael la recuerdo como si la hubiera mantenido esta misma mañana. Los tiempos han cambiado y hemos evolucionado mucho en dos décadas, pero seguimos liderando los rankings de asesinos en serie y de asesinos de masas de los países desarrollados. Una auténtica tragedia.

La detective aparcó delante de una espectacular casa ubicada en la Avenida Mission, casi enfrente de la Iglesia de San Rafael.

—Buen lugar para trabajar y para vivir —murmuré, mientras caminábamos hacia la escalinata que daba acceso a la propiedad de Tracey.

—Se lo puede permitir —replicó Martínez, que ya tenía su placa en la mano y que había comprobado que su arma se hallaba en su lugar, por si hacía falta recurrir a ella.

Justo había subido tres escalones cuando mi teléfono vibró. Era Tom y con un gesto le indiqué a la detective que me diese un segundo.

—Estamos a punto de vernos con un sospechoso. ¿Es muy urgente?

—No me fastidies, jefe. Me he jugado el pescuezo colándome en la casa de los Barnes con su madre dentro. Creo que la pobre mujer está medio sorda y eso me ha facilitado la labor.

—Perfecto. Si me estás llamando es porque has encontrado algo.

—Bueno, apenas he estado diez minutos curioseando. La habitación de ese tipo está en la planta de arriba y se nota que es la suya. Tu *explorador* es un sujeto un tanto raro.

—Venga, que Martínez se está impacientando.

—Vaya, poniéndome los cuernos con la primera que se te cruza en el camino. No se puede fiar ya uno de nadie.

Allí estaba Tom, de vuelta, el agente especial del FBI cuyo humor negro detestaba pero al que admiraba y necesitaba como el agua para sobrevivir. Su sarcasmo estuvo lejos de sentarme mal, como hubiera ocurrido en el pasado. Al contrario, tuve que reírme.

—Al grano...

—Tiene un listado con los nombres de las alumnas de varios colegios para los que ha trabajado como guía.

—¿Sólo alumnas?

—Sólo. Ha subrayado los nombres de algunas y a otras les ha sacado fotografías. Lo tiene todo en una carpeta que esconde en un cajón bajo llave.

—¿No te habrás cargado ese cajón?

—De verdad, me hieres con esas dudas. Está intacto. Llevaba mi *kit de asalto* y lo he dejado todo como si ni una mariposa se hubiese posado en la estancia. No he perdido facultades.

Mi antiguo colega seguía hablándome en un tono burlón que yo me veía obligado a soportar. Era eso o perderlo con todas sus bondades para la investigación.

—¿Algo más?

—Tengo todo en mi cámara de espía y más tarde podremos verlo. He escuchado ruidos abajo y he tenido que escabullirme por la ventana. No me ha dado tiempo a escudriñar más a fondo. Lo que está claro es que Barnes no es trigo limpio y que tu amiga Clarice nos ha puesto sobre la pista de un sospechoso. Lo reconozco.

—¡No es mi amiga!

—Lo que quieras. Ahora voy a darme una vuelta por Orinda a preguntar por él y después me zamparé una hamburguesa gigante en un establecimiento del que me han contado maravillas. Creo que voy a pasar de ir a un McDonald's.

—Maravilloso. Nos vemos esta tarde en la Central del Departamento de Policía.

—A la orden, jefe.

Me disculpé con la detective y le dije que era Tom y que tenía que atender su llamada sí o sí.

—¿Qué es lo que era tan imperioso? —inquirió Martínez, recelosa.

Los dos estábamos en la escalinata, ella un par de peldaños más arriba, lo que nos igualaba en estatura. Me miraba fijamente a los ojos.

—Un indicio —respondí, mientras me pellizcaba el muslo con la mano que tenía metida en el bolsillo derecho de mi pantalón.

—Algo que deba saber...

—Creo que sí. Es fruto de un chivatazo de la prensa, por eso lo llevo con discreción —argumenté.

—¿Y hay muchos más indicios que esté llevando con esa misma reserva?

La pregunta estaba formulada en un tono seco y un tanto desafiante. Estaba muy molesta. Y no se preocupaba de disimular su disgusto.

—No, por supuesto. Ya sabe... uno no puede fiarse de los periodistas. Te cuentan cualquier milonga con tal de sacarte un poco de información a cambio.

La detective me puso una mano en el hombro y agachó la cabeza. Se quedó unos diez segundos en esa posición, paralizada, como si fuera una estatua. Yo aguardaba su *gancho* como el que espera su ejecución.

—De los federales tampoco puede una fiarse, ¿lo sabía? Y mucho menos de uno que ha venido desde la otra punta del país.

—Martínez, me gustaría explicarme —balbuceé.

La detective me soltó y se fue en busca de la puerta de entrada. Me replicó dándome la espalda.

—Tendremos tiempo. Ahora nos toca colaborar y somos un tándem. Yo no le voy a fallar a usted ni me voy a guardar ningún *as en la manga*.

No añadí nada. Martínez ya estaba llamando al timbre y como ella había dicho tocaba trabajar en equipo. Al cabo de unos segundos un hombre —no aparentaba los 32 años que contaba— casi calvo, con barba descuidada de varios días y vestido con un pijama nos abrió la puerta de la vivienda.

—¿El señor Gavin Tracey? —preguntó la detective, mostrando su placa.

—Sí, joder... ¡Qué diablos está pasando!

Tracey no se molestó en ocultar su malestar y le propinó una patada al marco de la puerta.

—Estamos con una investigación abierta y usted puede ayudarnos. Sólo es eso. ¿Podemos pasar y charlar un rato?

El tipo se inclinó, de manera grotesca, y haciendo un gesto con la mano nos indicó que podíamos entrar.

—Adelante. Si uno no colabora con los polis se convierte de inmediato en sospechoso, ¿no es así?

—¿Quién le ha sugerido eso? —inquirí, con bastante curiosidad.

—Nadie. Me encantan las series policíacas y los programas esos sobre crímenes reales. Al final te acabas pareciendo a uno de ellos, o similar.

—Quizá —musité, recordando la cantidad de asesinos en serie a lo largo de la historia adictos a programas de televisión, periódicos y revistas cuyo eje central eran los homicidios y otros delitos menos graves.

—Y usted... ¿no me muestra su placa?

—Claro. En realidad es una tarjeta de identificación sencilla —respondí, empleando su mismo tono, mientras sacaba mi credencial y se la ensañaba, sonriendo.

—¡Mierda! Un federal. Pero... ¿Tengo que ir pensando en contratar a un abogado? —preguntó, buscando a Martínez, que ya se había acomodado en unos de los sillones del salón de Tracey.

—Puede hacer lo que quiera. Incluso puede echarnos ya mismo de su casa. Claro que eso... sí que resultaría sospechoso. Pero está en su derecho. Sólo podemos conversar si usted está de acuerdo.

La detective se había dirigido al diseñador como si en realidad yo fuese *el malo de la película* y ella un angelito que se encontraba allí para protegerle.

—He colaborado desde que aquellos agentes me quitaron mi cuaderno de dibujo. No entiendo nada de lo que sucede, pero salvo que insinúen algo extraño estoy aquí para hablar de lo que haga falta.

Tracey se sentó al lado de Martínez y yo me situé justo enfrente. Tenía muchas ganas de coserle a preguntas y sin embargo supe mantener la templanza.

—¿Por qué hace estos dibujos? ¿Qué significado tienen? —inquirió la detective, mostrando unas fotografías de los mismos en la pantalla de su iPad.

El diseñador se rascó la coronilla y después se frotó el escaso y fino cabello, como si le molestara en la cabeza y deseara perderlo del todo.

—¿Puedo fumar?

—Haga lo que quiera. Está en su casa.

Tracey buscó en una cajita de la mesa de centro un pitillo y un mechero y tras encender el cigarrillo se puso a darle profundas caladas, como si en lugar de veneno aquel rollo de hojas de tabaco le proporcionase oxígeno.

—Soy diseñador. Me gano la vida haciendo diseños para algunas compañías del Valle.

—Estupendo. Un trabajo maravilloso, que además le permite estar en su hogar a estas horas enfundado en su *elegante* traje para dormir —comentó Martínez, sarcástica.

—Pequeños lujos. Cuando voy de visita le aseguro que estoy más presentable y que me afeito. Pero para estar encerrado en mi estudio delante de mi *iMac Pro* no hace falta que me vista de Armani.

—En fin... Ya nos conocemos mejor. Volvamos a los dibujos —insistió la detective, señalando la pantalla de su Tablet.

—Me relajo dibujando. Me encanta ir a los parques de la costa y perderme por los caminos. Tengo dibujos de árboles, de sendas, de riscos e incluso del océano. De pequeño me chiflaba dibujar. Es como una terapia. Todo el día delante del ordenador agota, y no resulta creativo, aunque mucha gente crea que hacer el chasis de un nuevo *trasto* es fascinante.

—¿Terapia? —pregunté, porque me pareció una expresión cargada de significado.

—No sé... Es un modo de decirlo. Descanso, relax, desconexión de la rutina...

Tracey se había relajado y estaba más cómodo. Yo seguía siendo un incordio y apenas me miraba, mientras que en Martínez buscaba comprensión.

—¿Por qué secuoyas rojas?

—Me gustan. Le gustan a todo el mundo. Hay cola los fines de semana casi todo el año, hasta los días de lluvia, para visitarlas y sacarse unos *selfies*.

La detective carraspeó. Empleando sus dedos amplió la fotografía que mostraba la pantalla de su iPad y resaltó el logotipo de la marca de relojes *Zodiac*.

—Y esto, ¿qué pinta en el tronco de los árboles?

Tracey se puso nervioso. Comenzó a sudar por la frente y las axilas y un leve tic nervioso hacía que menease un poco la cabeza, de forma repetitiva. Tardó

mucho en responder. Tardó tanto que a Martínez le dio tiempo de mirarme y de hacerme un gesto con los labios. Los dos pensábamos que estábamos con alguien a quien tendríamos que investigar mucho a partir de ese instante.

—Es muy largo de explicar. Son manías. Me fijo en detalles y luego los meto en mis dibujos. Tengo más ejemplos.

—Gavin —musité, tuteando al sospechoso de un modo cordial—, hemos venido hasta aquí desde San Francisco sin prisas. Podríamos ir a su estudio y podría mostrarnos esos ejemplos. Sería fantástico.

—No me gusta usted.

—Es normal. No suelo caer simpático a nadie.

—Quiero que se marchen, ahora. Siguen sin explicarme nada y me han hecho recordar algo desagradable.

—Gavin, soy psicólogo. Puedes confiar en mí, aunque no te agrade. Puedes hablarnos de esos recuerdos.

—¿Me acusan de algo? —preguntó, buscando un nuevo cigarrillo con las manos temblorosas.

—No, no, por favor —contestó Martínez.

—Es que no comprendo por qué se llevaron mi cuaderno y qué narices hacen ustedes ahora aquí, en mi propiedad, molestándome. Quiero que se vayan y voy a ponerme en contacto con un abogado. Esto no es normal.

—Gavin...

No pude continuar. La detective se levantó, se llevó el índice derecho a los labios indicándome que cerrase el pico y me empujó con suavidad hacia el zaguán.

—Nos largamos, señor Tracey. Le agradecemos el tiempo que nos ha dedicado y le pedimos disculpas si le hemos incordiado.

El diseñador nos siguió hasta las escalinatas, saliendo en pijama a la calle.

—No es eso. No me malinterprete. Vienen aquí, sin dar explicaciones y se ponen a preguntarme. Tengo mis derechos.

—Desde luego. Por eso nos vamos. Gracias.

Dos minutos después ya circulábamos por la calle B, de regreso al Departamento de Policía.

—¿Qué ha hecho? —inquirí, molesto.

—Evitar que la fastidiase. No sé qué normas son las que usted respeta, pero este caso es nuestro y no la vamos *a cagar* por una torpeza que hasta un novato evitaría.

—Lo teníamos. Lo sabe, igual que yo... lo teníamos y lo hemos dejado escapar.

—No hemos dejado escapar nada. Está bajo vigilancia y no quiero que un picapleitos de tres al cuarto pueda tumbar una investigación por no hacer las

cosas como es debido.

Lancé un bufido y le di un pequeño golpe al salpicadero. Sabía que la detective tenía parte de razón, pero también que acabábamos de perder una oportunidad. Quizá nuestra única oportunidad.

—Ese tipo estaba cagado de miedo. Ahora andará destruyendo pruebas y vete a saber qué más.

—Agente Bush... no somos como ellos. Nosotros hacemos las cosas bien.

El celular de la detective vibró con fuerza y aquello evitó una discusión entre ambos.

—¿Va a contestar?

—Es un mensaje. No me están llamando.

Martínez estacionó el vehículo en el parking de un concesionario Volkswagen, situado casi al final de Francisco Boulevard y leyó el aviso. Su cara se transformó y sentí su ira como si pudiera contagiarla.

—¿Malas noticias?

—Peor que eso. La maldita carta que dirigieron al *Chronicle*...

—Sí... —murmuré.

—La envió uno de los nuestro. Un agente de policía. Menudo asco.

Capítulo XIV

Nos llevó casi una hora llegar hasta la Central del Departamento de Policía de San Francisco. La detective durante el trayecto no dejó de maldecir y de soltar toda clase de improperios. Estaba muy irritada. Le pregunté si conocía de algo al policía y me contestó que no; que sólo sabía, por lo que indicaba el mensaje, que trabajaba en la Comisaría del Distrito Norte, situada en la calle Fillmore, muy cerca de la Oficina del Sheriff del Condado.

—Te lo estás tomando como algo personal —musité.

—Es algo personal. ¿Sabe lo que supone esto para la imagen del cuerpo? Agente Bush, usted va de por libre, lo percibo, no me andaré con dobleces. Aquí no somos así. Vamos, casi en ninguna parte me he topado con un agente que se nota a la legua que le importa un bledo el resto de las personas con las que colabora. No sé si es algo que les enseñan en Quántico, pero los del FBI de San Francisco se parecen mucho a nosotros. Somos una piña.

Aguanté el rapapolvo sin rechistar y no hice más comentarios hasta que llegamos a la sala de reuniones que teníamos asignada en los edificios de 3rd Street. Al llegar nos encontramos con el Jefe de Policía de la Comisaría del Distrito Norte, con el investigador Luke Evans y con mi colega del FBI Kaitlyn Peterson. Todos estaban tan alterados o más que Martínez. Mi frialdad les resultaba al resto un tanto extraña.

Peterson, solicitando el permiso al Jefe de Policía por una cuestión de modales, nos explicó cómo habían llegado hasta Jacey Morrison, un agente con casi una década en el cuerpo y que había tenido un par de incidentes en el pasado. Uno de ellos había sido una pelea con otro compañero, por el que fue suspendido de empleo y sueldo durante un mes. A partir de ahí pareció mejorar su conducta y su actitud. La cuestión es que asuntos internos se había visto obligada a solicitar muestras de ADN a todos los implicados en el altercado y habían guardado en una base de datos dicha información. Los forenses, por su parte, habían hallado una minúscula muestra de material genético en el sobre que contenía la misiva, que estaban convencidos provenía de una gota de sudor del hombre que había entregado el mismo a un chaval de 12 años para que a su vez lo dejara en el *Chronicle*. Fueron tirando de bases de datos, sin resultado, hasta que a uno de ellos se le ocurrió la feliz idea de plantear que podía tratarse de un agente de policía. Una hora después aquella descabellada teoría resultó ser cierta.

Antes de informar a sus superiores, dado lo delicado del asunto, los forenses recurrieron a un experto caligráfico para que realizase una peritación de la letra, comparándola con otros escritos de Morrison. Pese a que el policía había usado mayúsculas y había tratado de disimular su caligrafía el resultado fue concluyente y la letra de la misiva era suya.

—Ahora lo tenemos en uno de los calabozos de nuestra Comisaría. De momento se ha negado a hablar —dijo, con resignación, el Jefe de Policía del Distrito Norte.

—¿Qué opina, agente Bush? —me preguntó Peterson, como si de lo que yo respondiese dependiera el futuro de aquel hombre.

—Ya lo comenté en su día. Me falta información y necesito conocer a fondo todo lo posible de Morrison, pero tengo la impresión de que no es el culpable de los asesinatos de las niñas.

—Yo opino que tenemos que apretarle bien las tuercas y no desecharlo —replicó Evans, con el que ya había discrepado sobre la famosa carta en su día—. ¿Para qué iba a hacer un policía semejante idiotez?

—Yo creo que si fuese culpable la estupidez sería aún mayor —musité, con tranquilidad.

—¿Estaría dispuesto a acompañarnos al Jefe de Policía y a mí hasta la comisaría e intentar sonsacar a Morrison? —inquirió la agente especial, en un giro de los acontecimientos que no esperaba.

—Desde luego. Lo que considero es que lo más probable es que el viaje resulte en balde.

—Usted es un federal, y cuenta con cierta fama. No perdemos nada por intentarlo.

De mala gana me marché con Peterson y con el Jefe de Policía hasta la comisaría de la calle Fillmore. Durante el trayecto pensaba en Tom y en sus indagaciones o en el singular encuentro que aquella misma mañana había mantenido con Gavin Tracey. Tenía claro que perdía el tiempo, aunque no podía mostrarme tajante porque nada ni nadie garantizaba que aquel insensato que había escrito la carta fuese inocente.

Llegamos a la comisaría, un modesto edificio cuya fachada estaba cubierta de baldosas rectangulares en distintos tonos azules, y el Jefe de Policía nos guio hasta una sala de interrogatorios.

—Voy a solicitar a un agente que traiga a Jacey. Lo más conveniente es que se vea sólo con ustedes. Yo prefiero no estar presente. Además... estoy llevando mal toda esta situación.

Peterson asintió y yo me limité a sacar de mi chaqueta uno de mis cuadernos y la última *Montblanc* que me había regalado Liz.

—Acaba de llamar al sospechoso por su nombre de pila —musitó la agente del FBI.

—Es normal. Es lo mismo que habría hecho yo... o usted. Confía que todo sea un malentendido o una pesadilla y despertar lo antes posible —repliqué.

—Si es un poli vamos a tener muchos problemas.

—Ya ha ocurrido en el pasado y el mundo sigue su curso. Una manzana podrida se cuele en cualquier cesto...

—Es diferente, agente Bush.

—¿Diferente? No sé, quizá sea distinto a ver a dos policías acribillando a balazos a un afroamericano inocente con las manos en alto cuyo único delito ha sido protestar con vehemencia por el trato vejatorio que estaba recibiendo.

Comentaba un caso reciente que había convulsionado el país y en el que se mostraba, por enésima vez, el trato brutal, cuando no criminal, con el que se empleaban las fuerzas del orden con la comunidad negra en algunos estados. Lo peor es que muchos de aquellos salvajes eran exculpados en los juicios o recibían condenas leves. Jamás sucedía eso si la víctima era un blanco inocente. Con al auge de las redes sociales y debido a que en 2019 ya todo el mundo llevaba una cámara a mano gracias a los Smartphone aquellos actos monstruosos quedaban registrados y los testimonios de los policías —que durante décadas se habían protegido los unos a los otros— carecían de relevancia ante la evidencia de los hechos.

—¡Qué diablos! ¿Me está acusando de racismo? Tiene usted fama de insolente, y parece ser que se la ha ganado a pulso.

Peterson estaba muy ofendida y había alzado un poco la voz. Un mechón de cabello le cruzó el rostro y lo apartó con violencia.

—Es que no termino de comprender sus palabras.

—Pues que vamos a tener problemas, como es lógico, porque los policías están para proteger a la ciudadanía... no para ir asesinando niñas por ahí.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y entraron dos hombres. Uno estaba abatido y el otro enfadado. Estaba claro quién era Morrison. Iba sin esposas, pero también le habían quitado el arma y el uniforme y le habían prestado ropa de paisano.

—Aquí les dejo una ficha. El Jefe me ha dicho que quizá les sea útil. Si hay cualquier problema que sepan que estaré al otro lado de la puerta por si me necesitan.

El agente nos dejó a solas con Morrison. Era un tipo grande, con el pelo rizado y claro y los ojos verdes. Si hubiera cuidado su aspecto sería el de un actor de series de televisión, pero estaba muy abandonado. También se le notaba desconcertado y apesadumbrado.

—Hola Jacey, ¿podemos tutearte? —preguntó Peterson, con habilidad.

—Sí, sí... Desde luego —respondió el policía, titubeante.

—No sé si te han informado, pero somos agentes del FBI. Mi nombre es Kaitlyn y trabajo aquí, en la Oficina de la Avenida Golden Gate. Mi colega se llama Ethan, y ha venido desde Quántico.

—¿Washington?

—Sí, Jacey, no hay más Quánticos en el FBI. Llevas diez años en el cuerpo y esto lo sabe hasta el más estúpido de los cadetes —espetó Peterson, cuyo rictus se había vuelto severo.

—Ya... Estoy confundido. Y además, no esperaba encontrarme con un par de federales. Es demasiado.

Mi colega dejó el folio con los datos principales de Morrison a mi vista, por si deseaba consultar algún apunte que pudiera ayudarme en el interrogatorio. Yo prefería mirar a los ojos de aquel individuo tímido y asustado.

—Bueno, es que te has metido en un lío de los gordos. Llevas mucho tiempo como policía para saberlo. Haznos un favor, y hazte un favor, y cuenta todo desde el principio —murmuró Peterson, cambiando el tono y usando uno más cercano y amable.

—¿Desde el principio?

—Sí, joder, Jacey, desde el principio. Empieza a explicarnos qué es lo has hecho

—respondió mi colega, de nuevo contundente.

—Escribí esa carta...

Yo no le apartaba los ojos a Morrison, pero él aunque respondía a Peterson me miraba a mí. En su cabeza yo era el elemento peligroso, algo disonante que le sacaba de quicio.

—Bien, vamos por el buen camino. Continúa.

—Deseaba apuntarme un tanto. Es una estupidez. Llevo aquí muchos años y no he logrado nada digno de reseñar. Ese caso era una oportunidad.

—Una oportunidad... ¿para qué?

—Para destacar.

—No comprendo el modo en que esa conducta te iba a llevar a *destacar*.

—Tenía un plan...

—Te escuchamos.

—Tenía un pacto con un periodista del *Chronicle*, al que llamaba desde los pocos teléfonos públicos que quedan en el área de la Bahía. Yo le facilitaba información y él a mí. No le he contado que soy un poli, claro. A veces esos tipos encuentran a los asesinos antes que nosotros y en fin...

—¿En serio esperas que nos zampemos es chorrada?

—Es la verdad. No hay más.

—Jacey —musité—, vamos a repasar tu vida, desde que llegaste al mundo hasta el día de hoy. No te compliques más la existencia.

—Soy un cero a la izquierda. No vais a encontrar nada.

—Un cero a la izquierda al que se le abrió un expediente —dijo Peterson.

—Hace mucho de eso y es una excepción. Podéis preguntar. Nadie se va a creer que yo he matado a esas niñas. Soy incapaz.

—Aunque para una gilipollez como mandar una carta a un periódico haciéndote pasar por el asesino sí tienes cojones.

Morrison se quedó petrificado. Mi colega del FBI estaba siendo dura, pero ni yo esperaba que emplease un lenguaje tan vulgar, y menos sabiendo que estábamos siendo grabados en la sala de interrogatorios de una comisaría corriente.

—Estáis metiendo la pata. De verdad.

El poli hablaba muy despacio y en voz muy baja. Costaba entender lo que decía. No se correspondía con su aspecto y aquello me tenía escamado.

—¿Qué opinas de esos crímenes? —inquirí, para ver cómo reaccionaba.

—Son una barbaridad. Ojalá deis pronto con el culpable. Merece la inyección letal.

Recordé que apenas 20 millas nos separaban de la Prisión Estatal de San Quintín, en cuyo interior se encontraba la sala en la que se tenían que practicar esas ejecuciones en el estado de California y la única con un *corredor de la muerte*. Se me erizó el vello. También pude percibir que Morrison había contestado sin mostrar un ápice de emoción, como lo hubiera hecho un psicópata.

—Eres todo un adalid de la justicia —comentó Peterson, sarcástica.

Posé mi mano sobre la de mi colega y negué con la cabeza. Allí ya no pintábamos nada.

—Vámonos. Hace falta mucha información. Cuando la tengan, si es que no ha confesado ya, regresamos y le hacemos un interrogatorio con todas las herramientas precisas.

—Lo que tú digas.

—¿Ya se marchan? —preguntó Morrison, inquieto.

—A menos que tengas algo que contarnos que merezca la pena... sí —respondió la agente del FBI.

Antes de abandonar la comisaría mantuvimos una reunión con el Jefe de Policía. Jacey tendría que pasar algún tiempo en el calabozo y ellos se ocuparían del papeleo. No podíamos asegurar que fuese el responsable de los asesinatos, pero tampoco que estuviese libre de culpa.

Aunque nos separaban tres millas de la Central, Peterson y yo coincidimos en que lo más acertado era regresar dando un tranquilo paseo y comer en cualquier

restaurante que se nos cruzase en el camino y ofreciese un menú digno. Acabamos en un italiano coqueto en el que podías ponerte las botas por sólo 20 dólares. Tom hubiera disfrutado.

—¿Qué te pasa conmigo? —pregunté, cuando ya teníamos los primeros platos sobre la mesa y después de haber estado divagando acerca de Morrison.

—Ya podemos tratarnos de tú...

Peterson se quedó mirándome, con media sonrisa dibujada en el severo rostro.

—Sí, claro. Somos agentes del FBI, por favor.

—Me pasa lo mismo que a todos, Ethan. No me caes bien. Creo que ni siquiera le caes bien a tu amigo, Tom, y que ha recurrido a ti porque no le quedaba más remedio.

—Tampoco es que esté en San Francisco para hacer amistades, pero no lo comprendo. Soy sincero.

—Yo no trabajo en la Unidad de Análisis de Conducta ni tengo un grado en psicología por Stanford; sin embargo algo de formación poseo y también un poco de experiencia.

—Es evidente...

—Vas a la tuya, Ethan. Se te ve venir desde muy lejos. Hasta el más idiota se percata de ello si le das un poco de tiempo. Como resulta que aquí hay gente muy cualificada metida en esta investigación... lo pillan rápido. Ahí tienes qué es lo que me pasa. Me acabo de quitar un peso de encima.

Peterson se puso a degustar su antipasto con agrado, como si lo que yo pudiese replicar le resultase indiferente porque carecía de valor. Mi sentencia estaba dictada.

—Quiero encontrar al asesino, Kaitlyn.

—Ya, y los demás estamos deseando que otra chiquilla aparezca muerta a los pies de una secuoya. Venga ya.

—No, no pretendía ni pretendo que nadie interprete eso —dije, turbado.

—Pero...

Aspiré una buena bocanada de aire antes de volver a hablar. A mi memoria vino el sheriff del Condado de Jefferson, en Kansas. Me había contagiado aquel gesto tan propio suyo.

—Me habían las normas. Son un obstáculo para nosotros y una ventaja para los criminales.

Mi colega también tuvo que contenerse y para ello se aferró con fuerza a la mesa. Por un instante imaginé que me la iba a tirar encima.

—Ethan, no es ya que prescindas de las normas, que nos permiten colaborar y trabajar en armonía, es que tú te saltas las Leyes, lo que te convierte... en algo parecido a un delincuente. Y si la pifiamos resulta que los criminales salen libres

porque existe algo que se llama juicio donde se determina la culpabilidad o la inocencia. Prefiero no traspasar ninguna línea roja y servirle en bandeja a un abogado la posibilidad de tumbar toda una investigación.

—Kaitlyn, ¿sabes cómo nació mi Unidad del FBI?

—No tengo ni idea de dónde quieres ir a para ahora.

—Es sencillo. Yo soy un psicólogo y aquí me tienes, colaborando para que atrapemos a un asesino en serie de niñas. Si no existiera la Unidad de Análisis de Conducta esto no podría ser posible.

Mientras la agente californiana me contemplaba algo estupefacta yo pensaba en mi *héroe* desde hacía años: Robert Ressler. Había leído todos sus libros y manuales y en muchos aspectos era una referencia para mí desde que entrara a formar parte del FBI.

—¿Y?

—Pues que dos tipos fueron valientes y se saltaron las normas, y pasaron de puntillas por encima de algunas leyes, para demostrar que comprender a un asesino es fundamental para lograr atraparlo. Si no hubieran dado el paso, si se hubieran quedado quietos y se hubieran conformado con lo que existía... miles de inocentes habrían perdido la vida en las últimas décadas. Así de claro. Yo me parezco mucho a ellos, aunque estoy lejos de tener su arrojo o sus aptitudes.

Peterson bebió un sorbo de su refresco de cola sin azúcar e hizo una extraña mueca que me costó interpretar.

—Ya sé cómo se creó la UAC. También conozco la fama de capullo que tenía uno de esos genios. El otro velaba para que todo lo que estaban montando no se fuera al garete.

—Más o menos —admití.

—¿Quién es el *buen samaritano* que vigila tus pasos para que no te caigas por una sima y jamás te rescaten de sus profundidades?

Me quedé reflexionando. Era una buena pregunta. Mientras me dedicaba a discurrir la agente solicitaba al camarero que retirase los primeros y que nos trajese los segundos. Yo apenas había probado bocado.

—Supongo que ha ido variando con el tiempo. Y también me he topado en cada investigación con alguien con criterio que me ha echado una mano y me ha sujetado antes de hundirme en el fango —respondí, con franqueza.

—Está bien que lo admitas. Dice mucho a tu favor.

Por mi mente pasaron los rostros, acelerados, de Liz, Tom, Mark, Wharton, mi padre, Worth, Jenkins, Young y de otras personas cuyos nombres tenía apuntados en alguna *Moleskine* pero que ya no recordaba. Sí, eran muchos los que me habían *salvado el culo* a lo largo de mi existencia.

—La lista es larga.

—Empiezas a caerme mejor. Detecto una brizna de humildad y de sensibilidad detrás de esa coraza de acero que luces.

—No me conoces, Kaitlyn —repliqué, dolido porque la pérdida de mi padre era una herida que no cicatrizaba y que me había cambiado el carácter—. Además, tú no eres lo que se dice la personificación de la alegría y la ternura.

—Es verdad. Pero quizá sea la que te agarre del brazo justo antes de que te cueles en el abismo. Quizá lo esté haciendo en este instante y ni te das cuenta. Todos los que tenéis altas capacidades intelectuales sois iguales.

Me quedé perplejo. Esperé porque el camarero, canturreando, nos dejó los segundos y nos obsequió con una agradable sonrisa antes de marcharse.

—¿De qué va todo esto?

—De ti. De este caso del demonio. De tu antiguo colega Tom que te ha metido de lleno en el asunto. De que no aparezca ninguna niña asesinada. De atrapar al hijo de puta que buscamos.

—Y para eso ha sido necesario que husmees en mi vida y en mi trayectoria dentro del FBI —dije, enfadado.

—Sí, Ethan. Me gusta saber con quién me la estoy jugando. A todos los demás los conozco. Quizá no tanto como quisiera, pero me conformo. Tú llegas desde Washington, algo que ya supone una anomalía, y además no te implicas con el equipo.

Se me pasó por la cabeza ponerme en contacto con Michael Bennett, agente especial al mando de la Oficina del FBI en San Francisco, y espetarle que tenía a una chiflada en sus filas.

—Joder. Lo que no llego a entender es cómo narices no habéis dado ya con el asesino... desde julio del año pasado —musité, con la peor de las intenciones.

—Yo me impliqué en noviembre, cuando apareció el cadáver de la pequeña Payton Woods. Aunque no es un argumento de peso. Acepto la *puñalada* que me has dado.

—No era mi intención, pero me has provocado.

—Y tú sigues sin comprender.

—¿Qué tengo que asimilar?

—Colabora, mierda. Ve de frente y súmate a los demás. Sólo te ruego que nos hagas ese favor.

Mi celular vibró y al ver que era Mark el que telefoneaba me vi obligado a contestar.

—Estoy en mitad de una discusión.

—Vale, si quieres lo dejamos para otro día. Sólo llamaba para decirte que he encontrado la dichosa conexión que te obsesionaba.

Capítulo XV

En ocasiones parece que das un paso adelante y en realidad te estás metiendo en un caos del que te costará salir, y en otras tienes la sensación de quedarte estancado y justo acabas de toparte con la solución al problema que te acuciaba. Ya lo había experimentado en Nebraska o en Arizona. Así de singular y fascinante es la vida.

El genio de Mark por fin había dado con el nexo que, desde el principio, yo sabía que tenía que existir entre las tres niñas asesinadas. Era obvio. Lo que ya no resultaba tan sencillo era encontrar ese vínculo. Pero él lo logró.

No había sido una tarea sencilla porque las pequeñas se habían registrado en una base de datos en la que sólo constaba su inicial y su apellido. Lucy Sims, Payton Woods y Nevaeh Portman las hacía muy reconocibles en una ciudad de menos de un millón de habitantes, como San Francisco. Pero Sims, Woods y Portman ya eran apellidos relativamente frecuentes y la faena se complicaba. Sin embargo Mark tuvo la brillante idea, después de haber agotado todas las posibilidades y de haber exprimido al máximo al pobre de Foster, uno de los integrantes de mi unidad que le hacía el *trabajo sucio*, de limitarse a encontrar coincidencias en bases de datos donde figurasen esos tres patronímicos. De cero coincidencias pasaron a hallar cientos. Bueno, era un cambio radical. Ya sólo se trataba de filtrar por edad —si es que figuraba en los registros— y de comprobar las iniciales. Todas estaban en una base de datos: la de los San Francisco Vikings, un club de fútbol —soccer— que tenía 35 equipos compitiendo y que además disponía de un Campus de verano tanto para niños como para niñas. Bingo. Horas y horas ocupadas dejándose los ojos delante de la pantalla de un ordenador habían dado sus frutos.

Aquel descubrimiento fue el inicio de una larga pesadilla que nos tuvo una semana ocupados a los principales miembros de la investigación. Mayo estaba al caer y sin embargo no nos quedaba más remedio que centrarnos en una pista que yo había señalado como crucial y que hasta el Capitán Mason Smith reconoció que nos llevaría, casi seguro, hasta el culpable. Pese a ello, el reloj seguía avanzando a velocidad de vértigo y nada nos garantizaba que el monstruo mantuviese su cadencia y en lugar de matar a principios de julio —según su macabra lógica— lo hiciese antes de lo previsto. Los asesinos en serie, hasta los organizados, resultan imprevisibles en muchas de sus conductas y hay que estar

preparado para lo peor, para el mayor de los desastres.

Tom y Martínez repasaron las numerosas entrevistas con los padres y a dos de ellos se les había pasado por alto, pese al empeño que habían puesto los detectives en señalar que cada detalle, por nimio que pareciese, era crucial, que sus hijas se habían dado de alta en los Vikings. Sólo los de Lucy Sims lo recordaron y lo manifestaron en varias ocasiones. Su retoño había comenzado a jugar con sólo ocho años y se le daba genial aquel deporte que tan de moda se estaba poniendo en toda California, que contaba con el mejor equipo de la Major League Soccer —MLS—, Los Ángeles Galaxy.

Payton Woods sólo había disfrutado del Campus a largo de dos sesiones del verano de 2017 y Navaeh Portman se había apuntado a una para el verano de 2018, aunque sólo acudió un día y les dijo a sus padres que ni le gustaba aquel deporte ni le agradaban las niñas con las que tenía que jugar, de modo que pese a haber pagado por adelantado no regresó por allí. Aquello, de alguna manera, justificaba la mala memoria de los progenitores. La única aficionada al fútbol y miembro de los Vikings era Sims.

Debatimos durante jornadas enteras si era suficiente que, en el mejor de los casos, el asesino hubiese mantenido contacto sólo una vez con dos de las víctimas. A una de ellas incluso era posible que ni la hubiera visto. Daba la casualidad de que Navaeh Portman era rubia, en lugar de morena como Lucy y Payton. Podía ser la explicación del cambio en el *modus operandi*, aunque resultaba muy raro en un individuo tan organizado como el que intentábamos atrapar.

De súbito todos los empleados de los San Francisco Vikings, inclusive cualquier aficionado asiduo o jugador habitual de cierta edad, se convirtieron en sospechosos. Teníamos ya cuatro nombres, pero ninguno, en apariencia, había estado vinculado con el club deportivo.

—Eso no los descarta —dijo Evans, en una de las infinitas reuniones de aquellos días.

—Es cierto. Ha podido emplear un nombre falso —apuntó Martínez.

—¿Para ser contratado? —preguntó, poco convencida, Peterson.

—Vale, quizá no es plausible. Hay que abrir la mente. La cuestión es si además de los empleados hay voluntarios. En casi todos los equipos hay decenas de voluntarios, y los requisitos son que tengas ganas de trabajar a cambio de un pase, de un bocadillo o incluso de nada; por altruismo. Nadie se va a molestar en revisar tus credenciales cuando estás dispuesto a sudar la *gota gorda* gratis. Yo mismo dedico parte de mi tiempo libre a una asociación benéfica de mi comunidad —manifestó el investigador.

—Hay voluntarios —declaró la detective, con rotundidad—, fue una de las cosas

que pregunté nada más visitarlos por primera vez. Y lo más interesante... se multiplican para los Campus de verano. Tiene sentido.

—Sí. Más horas ociosas, buen tiempo y la posibilidad de hacer algo por un puñado de chavales —dijo Tom, que era el que más implicado estaba con todo aquello y al que más le afectaba aquel caso siniestro.

—¿Qué opináis? —inquirió la agente del FBI.

—Tendremos que recurrir a dos vías paralelas —respondí.

—Te escuchamos, Ethan.

—Por un lado revisar los expedientes de los empleados para ver si alguno encaja con el perfil que manejamos.

—Buena idea. Me puedo encargar de eso —dijo Luke Evans, animado. De inmediato pensé que el perfil que yo tenía en mente no era exactamente el mismo que el suyo.

—¿Y la segunda vía? —preguntó Martínez, esperando que no fuese una tarea tan asequible.

—Bueno... llevará su tiempo y nada nos garantiza el éxito.

—¡Vamos, jefe, suéltalo ya! —exclamó Tom.

—Ir con las fotografías de los sospechosos y mostrárselas a los familiares de las víctimas, a los empleados de los Vikings e incluso a algunos voluntarios de los Campus de verano. No es fiable. Es lento y pesado. Es regresar a la *vieja escuela*, y sin embargo quizá sea nuestro *camino de baldosas amarillas*.

—Eso es un disparate, Ethan —replicó Peterson.

—Lo sé.

—El único de ellos que está en un calabozo, y existen motivos de sobra, es Morrison. Los otros ni siquiera están acusados. No podemos ir por ahí con sus retratos preguntando a un montón de personas.

—Primero las familias —sugerí.

Tom dio un golpe a la mesa con una carpeta que sostenía con su mano derecha. Nos sobresaltó a todos los presentes.

—Yo puedo ocuparme de ese *marrón*.

—¿Qué es lo que eso significa? —inquirió Peterson, imaginando que nada bueno podíamos tramar mi amigo y yo.

—Que sabe cómo hacerlo sin disparar todas las alarmas. Es el mejor —respondí, firme.

—Ya estamos buscando la manera de saltarnos las reglas y de poner en riesgo cualquier descubrimiento.

—No, Kaitlyn —murmuró Tom—. Las chapuzas se las dejo a Ethan. Sin embargo lo que propone tiene todo mi apoyo. Nos apañaremos. Confía en mí.

—¡Cómo! —exclamó la agente del FBI.

—Yendo paso a paso. Con mucho tiento. Y no seré un detective del Departamento de Policía de San Francisco... me convertiré en un reportero medio lelo que necesita un poco de misericordia para mantener su empleo.

—¡Ese es el plan! ¿Los demás lo aprobáis?

Todos los que nos hallábamos en la sala asentimos, con más o menos afán. Me sentí reconfortado y le guiñé un ojo a mi antiguo colega de Quántico. Era excepcional y por eso lo añoraba tanto.

—Entonces... ¡vamos a ello!

Decenas de agentes, investigadores y detectives dedicaban 14 horas cada día a la búsqueda de nuestro hombre. El pánico a que una chiquilla apareciese muerta iba en aumento cada segundo que transcurría. Éramos conscientes de que participábamos en una contrarreloj en la que no teníamos que batir a ningún adversario... era mucho peor: se trataba de salvar la vida de una niña inocente.

Abril se extinguía cuando una noche, al llegar al hotel, me encontré a Clarice Brown sentada delante de la puerta de mi habitación con una bolsa de comida tailandesa para llevar.

—Iba a ponerme a cenar sin ti. Se está enfriando y pierde mucho cuando no está bien caliente. Lo peor es que me ha costado una pasta.

—No tengo hambre, Clarice, ni ganas de charlar contigo. Estoy rendido y sólo me apetece dormir.

—Genial. Yo como y tú me comentas cómo van las cosas desde la cama. No soy una mojigata y nos llevamos bien.

Abrí la puerta y dejé entrar a la reportera. Nos sentamos juntos a ingerir aquellos manjares orientales mientras la niebla se apelmazaba contra las cristaleras de la suite. Apenas se distinguían las luces del *AT&T Park* que estaba justo enfrente. Por supuesto, no había rastro de la Bahía.

—Estamos atascados. Tenemos un perfil y tenemos una pista muy fiable, pero es como si de golpe nos hubiéramos topado con un muro —reconocí.

—Y ese Morrison que está en un calabozo de la Comisaría del Distrito Norte, ¿no es el culpable?

Brown era capaz de hablar de los asuntos más relevantes como si no les concediera importancia. Era su estrategia para que uno bajase la guardia.

—No tengo ni idea. Hasta la fecha sólo ha metido la pata con una chorrada.

—¿Qué hizo?

—Deberías saberlo. Casi siempre vas dos pasos por delante de mí —contesté, un poco vacilante, pues resultaba anómalo que no supiese que se debía a lo de la misiva, de la que ella ya estaba al corriente.

—Es un poli. Bastante es que me han soplado que lo tenéis escondido y que todos los estamentos de la ciudad y del estado desean que la prensa mantenga la

boca cerrada.

Solté los palillos con los que estaba degustando una más que excelente sopa de fideos y pescado y me limpié los labios con una servilleta de papel de inusual calidad.

—¿Has viajado hasta el *Royal Orchid Sheraton* de Bangkok para traerme la cena?

—Casi aciertas. Aunque prefiero que me digas lo que estabas a punto de contarme...

—El muy idiota escribió una carta, de su puño y letra, y se la entregó a un periodista del *Chronicle* —admití.

—Vaya. Con razón se ha corrido una cortina de acero sobre la cuestión.

—Sí. Es... una sandez.

—Consideras que ese agente no tiene nada que ver con los crímenes, ¿verdad?

—Es una hipótesis.

—Y del tipo del que te hablé, James Barnes, *El excursionista*, ¿no habéis sacado nada en claro?

Tardé en responder. Necesitaba reponer fuerzas y la sopa me había abierto el apetito. Encontré un envase con pollo al curry rojo y me entretuve devorando unos cuantos daditos con parsimonia. La presentadora de la CBS aguantó en silencio sin inmutarse. Era una profesional sobresaliente.

—Lo tienes vigilado. Me lo ha contado Tom. Él es más espabilado que los pipiolos que colaboran aquí contigo.

—Tienes toda la razón. Me las he de apañar como puedo. Aun así te estoy siendo útil.

—Sí, Clarice. Barnes encabeza mi lista de sospechosos. A Morrison lo tengo tachado, aunque estamos tan perdidos que vete a saber.

—*Lista de sospechosos* —musitó la periodista, como si participase en un concurso de deletrear palabras—. ¿Cuántos nombres hay en tu cuaderno?

Casi me atraganto y me vi obligado beber un poco de agua. El descaro de Brown no tenía límite.

—La *señora* se conforma con el número... ¿o desea también los apellidos, las direcciones y los teléfonos?

—Dame un poco de cancha, Ethan. He tenido que volar dos veces a Nueva York la pasada semana. Estoy en el Consejo, pero soy el último mono. Pronto me sugerirán, con tacto, que es hora de pasarme los días en Manhattan, enclaustrada en *Black Rock*, en lugar de estar disfrutando de unas *vacaciones* pagadas por California.

La reportera se había levantado y estaba casi pegada al ventanal de mi habitación. La niebla era tan densa que impedía ver nada al otro lado y había

transformado el cristal en un singular espejo que me devolvía una imagen casi de ensueño de Clarice. Aguardaba con un brazo sobre el vientre y el codo del otro apoyado sobre el anterior. La mano que le quedaba a la altura del rostro la empleaba para acariciarse el mentón con suavidad. Esperaba mis palabras y meditaba.

—Cuatro o cinco —dije, al cabo de cinco minutos.

—Y tu principal candidato es James Barnes... —dijo la periodista, sin mirarme.

—Bueno, hay otro que me tiene mosca, pero hasta aquí puedo leer. Ya es suficiente, Clarice.

—Me conformo.

Terminamos de cenar y nos dedicamos a charlar acerca de nuestras vidas, de mi hijo, al que apenas veía, y de sus nulas relaciones íntimas.

—Deberías casarte —sugerí, casi sin pensar.

—Creo que no eres el más indicado para darme ese consejo. Tú no lo estás.

—Vale, pues encuentra un novio y vive con él. Estás las 24 horas del día pensando en el trabajo y eso no es bueno.

—No encuentro candidatos, Ethan. En los últimos cinco años lo más parecido que he tenido a un novio... eres tú.

—¡Qué! Yo he bebido agua, pero creo que a ti ese brebaje te ha sentado fatal y ahora sueltas chorradas.

—Puede ser —musitó Brown, acariciando con la yema de su índice derecho el borde de un vaso de plástico vacío—. ¿Me dejas quedarme a dormir aquí esta noche?

De repente Liz y Vera Taylor surgieron en mi imaginación y unas nauseas profundas me invadieron. Tenía que estar en mitad de una terrible alucinación.

—Te dejo pedir un taxi y si quieres te acompaño hasta el hall del hotel, a pesar de que no quiero que nos vean juntos a estas horas por aquí. Mañana estarás lúcida y descubrirás que no estabas en tus cabales.

Clarice se incorporó, buscó su bolso, lo recogió con elegancia y fue directa hacia la puerta de mi suite. No estaba borracha ni nada de lo que habíamos cenado le perturbaba el entendimiento.

—Estás equivocado, como tantas veces, Ethan. Ya soy mayorcita. Repito... eres lo más similar que he tenido a un novio desde 2014. Una pena que tu cabecita ya esté ocupada por dos mujeres. Quizá llegué un pelín tarde o quizá la vida aún dé muchas vueltas. Nunca se sabe. Gracias por la información y por haber cenado conmigo.

Apenas la periodista abandonó la habitación telefoneé a Liz. Era muy tarde en la costa este, pero necesitaba hablar con ella, aunque sólo fuese para decirle que la echaba mucho de menos y que quería a nuestro hijo con locura. Ella me replicó

que todo eso era muy bonito, aunque prefería que se lo dijese a lo largo del día, no en mitad de la madrugada.

Como sabía que ya no pegaría ojo en toda la noche me puse la ropa de correr y salí a rodar por las calles casi desiertas de mi ciudad. La espesa niebla pronto me empapó todo el cuerpo e hizo que el frío penetrase hasta lo más hondo de mis huesos. Lo que en otro instante hubiera resultado desagradable me provocó un inmenso alivio. Era mi castigo, la manera de expiar mis pecados y de regresar con la conciencia limpia.

Al llegar a la habitación me di una ducha muy caliente y me tumbé dos horas en la cama. No dormí, pero por mi cabeza sí que pasaron decenas de imágenes relacionadas con el caso: las secuoyas rojas, los rostros de los sospechosos, las fotografías de los cadáveres de las pequeñas, el logotipo de *Zodiac*, los parques en los que se habían realizado los secuestros, el escudo de los San Francisco Vikings, las pizarras en las que sugeríamos teorías...

Di un brinco y llamé a Tom. Estaba convencido de que mi amigo ya estaría despierto.

—¿Una mala noche, jefe?

—Sí, otra más.

—Te entiendo. Si quieres te vienes a mi despacho y desayunamos juntos, que aún no he probado bocado.

—¡Ya estás en la Central del Departamento de Policía!

—Desde hace sólo un rato. Para perder el tiempo dando vueltas encima de un colchón prefiero aprovechar cada minuto aquí.

—Salgo en nada. Lo que tarde en vestirme y en caminar hasta allí.

—Bueno, ¿para qué diablos me telefoneabas?

—Tenemos que visitar a los padres de Lucy, quieran ellos o no. Estoy harto de respetar su duelo. Es duro, pero a ella ya la hemos perdido. Hay que hacerle justicia y también... es nuestra obligación evitar que otra pequeña aparezca muerta.

—Me encargo.

—Perfecto. Los vas avisando y en cuanto llegue salimos hacia su casa.

—No, no... Me encargo de hablarles y de explicarles la situación. Nos presentamos allí sin comunicarles nada. Creo que va a ser el único modo de lograr que nos atiendan.

—Tú sabrás —repliqué, porque lo que ansiaba era obtener respuestas, fuese al coste que fuese.

Me vestí y casi fui corriendo por 3rd Street para llegar lo antes posible a la Central. Tom me obligó a desayunar un donut y un café.

—Jefe, eres un agente especial del FBI y tienes que dar una buena imagen. Ya

me entiendes. Esos padres están hasta las narices de nosotros. Lo hemos vivido otras veces y algo de razón les asiste.

—Claro que les sobran los motivos para mandarnos al infierno. Yo haría lo mismo.

—Entonces haz las cosas como cuando das lo mejor de ti. Para eso insistí tanto en que vinieras, y por eso he sido capaz de ganarme la enemistad de la mitad de mis nuevos colegas. Demuestra lo que vales, ¿de acuerdo?

Me limité a asentir y a seguir a mi amigo hasta su Taurus, que quizá era el objeto o persona a la que más quería en el mundo. No tardamos mucho en llegar a Pierce Street, una empinada y tranquila calle. Los Sims residían en un edificio, como tantos otros de San Francisco, de cinco alturas. La fachada estaba pintada en un espantoso tono verde, pero el resto de detalles me resultaron de muy buen gusto. Tom aparcó justo delante de la entrada, a la que se accedía por una escalinata que daba a la acera.

—Son gente de dinero —musité.

—No te haces una idea. Durante un par de meses contrataron a un detective *de postín*, pero después, siguiendo nuestro consejo, lo despidieron y aquel tipo dejó de meter las narices en todas partes.

Me quedé mirando alrededor, antes de subir el primer peldaño, notando ese dolor característico en el estómago que siempre me acosa cuando mi instinto se pone en funcionamiento.

—Me cuesta orientarme, después de tantos años fuera, pero... ¿la Comisaría del Distrito Norte no queda muy cerca de aquí?

—A sólo diez minutos paseando.

—Joder...

La señora Sims nos atendió con amabilidad. Mi amigo invirtió casi una hora en explicarle cómo iba la investigación y qué pintaba yo en su casa. Aunque muy de mala gana, aceptaba sus argumentos.

—¿Dónde está su esposo? —preguntó Tom, cuando consideró que había llegado el momento de mi intervención.

—Se ha marchado. Ha intuido que venían. No quiere verle a usted ni tiene ganas de conocer al agente Bush.

—Esto es muy importante. ¿Hay alguna manera de localizarle? —insistió el detective.

—Mire, Tom, yo les estoy aceptando en mi hogar con varios ansiolíticos en el cuerpo y porque quizá, sólo quizá, pueda ser de ayuda para evitar que otra niña como mi hija sea asesinada. Mi marido se ha ido a Santa Cruz, a casa de su madre, y ha dejado aquí el celular. No regresará hasta mañana. Ya no es que no quiera hablar con ustedes, es que ni siquiera desea escuchar sus nombres. Les

odia. Yo sólo pienso que son una panda de incompetentes y hasta me dan lástima.

Las duras palabras de la señora Sims dejaron muy a las claras que aquella reunión iba a resultar bastante complicada.

—Necesito saber con quién, de más de 30 años, se veía su hija —murmuré, tratando de resultar lo más sumiso posible.

—Con mucha gente, agente Bush. Acudía a la escuela, paseaba por las calles, iba sola hasta Raymond Kimbell Playground, el parque que hay al final de nuestra calle.

—Ya, comprendo. Y también estaban los Vikings, ¿no?

—Sí, jugaba muy bien al fútbol. Entrenaba los fines de semana y no se perdía los Campus de verano. Todo esto ya lo he repetido un millón de veces.

—Lo sé, y le pido disculpas. Pero, y lo admito, algo se nos ha pasado por alto y de ahí que resulta tan sustancial su colaboración.

—Se les tienen que haber escapado muchas cosas, agente Bush, o el malnacido que mató a mi pequeña estaría en San Quintín hace ya semanas. La enterramos en julio y ya estamos a mediados de primavera. Al principio nos prometieron, con mucha seguridad, que en unos días darían con él. *Cuestión de días...*

La señora Sims estaba relajada, pero se notaba que era debido al efecto de los tranquilizantes. De vez en cuando se le trababan las palabras y le costaba mantener la cabeza erguida. Yo estaba convencido de que había en su estómago una dosis capaz de tumbar a un elefante africano.

—¿La recuerda teniendo una relación especial con algún entrenador, un vecino, un adulto del parque o incluso algún policía de los alrededores? —pregunté, obviando sus reproches.

—Desde luego. Lucy era muy confiada y simpática. Fue un desconocido. Nadie de los alrededores es capaz de semejante atrocidad —sentenció la mujer, con rotundidad.

Aquel bloqueo mental me impedía obtener la información que precisaba. Además estaba delante de una madre aturdida y hastiada de responder preguntas sin obtener contestación a la única que a ella le martirizaba. Seguir con el interrogatorio carecía de sentido, de modo que debía modificar mi estrategia y optar por una alternativa que ya había empleado con éxito antaño.

—¿Podríamos ver su habitación? —inquirí, en voz muy baja.

—Ya la han puesto patas arriba dos veces. No me gusta que toquen sus cosas. Ni siquiera yo lo hago.

La señora Sims tenía razón y su respuesta era la esperada. A ningún progenitor que ha perdido a un hijo, y menos si ha sido de un modo tan trágico, le apetece que un desconocido meta sus sucias manos en el *santuario* —en eso se

transforman las estancias de los seres queridos que nos han dejado para siempre — de su pequeño.

—Sabe lo que hace. Concédanos sólo unos minutos y le dejaremos en paz — intervino Tom.

La mujer se mostró dubitativa y estuvo contemplando sus manos, un tanto ajadas, mientras las frotaba contra un pliego de su falda con nerviosismo.

—Está bien.

Tuvimos que subir dos plantas hasta llegar a la habitación de Lucy. La señora Sims nos franqueó el paso y se quedó en la puerta, sin cruzar el umbral, como si su función fuese vigilarnos al tiempo que evitaba poner un pie sobre la moqueta de dibujos infantiles. Para mí todo aquello resultaba muy incómodo y además me trasladaba hasta mi primera estancia en Kansas, cuando registraba las pertenencias de Sharon Nichols mientras el sheriff Stevens aguardaba en el rellano.

—¿Mantenía su hija un diario o algo por el estilo? —pregunté, después de diez minutos trasteando lo que solía tener una chiquilla de diez años en su cuarto en 2019.

—No. Nada de eso.

Sabía que el celular lo habían revisado, más bien destripado, y que estaba tan restringido que la pequeña casi ni le daba uso. Los padres consideraban que aún era pronto para que accediese a redes sociales o servicios de mensajería, algo por otro lado bastante sensato.

—¿Un álbum de fotos?

—Sí, lo tiene justo al alcance de la mano. El de tapas de franjas rojas y verdes.

La señora Sims señaló el álbum, pero sin moverse un milímetro del lugar en que se había quedado clavada, como si una barrera invisible le impidiese avanzar. Una tristeza profunda me invadió.

Pasé varias páginas y vi fotografías de la niña jugando con amigos, haciendo poses, disfrazada para el día de Halloween o equipada para practicar su deporte favorito: el fútbol.

—¿Hay más?

—Sí, claro. En realidad sólo imprimía algunas fotos y las pegaba porque yo se lo indicaba. Es una costumbre pasada de moda. Pero en su portátil debería de haber centenares. Ya se lo llevaron y creo que hicieron una copia de todas.

—En efecto —dijo Tom, golpeándome en el costado con disimulo para que no cometiese más deslices.

Salí de la habitación de Lucy, como el que escapa de un horno, y encaré a la señora Sims.

—Le he sido sincero desde el principio. Hay algo que no encaja. El salvaje que

mató a su hija lo hizo porque se fijó en ella, vio algo en ella que captó su atención. Y para eso necesitó tiempo, ¿comprende?

—No, lo cierto es que no entiendo nada.

Sentí una patada en el gemelo izquierdo. De nuevo mi amigo me intentaba poner coto.

—Haga un esfuerzo y no trate de proteger a nadie. No le está haciendo ningún favor, al contrario. Piense, se lo ruego, piense como le he dicho en un vecino, un entrenador, un policía o incluso su profesor. ¿Con quién mantenía su hija una relación especial?

Por fin la mujer dejó a un lado su desazón y el efecto narcótico de los ansiolíticos y me mostró que reflexionaba con ahínco. Estuvo al menos cinco minutos mirando el suelo hasta que su rostro se transformó.

—Es un disparate... no es posible.

—¡Vamos! Sólo hablamos entre nosotros, señora Sims. Si no tiene importancia lo descubriremos, pero quizá sea significativo —comenté, animándola.

—De vez en cuando sé que la acercaba desde el parque un policía de la zona. Sólo estamos a cuatro manzanas... pero a ella le hacía ilusión. Jamás me preocupó. Por Dios, ¡era un policía!

—Nunca antes había comentado esto —musitó Tom, calmado pero serio.

—¡Es que hasta hoy ni había pensado en ello! Ha sido por la insistencia de su colega. ¿De verdad se les pasa por la cabeza que un policía ande por ahí matando niñas?

Tom buscó en su chaqueta y sacó un retrato de Morrison. Se lo mostró a la señora Sims.

—¿Era este hombre?

La mujer negó con un gesto y se llevó las manos a la cara, a punto de romper a llorar.

—Esa fotografía ya la había observado. Me la enseñó una detective hace unos días. Se lo comenté a ella... no lo he visto en mi vida.

—Ya, y sin embargo todo ha cambiado. Pudiera ser el agente que traía a Lucy desde el parque —insistió mi amigo.

—Jamás llegué a verlo. La dejó delante de la puerta de casa cinco o seis veces a lo sumo, y de eso hará un año.

—¿Le dijo su hija cómo se llamaba su amigo el policía? —pregunté, esperanzado.

—No... No lo sé.

Me atreví a posar mi mano con ternura sobre el hombro de la señora Sims.

—Está rondando por su memoria. Póngale el máximo tesón.

—Quizá Jaden... o Jeray. Es que tampoco es algo de lo que hablásemos mucho.

—Jacey —dijo Tom, contundente.
De nuevo el rostro de la mujer se iluminó.
—Exacto. Jacey... —musitó, reflexiva.
—¿Está segura, señora Sims? —inquirí.
—Ahora sí. Estoy convencida.

Capítulo XVI

Teníamos una conexión con Morrison, pero era tan endeble que no serviría ni para que el fiscal del distrito nos dejase beber un sorbo de agua en su despacho. Todos lo sabíamos.

Peterson y Evans fueron a visitar al policía y lo único que lograron, después de dos horas cosiéndolo a preguntas, fue que reconociese que era posible que alguna vez montase en su vehículo a Lucy y la acercase hasta su casa, pero que eso era algo que también hacía con otros chavales cuando veía que era tarde y salían del parque ya de noche. Pudimos verificar que no había mentido, aunque eso no lo exoneraba en absoluto. Para algunos sí, ya que su testimonio era sólido, mientras que para otros lo convertía en un depredador que quizá se valía de su autoridad para secuestrar a unos niños que a la última persona a la que temerían sería a un agente.

Llegó mayo, que trajo consigo un par de días de lluvia intensa y constante, y el Capitán Mason Smith se mostró más histérico que nunca antes. Mi *amiga* Clarice Brown, para terminar de arreglar las cosas, había anunciado, a escala nacional, que la policía y el FBI de San Francisco perseguían a un asesino en serie de niñas y que ya manejaban cuatro o cinco nombres. Todos, por supuesto, aunque se lo guardasen, intuían que yo estaba detrás de dichas filtraciones. La presión del alcalde, el gobernador y la comunidad aumentó, y la presa que contenía aquel caudal de temor estaba a punto de resquebrajarse.

Yo seguía a lo mío y en esa dinámica arrastré a los jóvenes forenses informáticos de la Oficina del FBI en San Francisco, a la detective Aria Martínez y, desde luego, a Tom. Cada uno logró significativos avances, aunque para nuestra desgracia lo único que consiguieron fue liar más la madeja y desconcertarnos hasta la extenuación.

Los chavales del FBI fueron capaces de hallar una solicitud, enviada por correo electrónico, a nombre de Gavin Tracey, para ser monitor voluntario del Campus de verano de 2016 que organizaba los Vikings. Jamás llegó a colaborar y, además, hacía demasiado tiempo de aquello. Tom trató de colarse en la vivienda del diseñador, pero como se pasaba el día metido en ella —apenas salía unos minutos para que le diese un poco el aire, algo que ya reflejaban los informes de los policías de San Rafael— sus esfuerzos fueron en vano.

Aria Martínez sí que, pasándose al *lado oscuro*, e imitando nuestros

procedimientos, consiguió entrar en la vivienda del joven Max Stewart. Sacó unas fotografías de una habitación que estaba plagada de recortes de periódicos y revistas, anotaciones, instantáneas propias y croquis parecidos a los que realizamos los investigadores vinculados con el caso. A todos se nos puso la piel de gallina y el Capitán quería una orden de registro inmediata, antes de que pudiera destruir aquellas evidencias, obtenidas al margen de la Ley.

Y por último el bueno de Tom le echó arrojito y regresó a la propiedad de la señora Barnes, donde seguía viviendo su hijo James, *El excursionista*, y con ella dentro, al igual que la primera vez, se dedicó a indagar más en profundidad. Dio con lo que buscaba: un listado de colegios, bastante amplio, pero en el que estaban subrayados con un rotulador amarillo fosforito sólo cuatro. Tres eran a los que acudían las víctimas... el cuarto, para mi amigo, era el de la siguiente niña inocente, a la que ya tenía echado el ojo, aunque no indicase por ninguna parte su nombre. Sólo faltaban unas semanas para la llegada del verano y del mes de julio. Esta evidencia se sumaba a las que ya había obtenido en aquel lugar en su anterior allanamiento.

Era comprensible, pues, que con esa avalancha de información tuviéramos ganas de salir corriendo hasta el *Golden Gate* y, como antiguamente, lanzarnos desde él para escapar de la demencia. Desde que se comenzara a instalar, en 2017, la red *salvavidas*, la gente se había buscado otra manera de acabar con sus días.

Mandé todo, absolutamente todo, con lo que contaba a Quántico y les supliqué a Mark y a Liz que realizasen un sacrificio más —el enésimo— a favor de una investigación en la que yo estaba involucrado pero que no formaba parte de sus tareas. Ambos aceptaron el reto, pero sólo porque la vida de una pequeña estaba en serio riesgo. En el fondo me odiaban cada vez que me olvidaba de Peter Wharton y de todo lo que supusiese un obstáculo con tal de obtener lo que deseaba. Para ellos, que me conocían bien, mi comportamiento era el propio de un adulto malcriado que no repara en las consecuencias de sus actos y que sólo está pendiente de la recompensa final, así *arda Troya*.

El Capitán Smith convocó una reunión aquella primera semana de mayo. El semblante de ese hombre recio y duro había cambiado desde mi llegada a la ciudad. Ahora parecía más endeble y mustio. También estaba dispuesto a escuchar mis sugerencias más que nunca.

—Agente Bush, su incorporación ha supuesto un gran acicate para la investigación. El mérito es de todo el equipo, pero no negaré que sin su contribución quizá no estaríamos rozando con la punta de los dedos la solución. Pida por su boca.

Mason Smith, con aquella invitación y con ese reconocimiento, me obligaba a ser sincero. Lo primero que hice, para alivio de Tom, fue contar todo lo que

teníamos de James Barnes y cómo lo habíamos obtenido. No fue un plato de buen gusto y sin embargo era imprescindible poner las cartas sobre la mesa y dejar de jugar con trampas. Para mi desconcierto nadie se sorprendió. Aquella revelación estaba descontada y todos, más o menos, sabían que algo ocultaba.

—En definitiva —intervino Peterson, para concederme un respiro—, que contamos con cuatro sospechosos. Stewart, Tracey, Morrison y, nuestro recién llegado, Barnes.

Asentí, resignado, mientras la agente del FBI anotaba los apellidos en una pizarra.

—¿Es posible centrar la atención en uno en concreto con los datos de los que disponemos? —preguntó el Capitán, cuyo nerviosismo se evidenciaba en el insoportable movimiento de la punta de sus pies por debajo de la mesa, que producía un ruido ligero pero bastante molesto. Era como obligar a estar encerrado en clase a un chaval que se orina encima.

—Yo apuesto por Stewart —respondió Luke Evans, adelantándose a todos.

—Yo por Barnes. Aunque es normal. Le he seguido la pista desde hace semanas y no me gusta nada ese tipo. Además, conoce el Tamalpais como la palma de su mano —declaró Tom, echándose hacia adelante con determinación.

—Me imagino que cada uno se ve influenciado por lo que ha investigado. Yo me decanto por Morrison y por Tracey. Cualquiera de los dos puede ser nuestro monstruo —murmuró la detective Martínez.

Todos me miraron y comprendí que había llegado mi turno. Repasé el perfil del asesino que había trazado y los datos con los que contábamos.

—En realidad yo tengo el convencimiento de quién no ha sido. Descarto por completo a Stewart. Morrison me genera muchas dudas. De modo que estoy entre Tracey y Barnes. Aunque insisto, sólo divago en voz alta —dije, acariciando las tapas de mi *Moleskine*, como si aquella libretita resguardase fórmulas mágicas al alcance exclusivo del mejor de los alquimistas.

Todos nos quedamos en silencio. La agente del FBI había ido apuntando nuestros votos, como si aquello fuese un concurso de belleza o la elección del delegado de clase.

—Y usted, Peterson, ¿de quién sospecha? —inquirió Mason Smith, que seguía descargando su ansiedad agitando de modo incansable los dedos de sus pies.

Mi colega se cruzó de brazos, nos dio la espalda y se dedicó un buen rato a contemplar la pizarra. Se quedó en esa posición como si le hubiera caído encima un cubo de nitrógeno líquido y todo su cuerpo estuviera ya congelado.

—Estoy confusa. Todos parecen culpables y lo que es seguro es que tres de ellos no lo son. Basándome en lo que hemos conseguido hasta el día de hoy me inclino por Stewart o por Barnes, ya que este último cuadra bastante con el

perfil. Deseo confiar en que lo de Morrison es una fatal casualidad.

La agente del FBI anotó sus propios candidatos y se alejó un par de pasos de la pizarra.

—Según lo que veo parece que nuestro recién llegado, *El excursionista*, se ha convertido de repente en el individuo con más papeletas. También aprecio que les cuesta admitir que un policía pueda haber asesinado a tres niñas de un modo tan abominable. Es interesante —comentó el Capitán, que me pareció más lúcido que de costumbre.

—Hay más —dijo Peterson, regresando al talero plástico con el rotulador. Dibujó una nueva columna y en ella escribió: «*Perfil*».

—Estoy con ella. Sigamos con esto —musité—. Empleemos al máximo todo el potencial que hay en esta estancia.

—¿Qué tenemos que decir? —preguntó Martínez.

—Cómo es el hombre que buscamos, y después lo cotejamos con Barnes, Morrison y el resto. Es casi un *divertimento*, aunque se trate de un asunto tan serio.

—Vale. Le gustan las niñas —espetó la detective.

—No es el término que yo emplearía, pero estamos en mitad de una tormenta de ideas. Lo apunto.

—Tiene un trauma profundo que se generó durante su infancia —propuse, entrando en el planteamiento de mi colega.

—Un segundo —dijo el investigador—. Esto es una chorrada. Contamos con dos perfiles. El nuestro y el que elaboró el agente Bush. Se parecen bastante. ¿De verdad es preciso perder el tiempo con semejante *recreo*?

—Sí, Evans. Nos permite trabajar en equipo y, a lo mejor, obtener un punto de vista nuevo o un enfoque desde una perspectiva diferente. Estamos casi al final del túnel, pero no hemos alcanzado la salida. Esto servirá —sentenció Peterson.

—Pues nada, adelante. Yo creo que posee un cociente intelectual alto y que tiene su residencia cerca de los parques en los que fueron secuestradas las niñas.

—Apuntado.

—Siente culpa tras cometer los asesinatos —dijo Tom.

—Cierto. Las deja medio enterradas, boca abajo y las limpia —murmuró la agente del FBI mientras escribía con el rotulador.

—*Zodiac*. No nos olvidemos de eso —recordó Evans.

—Tampoco que algo del Tamalpais o vinculado a las secuoyas le obsesiona —resaltó Martínez.

Casi todo lo que Peterson ponía en la pizarra ya estaba en los dos informes que contenían los perfiles que barajábamos, sin embargo era bueno aquella implicación por parte de los reunidos y tener delante de los ojos los nombres de

los sospechosos y detalles acerca del comportamiento o la forma de ser del asesino.

—Los camiones. No sé, es algo que me obsesiona desde que descubrimos a la segunda víctima —dijo el Capitán, cerrando los ojos y frotándose los párpados con las manos, como si una terrible jaqueca le acuciara.

—El nexo. Los San Francisco Vikings —recordé, pues era la clave para hallar al monstruo. Todas las pequeñas, en mayor o menor medida, habían estado vinculadas con el club de fútbol.

—Los parques. Aunque parezca obvio —musitó mi amigo— no lo es tanto. Las podía haber secuestrado a la salida del colegio, de camino a sus casas o en cualquier otro lugar. A las tres las captó en parques de la ciudad.

—La morfina. No es fácil de obtener. Es una pista a la que no concedemos la importancia debida —dijo Luke Evans.

La columna Perfil estaba plagada de anotaciones y la agente Peterson había llegado hasta el final de la pizarra. De nuevo se alejó un poco de la misma y analizó qué habíamos ido proponiendo en cascada todos los demás. Estaba satisfecha.

—No debe ser tan complicado encajar la mitad del puzle con su otra parte, ¿verdad?

—La edad. Es muy importante —señalé, pues era uno de los puntos discordantes.

—Sí, es cierto. La edad es relevante...

—Según mi criterio, sólo encajarían Tracey y Barnes.

—Yo no considero que estemos en condiciones de acotar la edad del asesino —replicó el investigador.

Peterson evitó que se entablase una discusión y nos rogó que continuásemos con el ejercicio. Fue en busca de otra pizarra y a partir de ese punto todo se volvió más adusto e incluso técnico. Consideré que el Capitán, Tom y Martínez deberían de andar un tanto perdidos, pero aportaron puntos de vista cargados de sentido común que la agente del FBI, el investigador y yo jamás hubiéramos sido capaces de dar. Su falta de formación en psicología les liberaba.

Estuvimos hablando de fobias, de filias, de traumas y de la formación del carácter de un sujeto que acaba asesinando a tres niñas de la misma edad y dejando sus cuerpos sin vida a los pies de árboles enormes. Por momentos la reunión parecía un congreso de psiquiatría entre neófitos y expertos. Pese a ello, Peterson había sido muy hábil y nos estaba uniendo en torno al objetivo que perseguíamos, sin distinciones. Un acierto mayúsculo.

Allí teníamos el perfil y allí estaban los sospechosos. Aunque nos faltaba mucha información podíamos darnos por satisfechos y sentirnos orgullosos de la labor

realizada en las últimas semanas.

—¿Están convencidos de que el culpable es uno de esos cuatro tipos? — preguntó Mason Smith, ya muy tarde, deseando dar por concluida una reunión que ya nos tenía agotados.

—Absolutamente —respondí, antes de que nadie pudiera ni abrir la boca. El resto se limitaron a confirmar mi contestación con un gesto.

—Pues vayamos a casa, descansemos unas pocas horas y mañana temprano trabajemos con todo lo asimilado.

Esta vez acepté la propuesta de Tom y dejé que me acercase en su coche hasta el hotel. No me apetecía recorrer solo el pequeño trecho que me separaba de la Central del Departamento Policía.

—Ha sido fantástico —comentó mi amigo.

—Sí. Tengo que reconocer que íbamos como pollos sin cabeza y Kaitlyn ha sabido poner orden en el caos.

—Es muy buena. Y encima... hemos contado toda la verdad, jefe.

—También. Sí, eso también es importante —mentí.

—¿Crees que lo pillaremos antes de finales de mayo?

Estaba claro que a Tom le preocupaba que se acercase el verano o que, por cualquier motivo, un estresor inesperado, por ejemplo, el asesino actuase antes de lo previsto.

—No tengo ni idea. Vamos a vernos obligados a forzar la máquina. Parece que lo tenemos y, sin embargo, al mismo tiempo, estamos lejos de la verdad.

—No digas eso...

Mi amigo había aparcado justo delante de la puerta de entrada de mi hotel, con las luces de posición intermitente encendidas. Nos quedamos un rato reflexionando, hasta que mi celular vibró. Era Mark.

—¿Cómo me llamas a estas horas? —pregunté, ansioso, porque en la costa este ya era de madrugada.

—Hace tres lustros una niña, vestida con un camisón, apareció muerta sin signos de violencia cerca de la cuneta de una carretera secundaria.

—¡Cómo! —exclamé.

—Tengo la foto delante. La posición y el aspecto de la pequeña es un calco al de las escenas que estáis investigando en San Francisco.

Capítulo XVII

Tom pasó aquella noche en mi habitación. Si nos hubiéramos encontrado en Kansas o en Nebraska, aunque ya estuviéramos nada menos que en 2019, aquello hubiera sido la comidilla de medio personal del hotel, pero por fortuna nos hallábamos en San Francisco, una ciudad muy progresista y muy adelantada, en casi todos los aspectos, al resto de los Estados Unidos.

—Mark tiene razón, jefe, la postura es idéntica: boca abajo, con sólo un puñado de tierra por encima y ataviada con un blusón pálido.

—Pero la dejaron al lado de una cuneta, en una zona desértica... ¡situada entre Albuquerque y Santa Fe, Nuevo México!

Yo en lugar de estar centrado en el caso recordaba la trágica muerte de mi padre, que también había perdido la vida en una cuneta, después de haber sido atropellado por un desalmado mientras corría. Aquel hecho había cambiado por completo mi existencia. En estas memorias, cuando repaso lo escrito, comprendo que aún sigue ahí clavada la espina y que me repito, una y otra vez, como si tantos años después siguiese sin comprender que él se marchó para siempre y que jamás podré estrecharle entre mis brazos. Es de esos sueños que son imposibles, pero que uno no puede desterrar de su mente.

—Jefe, tú eres de las personas que menos cree en las casualidades. Me enseñaste eso al poco de conocernos. Querías un nexo entre las niñas, y ya tenemos a los San Francisco Vikings. Genial. Ahora hemos dado otro paso de gigante. Este es el trauma que buscabas, lo tenemos en la pantalla, parece mentira que no lo veas. Esa pequeña es la hermana o la amiga del asesino que ahora se dedica a mitigar su dolor causando el terror. Y no se detendrá. Sólo nosotros podemos pararlo.

—Bravo, Tom. Me siento muy orgulloso de ti. Hablas como un experto en asesinatos en serie. Quizá que te largases del FBI no haya sido tan malo y ahora, liberado, estés dando lo mejor de ti.

—Estás muy raro, y no sé a qué diablos se debe. Piensa, por favor. Céntrate y agita ese montón de neuronas que tienes encima de los hombros, encerradas en el cráneo.

Mi amigo, como tantas veces, tenía razón. Me puse a reflexionar con pausa y dejando a un lado las emociones. Los días seguían pasando y si no dábamos pronto con el salvaje y lo encerrábamos otra niña perdería la vida.

La pequeña Lillian Wilson, de sólo diez años, había aparecido muerta a

mediados de 2004. Era hija de un tipo que se había dado a la fuga nada más enterarse de que iba a ser padre y de una mujer que malvivía en una especie de caravana a las afueras de Santa Fe. No tenía cualificación y aceptaba trabajar de cualquier cosa, aunque su mal humor y su adicción al alcohol malograban todos sus intentos de durar más de tres meses empleada. Su reputación era nefasta. Lillian estaba desatendida y hacía lo que le venía en gana, por lo que pudimos leer en los atestados e informes policiales. La investigación de su extraña defunción apenas ocupó unas semanas a la Oficina del Sheriff del Condado de Santa Fe, pues tenían faena de sobra —esa pequeña ciudad, capital del estado, y, sobre todo, la cercana Albuquerque, presentaban índices de criminalidad muy superiores a la media del país— y la autopsia no había revelado ni signos de violencia ni de agresión sexual. Se dio carpetazo al asunto y todo quedó en una extraña muerte, sin causa determinada, de una chiquilla que ni tan siquiera tenía el cuidado de su progenitora. Era una historia dura y trágica, como muchas de las que acaecían por entonces casi a diario de la costa este a la oeste.

Junto a mi amigo repasé las fichas de los cuatro sospechosos. Si dábamos por válida la hipótesis de que Lillian era la niña que había provocado el trauma de nuestro asesino ahora tocaba relacionarla con alguno de los nombres de la exigua lista que habíamos ido cerrando.

—Deberíamos descartar a Stewart y a Barnes —musité, mientras por el ventanal de mi suite comprobé que ya comenzaba a clarear.

—¿Y eso?

—Por lo que sabemos siempre han residido en la zona de la Bahía. De la infancia de Tracey y de Morrison tenemos menos información y quizá pasaran alguna temporada en Nuevo México. Toca que los chavales del FBI de la Oficina de San Francisco se dejen la piel. Mark y Foster han llegado muy lejos.

—Desde el principio has estado empeñado en quitar de en medio a Stewart —comentó mi amigo.

—Es demasiado joven. Y su perfil se aleja mucho del que yo he elaborado.

—No me has dejado terminar. Coincido contigo en eso. Pero ahora quieres dejar fuera a Barnes, y por ahí no paso. Tu inseparable periodista, Brown, nos lo sirvió en bandeja porque le mosqueaba. Yo he podido comprobar que estaba en lo cierto. En realidad no tenemos ni idea del pasado de *El excursionista*, te das cuenta...

Tom estaba acertando de pleno. Yo había dado por sentado que aquel individuo se había pasado toda su existencia en Orinda, pegado a las faldas de su madre y disfrutando del Tamalpais cada vez que podía. Sin embargo se abrían un sinfín de posibilidades que debíamos analizar.

—Regresemos a la Central. Hay que ponerse ya mismo manos a la obra.

—Y eso significa... —musitó Tom.

—Quiénes narices son en realidad Tracey y Morrison. También localizar a la señora Wilson. Deseo mantener una charla con ella, aunque tengamos que volar hasta Albuquerque. United tiene uno directo que nos planta allí en dos horas y media —comenté, mientras trasteaba en mi Smartphone.

—Lo que tú digas, jefe. Vamos a necesitar mucha cafeína en vena para aguantar la jornada.

—Enfrente hay un puesto que vende refrescos de esos energéticos que te ponen como una moto.

—Detesto esa basura, pero hoy es necesario sacrificarse —dijo mi compañero, mientras recogía sus cosas.

—Odias esa porquería pero te chiflan las hamburguesas del McDonald's. Así es imposible que encuentres una mujer que te soporte.

—Yo no tengo una *flor en el culo* como tú y me he tropezado aún con una Liz a lo largo de mi carrera.

No repliqué. Pensé en mi compañera, a la que había dejado en Washington sola, cuidando de nuestro pequeño de poco más de un año. Los remordimientos me atenazaron, aunque pronto la adrenalina hizo que todo pasase a un segundo plano. Fue montarme en el Ford Taurus de Tom y tener la confianza ciega en que ese día iba a ser trascendental.

Primero estuvimos en el despacho de mi amigo, mandando mails a diestro y siniestro para que indagasen más a fondo a Lillian Wilson, a su madre y a los cuatro sospechosos. Se suponía que ya contábamos con toneladas de información, pero era insuficiente.

Cuando Martínez, Evans y Peterson llegaron nos metimos en la sala de reuniones y les pusimos al corriente. La emoción y la ansiedad se contagiaron como un virus. En apenas unos minutos todos estábamos realizando llamadas y empleando nuestros celulares o Tablet para realizar gestiones que permitiesen atrapar al monstruo de una vez por todas. La contrarreloj había llegado a su momento culminante.

—Ya no existe una señora Wilson —dijo la agente del FBI, después de una hora.

—No comprendo... —murmuré.

—Renunció a su apellido de casada y le permitieron hacerse con una nueva identidad, en lugar de recuperar el de soltera.

—¡No es posible! —exclamó Martínez.

—Lo es. Podemos decir que es anómalo, desde luego, pero sucedió. Y fue en 2005, sólo un año después de la muerte de su hija. Imagino que las autoridades tuvieron en cuenta sus circunstancias y consideraron que aquella pobre mujer merecía una nueva oportunidad.

—¿Cómo se llama ahora? —pregunté, furioso.

—Ni idea. Está protegida y su identidad preservada.

—Deberíamos...

—¡No, Ethan! —profirió Peterson, adivinando mis intenciones—. Tenemos varias fotografías y lo cierto es que me recuerda mucho a alguien, como os va a pasar a todos. Agotemos las vías reglamentarias antes de seguir violando leyes como si fuéramos una banda de mafiosos.

Rodeamos a mi colega del FBI y contemplamos un par de imágenes de una mujer que en principio no debía de contar con más de 35 años pero que parecía muy mayor. No habían pasado ni 24 horas desde que mostramos a todos cómo era la madre de James Barnes y la del iPad de Peterson o era su hermana gemela o se trataba de la misma persona.

—¿Quién se viene conmigo a verla ya mismo? —inquirió Tom, fuera de sí.

—Tú no puedes ir —respondí, sujetando a mi amigo.

—¡Qué insinúas!

—Estás contaminado —declaró la agente del FBI, echándome un cable—. Será mejor que se ocupe Martínez.

—Esto es inaudito. Me he currado lo de ese tipejo y ahora me dejáis a un lado, como si no tuviera nada que ver con el asunto. ¡Esas fotografías de la señora Barnes las hice yo!

Mientras tranquilizábamos a mi amigo la detective Aria Martínez no perdía ni un segundo y salía acompañada de un agente hacia Orinda, que quedaba a casi tres cuartos de hora en coche de San Francisco.

Invertimos mucho tiempo después en ordenar las ideas y en repartirnos cometidos. Teníamos los nervios desquiciados y mantener la calma costaba mucho, aunque todos los presentes fuésemos profesionales con varios años de experiencia y multitud de casos resueltos a nuestras espaldas. Es algo que jamás cambia: la zozobra que se desata cuando tienes la convicción de que estás a punto de solventar una endiablada investigación. Dos décadas después sigo sintiendo lo mismo llegado ese instante.

Por fin decidimos que Peterson se acercaría a la Comisaría del Distrito Norte para verse las caras con Morrison. A Tom y a mí nos tocaba viajar hasta San Rafael para lograr sonsacar, si es que se dejaba, a Gavin Tracey.

—¿Y Max Stewart? —inquirió el investigador.

—De momento lo dejamos aparte —respondió mi colega—. Sé que encabeza tu lista de sospechosos y no estoy sugiriendo que nos olvidemos de él, pero te prefiero aquí coordinando a tu equipo y en contacto con los forenses informáticos de la Oficina del FBI.

Luke Evans aceptó de mala gana y se fue de la sala sin despedirse y sin hacer el

menor comentario. Consideraba que todos estábamos en un error y que podría salir muy caro.

—Yo me parezco a él bastante, de modo que lo comprendo —musité.

—Evans es más transparente —replicó Peterson—. Será mejor que nos dejemos de charlas y salgamos hacia nuestros destinos. Hoy es posible que pongamos fin a una larga pesadilla.

Obedecimos y Tom y yo salimos en su coche hacia San Rafael. Mi amigo estaba de malhumor y necesitaba que se olvidase de Barnes y comenzase a pensar en el diseñador.

—Martínez hará un buen trabajo. Confía en ella.

—Yo también lo habría hecho. Ahora voy a la vivienda de un capullo que nos va a echar de su propiedad apenas pongamos un pie en ella.

—Tom, ni siquiera deseabas investigar a *El explorador*, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí.

—Entonces coge aire y vamos a machacar a Tracey, como Peterson va a hacer con Morrison. Te necesito.

—Joder, jefe, es que me lo he currado. Gracias al chivatazo de tu amiga, Brown, es verdad... pero después le he dedicado horas y horas.

—Te fastidia que otra se apunte el tanto —murmuré.

Tom giró la cabeza y me miró a los ojos unos segundos. Estaba algo más que enojado. Después se centró de nuevo en la carretera.

—Supongo que sí.

—Tú me enseñaste que somos un equipo.

—Tienes razón. Vamos a por ese gilipollas. Lo importante es que hoy detengamos al asesino, le ponga las esposas quien se las ponga.

—¡Así me gusta! —exclamé, eufórico.

—Una cosa... ¿de verdad tienes tan claro que Stewart no es nuestro hombre?

Ya cruzábamos el *Golden Gate*. Observé la Bahía, que resplandecía en aquel día despejado de primavera.

—Es una corazonada. No creo que un chaval mimado de 26 años sea el responsable de esta monstruosidad.

—Porque se parece a ti...

—No nos asemejamos en nada, Tom.

—Vale, vale... Pero Barnes sólo tiene tres años más. Tampoco me parece una diferencia de edad descomunal.

—Barnes encaja, es así de sencillo.

—¿Seguro?

—No sé si pretendes ofuscarme o volverme loco. Hace un segundo estabas deseando ir a por él y ahora cuestionas que sea el culpable.

—Sólo pienso en voz alta mientras nos acercamos a la casa del diseñador. De repente me he dado cuenta de que *El explorador* no es tan inteligente... y en tu perfil eso no cuadra.

—¿No es tan inteligente?

—No, jefe. Es alguien normal. Al menos en apariencia. Está obsesionado con las niñas, desde luego, pero queda muy lejos de ser un genio intelectual.

—Eso ha pasado con frecuencia en otros casos de asesinos en serie organizados a los que se ha despreciado.

—El psicólogo y el experto en crear perfiles eres tú. Yo, como te he dicho, reflexiono mientras conduzco para que tú alimentes tus neuronas.

Mi amigo en lugar de darle sustento a mis *células grises* lo que estaba logrando era alterarme.

—¿Dónde narices quieres llegar?

—A San Rafael. Según el GPS estamos a sólo diez minutos del hogar de ese alorado.

—No me desesperes...

—Es este pequeño viaje lo que me está obligando a cavilar. Conforme avanzo una milla me doy cuenta de que Evans no va tan desencaminado, mientras tú quizá sí.

Pensé en Stewart, tan tranquilo en su apartamento, en Moraga Street, situado a sólo unos minutos a pie de los parques donde las pequeñas habían sido raptadas. Recordé su formación en Berkeley, que le habían detectado rasgos de psicopatía y que su padre era médico. Sí, el investigador tenía motivos de sobra para sospechar de ese joven malcriado y mimado.

—Vamos primero a ver qué le sacamos a Tracey y a la vuelta nos acercamos a visitar a Max —claudiqué.

—Estamos flotando en un mar de dudas. Si el trauma se lo provocó la niña de 2004 tiene más lógica que sea Stewart, que por entonces contaba 11 años, que el diseñador, que ya andaba por los 17, ¿no?

—Acelera, joder, que el tiempo apremia —dije, cabreado.

Tom estacionó su Ford en la Avenida Mission, justo al lado de la casa de Tracey. Le comenté que yo no le había gustado desde el primer momento y que mejor fuera él quien hablase para que nos dejase entrar en su vivienda.

—Jefe, no me extraña que le repateases. Provocas ese sentimiento en mucha gente. Deberías plantearte si hay algo que no haces bien.

—En unos días me sueltas un sermón acerca de mi carácter. Ahora vamos a por este tipo —murmuré, empujando hacia la escalinata a mi amigo.

Tom llamó a la vivienda y se ocupó de camelar a Tracey, que no me quitaba el ojo de encima. Ya teníamos otra vez al *poli bueno*, mi amigo, y al *poli malo*, yo.

—Ya me puse en contacto con un abogado.

—Eso está muy bien. Nosotros sólo deseamos charlar un rato contigo. Seguro que no tienes nada que temer y dejarnos pasar sería una muestra de tu inocencia.

—Antes de pasar necesito que me diga qué es lo que investigan.

—Venga, tutéame, por favor. Creía que estabas al corriente —musitó mi amigo, dirigiéndome una mirada desafiante, que no tuve claro si era fingida o verdadera.

—Pues no.

—Es sobre esas tres pequeñas que aparecieron muertas en el Tamalpais. Tú vas por allí y estamos molestando un poco a los que frecuentan esa zona. Pura rutina. Y no le hagas mucho caso a ese —dijo Tom, señalándome—. Yo tampoco lo soporto. Es un maldito federal, pero nos obligan a llevarlos en la chepa en ocasiones. Hay niños de por medio y estas cosas montan demasiado jaleo.

Tracey nos dejó entrar. Su salón seguía siendo tan espectacular y ecléctico como cuando estuve allí con Martínez. Apenas tenía mobiliario, pero todo era de lujo y la sencillez creaba un ambiente de armonía que resultaba casi hipnotizador.

—Me devolvieron el cuaderno. Conozco mis derechos y llamaré a mi abogado si hacen cualquier cosa extraña.

—Gavin, no seas así. Vengo para librarte de este *perro de presa*, apenas nos conocemos y mira cómo me tratas.

—Lo lamento. Aunque tienes que entender que me ponga un poco nervioso. ¿Puedo fumar?

—¡Claro! Estamos en tu salón, por todos los cielos. Fuma.

Tom estaba actuando. Pocas veces lo había tenido delante cuando se ponía así, en plan colega, con un sospechoso o un testigo. Mientras trabajamos juntos en el FBI se limitó, salvo excepciones, a traerme los resultados de sus indagaciones. Solía pasarse por periodista novato y atontado. Lo hacía de fábula. Y allí, viéndolo, me quedé pasmado y comprendí qué era lo que me obligaba a echarlo tanto de menos.

Durante una hora me limité a observar y a escuchar. Mi amigo llevaba al diseñador de la mano como un artista. Tracey se había soltado y hablaba sin cesar. Hasta sonreía. No me lo podía creer. En un momento dado nos invitó a unos refrescos y aceptamos. Cuanto más bajase la guardia el diseñador más sencillo sería que cometiese un error.

—Imagino que todo está aclarado.

—Por supuesto, Gavin. Disculpa, ¿puedo ir al aseso? Llevamos mucho tiempo deambulando por ahí y el refresco me ha apretado la vejiga —dijo el detective, con voz de *mosquita muerta*.

—Sí, claro. Está justo ahí al lado, al fondo del pasillo. Pero no me dejes mucho rato sólo con este.

Y Tom logró lo que ansiaba: tener vía libre en la propiedad de un tipo que apenas había salido de casa desde que le requisaran el cuaderno y le pusieran vigilancia.

—Lamento causar en ti tan mala impresión —dije, cabizbajo.

—Es su mirada, ¿sabe? No sé si lo hace con todo el mundo, pero esos ojos suyos me sacan de quicio.

—Ya te comenté que soy psicólogo. En el fondo sólo pretendo echarle una mano.

—Una mano... ¿con qué?

—Ni idea. Sé que sufres, pero no tengo poderes. Si tú no me cuentas qué es lo que pasa por tu mente yo soy incapaz de verlo.

Tracey aplastó contra el cenicero un cigarrillo aún medio consumido y encendió otro de inmediato.

—No tiene ni puta idea.

—Exacto. Tú lo has dicho. Aunque he dado en la diana, justo en el centro.

—Hay cosas que deseo olvidar. Es mejor no hablar de ellas, con nadie.

—Así no curamos las cicatrices. Creemos que escondiendo la mierda debajo de una alfombra desaparece, hasta que un día tropezamos con un bulto y llenamos todo el salón de porquería.

—Es usted todo un poeta. Debería ayudarme con los diseños. Se le da muy bien imaginar.

—Tengo una imaginación pésima. Sólo describo lo que veo. Date una oportunidad y líbrate de ese lastre que tanto daño te causa.

Tracey dio una larga calada a su cigarrillo. Estaba vacilando, como si caminase por un alambre y el viento le estuviera jugando una mala pasada.

—¿Quedaría entre nosotros?

—Secreto profesional. Aunque ahora resida en Washington soy de aquí, de la Bahía. Mi grado en psicología lo obtuve no muy lejos de donde nos encontramos. Estudié en Stanford.

—De acuerdo...

Fue en ese instante cuando regresó Tom, sonriente. Aborrecí que apareciese de golpe justo cuando Tracey estaba a punto de comenzar a hablar.

—Oye, Gavin, disculpa —dijo mi amigo, golpeándose las sienes con ambas manos—. Soy un desastre y me he perdido.

—¿Cómo?

—Sí, ya ves, qué tontería... La cuestión es que he acabado en tu estudio, en el lugar donde realizas los diseños. Es fabuloso.

—No entiendo nada...

—Ahora lo vas a entender, porque voy a tener que llevarte esposado. Te leeré tus

derechos y avisaré a los dos agentes del Departamento de Policía de San Rafael que se pasan las horas muertas a dos manzanas de tu casa. Podrás telefonar a tu abogado. Y yo en tu lugar cerraría el pico hasta que lo tuviera a mi lado. Consejo de amigo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Resulta que me he topado con un viejo reloj *Zodiac* en una estantería. No funciona, pero es muy bonito. También tienes, y la verdad es que deberías haber sido más precavido, a la vista un mapa del Parque Tamalpais y, lo que es más interesante, otro de San Francisco. Me ha fascinado descubrir que con el logotipo del reloj tenías marcados con rotulador los tres lugares en los que las niñas fueron raptadas. Te prometo que no he tocado nada, pero que le he sacado fotografías a todo. Vamos a tener que poner patas arriba tu preciosa vivienda.

Aún estupefacto por todo lo que Tom había declarado sentí la vibración de mi teléfono en la chaqueta. Vi que la que llamaba era Peterson y descolgué de inmediato para ponerla al día.

—Kaitlyn... no te vas a creer nada —murmuré.

—Bueno, tú tampoco. Dejad lo que estéis haciendo. James Barnes ha confesado.

Capítulo XVIII

Casi todos los casos en los que he intervenido de manera directa se resuelven por un detalle, aunque en realidad si no hubieras estado trabajando con ahínco durante semanas o incluso meses dicho pormenor lo más seguro es que habría sido pasado por alto o jamás lo hubieras vinculado con una sucesión de conjeturas que te llevan hasta la solución.

También es habitual que de repente el tiempo se acelere y que lo que antes transcurría de un modo pausado de súbito se amontone en un torbellino de acontecimientos a los que cuesta dar crédito. Así es el mundo real y así es como ponemos fin a una investigación. Incluso Liz me enseñó que sólo en las películas y en las series de ficción todos los interrogantes tienen respuesta, pues yo me empeñaba con obstinación en que ninguna pregunta quedase en el aire. Por supuesto fracasaba, y sigo naufragando.

Lo curioso del caso de San Francisco es que nos encontramos con dos culpables, uno de ellos confeso, casi a la vez. Tom y yo estábamos convencidos de que Gavin Tracey era el monstruo, mientras que Aria Martínez, en el transcurso de su visita a Orinda, había logrado que *El explorador* admitiera ser responsable de los asesinatos. Una locura.

Por fortuna están las pruebas forenses. Cada día decenas de chiflados, gente desesperada e incluso presos que están cumpliendo condena se declaran culpables de homicidios que han tenido alguna repercusión mediática. No era algo nuevo en 2019, muy al contrario. Pero los que servimos al orden público sabemos que la inmensa mayoría de la veces esos individuos lo único que tratan es llamar la atención y concitar un poco de interés sobre ellos. Nada más.

Barnes no era el que había matado a las tres pequeñas, aunque un cúmulo de casualidades lo habían puesto en una situación de estrés que debido a su débil personalidad le habían conducido a decir que sí lo había hecho.

¿Qué probabilidades había de que la señora Barnes fuese en realidad la señora Wilson, la madre de Lillian, la niña que apreció muerta a las afueras de Santa Fe, Nuevo México? ¿Era posible que esa misma mujer se hubiera mudado, tras cambiar su apellido, a San Francisco, para hacerse cargo de su sobrino huérfano, de 14 años? ¿Podíamos aceptar la idea de que las autoridades le hubieran permitido dar su nuevo patronímico a su hijo adoptivo, que pasó a llamarse James Barnes? ¿Cuántos planetas debían alinearse para que Gavin Tracey, un

joven adolescente en 2004, que se había escapado de casa unos días, traumatizado por las palizas que le daba su padre desde pequeño, fuese el sujeto que se encontró con el cuerpo de Lillian y diese parte a las autoridades? ¿Era admisible la teoría de que el padre de Tracey, un drogadicto maltratador, que había perdido a su esposa porque se había fugado de su hogar temiendo por su vida —si es que en verdad no la había matado—, tuviese un reloj de pulsera *Zodiac* del que no se separaba jamás? ¿Podría alguien en su sano juicio aceptar que para Tracey las secuoyas rojas eran el símbolo de la vida eterna porque su madre, mientras aún estuvo a su lado, solía llevarlo de paseo al Tamalpais y le contaba historias legendarias relacionadas con esos árboles extraordinarios?

Todo eso era cierto y sin embargo desde el Capitán hasta mí —el más formado para aceptar que el mundo es un pañuelo y que todo está más interconectado de lo que imaginamos— éramos incapaces de asimilarlo. Pero la realidad es tozuda. Me bastó un encuentro con *El explorador* para descartarlo. Tendría que haberlo hecho mucho antes, pero me cegaba el detener a alguien, el poder ofrecer un nombre. Clarice me lo había servido en bandeja y aunque yo le había manifestado que no encajaba con el perfil me había empeñado en acoplarlo como fuese. Estábamos perdidos y poder aferrarme a un sospechoso era un regalo en esas circunstancias. Barnes era un hombre simple, incapaz de planificar con tanto esmero. Al igual que Max Stewart tenía información relativa a los asesinatos porque le habían llamado la atención y seguía las pesquisas de las que daba cuenta la prensa. Es algo que hacen muchos asesinos en serie, pero también gente corriente que juega a ser investigador por un rato cuando el horror se presenta cerca de su entorno. Barnes conocía bien el Tamalpais y Stewart residía dentro del triángulo que formaban los tres parques en los que habían sido secuestradas las niñas. Lo que *El explorador* no sabía era que su tía, a la que llamaba madre y le había cambiado el apellido, era la progenitora de Lillian. Estaba más vinculado a los horrendos crímenes de lo que él mismo imaginaba.

Tal y como Tom había sugerido... gracias a una orden judicial la propiedad de Gavin Tracey fue puesta patas arriba. Pese a su alto cociente intelectual, muy parecido al mío, había cometido infinidad de errores. Entre los más destacados guardar en el sótano de su vivienda algunas prendas de las víctimas. ¿Un *trofeo*? Consideré que no. Era como el que se queda con las cenizas de un ser querido tras la incineración: una forma de retenerlas y de intentar mantenerlas con vida.

También fue hallado en su estudio el rotulador con el que dibujaba el logotipo de *Zodiac* en el cuello de las niñas. Según declaró no era él el que las mataba, era el espíritu de su padre, que se había instalado en sus entrañas y del que no podía liberarse. Tres peritos calígrafos habían relacionado la escritura del diseñador con los dibujos en la piel de los cadáveres.

En la cocina tenía golosinas, las mismas que fueron halladas en los estómagos de las pequeñas. Enterrados en su patio, a poco más de tres pies de profundidad, tenía una bolsa con cuatro camisones. Eran idénticos a los que el asesino ponía a las chiquillas después de desnudarlas y lavarlas. La marca era la misma y aunque faltaban las etiquetas, el fabricante relacionó todos los blusones, pertenecientes a una partida, gracias a las muestras de tela. Habían sido adquiridos al mismo tiempo. Eso nos permitió localizar el establecimiento —sólo uno en un área de 200 millas había vendido siete de una vez— y que un dependiente declarase que aunque llevaba gorra y gafas quizá el que le había pagado en efectivo fuese Tracey. Daba igual.

Siguiendo mi teoría de que rodeaba toda la Bahía, pese a la pérdida de tiempo que suponía, para evitar el *Golden Gate*, rastreamos todas las cámaras que aún disponían de imágenes —bancos, gasolineras y supermercados— y pudimos dar con su vehículo transitando en dirección San Francisco, desde San Rafael, los días de los secuestros de Payton Woods y de Nevaeh Portman. Por desgracia no había nada de Lucy Sims, pero poco importaba. Suficiente con lo que habíamos rescatado. ¿Cómo las secuestraba? ¿Qué ruta tomaba para regresar a su vivienda? ¿Qué momento elegía para acabar con las pequeñas? Interrogantes que siguen esperando alguna réplica.

Encontramos, al fin, decenas de testigos que habían visto a Gavin Tracey merodeando por Beach Chalet Fields, donde los Vikings solían entrenar y celebraban su famoso Campus de verano. Tras no ser admitida su solicitud en 2016 el diseñador se había convertido en un mero espectador. Allí se fijaba en sus potenciales presas y ese era el nexo que las vinculaba a todas. Caso cerrado. Sin embargo tenía tantas preguntas que conseguí que el fiscal del distrito me permitiese entrevistarme, a solas, con Tracey antes de celebrar el juicio. Estaba dispuesto a llegar a un acuerdo —se jugaba ser condenado a la pena capital— y a declararse culpable. Yo lo que ansiaba —mucho más que evitar el pleito— era conocer más en profundidad la mente de un asesino organizado, del que nadie jamás hubiera sospechado. Se trataba de un joven bien formado, exitoso en su trabajo, muy educado y con altas capacidades intelectuales. Pero sus problemas psicológicos eran demasiados: traumas causados por el maltrato y por la visión del cadáver de una niña inocente, abandono por parte de su madre —aún seguimos sin saber si en realidad fue matada por su esposo— y varios trastornos de la personalidad —paranoia, obsesivo/compulsivo, rasgos de sociopatía y de identidad disociativa— jamás tratados.

Logré que el diseñador se abriese y me explicase todo lo que le había conducido a, según sus propias palabras, convertirse en un *engendro*. Necesitaba que me indicase el estresor que había desatado el caos, y me dio la respuesta: la muerte

repentina de un perrito que había recogido de la calle siendo cachorro y con el que había compartido cinco años de vida. Cuando se topó con el cadáver del can al que tanto cariño tenía la imagen de Lillian Wilson, a la que había logrado olvidar, regresó con fuerza. De ese modo tan inesperado se iniciaron las pesadillas primero y las fantasías después. Se mezclaban las imágenes de su padre pegándole sin descanso con las de su madre hablándole de la belleza de las secuoyas. Y la inocente Lillian como dormida. Así terminaba todo, así encontraba la paz y se despertaba aliviado. Ahora necesitaba descubrir si acabando con la vida de una niña parecida podía conseguir que ese estado tan breve de sosiego se prolongase. Buscó la manera de mezclarse con niñas de diez años y la mejor que encontró fue colarse en los Vikings. No lo logró, pero la obsesión ya estaba metida en sus entrañas y lo que hizo fue confundirse entre los aficionados e ir logrando información de las pequeñas. Pronto le llamó la atención Lucy Sims y tuvo claro que sería su primera víctima. Tras matarla, sin causarle dolor alguno, y dejar su cuerpo a los pies de una secuoya roja en el Tamalpais... las pesadillas cesaron durante algunas semanas. ¡Había hallado la solución a su terrible problema! Pero no. Llegado el otoño todo era de nuevo un infierno y debía encontrar una víctima que le sirviera de *medicina* para paliar su sufrimiento. Payton Woods. Ocurrió lo mismo: un tiempo de calma y otra vez el retorno a la inquietud más abominable. Ya teníamos el estresor, el modus operandi y la cadencia. ¿Por qué cambiar? ¿Qué le hizo fijarse en Portman, que era rubia? Había coincidido con ella el único día que asistió al Campus del verano de 2018 y se quedó con su extraño nombre, Nevaeh, y con su particular físico. En marzo llegó a la conclusión de que para desterrar a los fantasmas que le acosaban lo más adecuado era modificar algo y probó con Portman. Funcionó. La armonía regresó a su vida, hasta que yo aparecí y miré en los abismos que él ya había cerrado para siempre.

Al terminar le pregunté por las drogas. No habíamos encontrado nada en su propiedad. Me respondió que las compraba a las afueras de Vallejo, a un traficante de medio pelo que sabía jamás lo delataría o que nosotros —como sucedió— nunca localizaríamos. Olía a la policía a millas de distancia. Tracey se procuró la dosis letal en tres ocasiones. Eso reafirmaba su argumento de que él sólo quería poner fin al infierno en el que estaba metido. Tres veces la dosis para fulminar a una sola víctima. No planeó convertirse en un asesino en serie. También el hecho —no se cansó de repetírmelo— de evitar que las pequeñas sufrieran. Sin embargo había adquirido siete camiones en una sola compra. No quiso hablar del asunto y dio por terminado el encuentro, con brusquedad. Para todos era fabuloso, había logrado un gran éxito. Yo, al contrario, regresé a Washington con la sensación de haberme quedado sin las respuestas que ansiaba

y que aún en este instante flotan en el aire.

Capítulo XIX

Poco a poco entre Liz, nuestro hijo, el ajetreo cotidiano y el paso de las semanas me fui olvidando del caso que me había llevado de vuelta a mi ciudad, San Francisco.

Mi compañera, que me conocía mejor que nadie, insistía en que dejase de lado lo que no sabía sobre Gavin Tracey y que me centrase en lo positivo: lo habíamos atrapado y ahora dormía entre rejas. Con toda certeza habíamos salvado la vida de varias niñas inocentes. Yo intentaba consolarme con eso.

Clarice Brown me telefoneó varias veces, pues deseaba entrevistarme en su programa por tercera vez. Lo consulté con Peter Wharton y los dos llegamos a la conclusión de que mejor lo dejábamos para más adelante. Ya había llamado mucho la atención en los últimos tiempos como para exponerme más.

Tom, por su parte, seguía empeñado en hacer justicia a mi padre e indagaba en sus ratos libres. Yo le estaba agradecido, pero también aquello suponía abrir una herida que si bien no había cicatrizado al menos no molestaba como unos años atrás. Deseaba que me liberase un par de meses y me fuese a San Francisco para ayudarle con todo. Era tentador, pero dejar a Liz sola tan pronto suponía un riesgo demasiado alto como para asumirlo. Y también me estaba acostumbrando a disfrutar de la paternidad. No deseaba ser un mal ejemplo para mi pequeño.

Y así discurría la vida cuando Peter me llamó a su despacho a última hora de un día caluroso de finales de septiembre. Recuerdo que aunque estábamos ya en otoño la luz del ocaso todavía se percibía a través de los cristales. El rostro de mi jefe me vaticinó que tenía muy malas noticias para mí.

—Será mejor que te sientes, Ethan.

—Peter, disculpa, pero me estás asustando.

—Es un tema personal... y no sé cómo decírtelo.

—Suéltalo ya. Es la mejor manera —murmuré, temblando de miedo.

—Me han telefoneado de Topeka. Han asesinado a tu amigo, el detective Jim Worth.

GRACIAS LECTOR

Si te ha gustado la novela, puedes dejar un comentario positivo en la página del libro en Amazon. Estarás contribuyendo a la difusión de la Literatura, y me estarás ayudando a seguir escribiendo nuevos títulos.

*Con afecto,
Enrique Laso*

Enlace a todas mis novelas

LINK> <http://relinks.me/EnriqueLaso>

Novela Regalo — Mirada Infinita

*Son muchos los lectores que me han escrito solicitando información acerca de los casos en los que me he basado para dotar de verosimilitud a mi serie de novelas negras protagonizadas por el agente de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI **Ethan Bush**. Suelo responder amablemente que no facilito esos datos, al igual que tampoco el nombre de los ex-agentes de la agencia que colaboran conmigo para acercar la ficción a la realidad.*

Los casos de Ethan son inventados, pero gran parte de lo que en ellos sucede está cimentado sobre expedientes e informes reales. 'Mirada Infinita' es un ejemplo. Quizá en el futuro narre alguno más.

I

El cuerpo sin vida de la joven Sarah Brown fue encontrado la mañana del sábado 8 de marzo por un grupo de búsqueda conformado por estudiantes de la universidad de Northern Iowa y vecinos que se habían presentado de forma voluntaria para echar una mano. Se habían creado varias cuadrillas, dirigidas cada una por un agente de la policía local de Cedar Falls, y una de ellas había tardado poco en dar con el cadáver.

Sarah Brown estaba tendida en mitad de una arboleda, ubicada en la zona sur del campus, muy cerca de los apartamentos para estudiantes Hillside y de Jennings Drive. Parecía descansar tumbada boca arriba. Si no hubiera sido un cadáver la estampa resultaba casi idílica: una hermosa joven de cabello rubio y ojos claros recostada en la hierba mientras contempla el cielo a través de las copas de los árboles en una despejada mañana invernal.

El cuerpo no presentaba apenas signos de violencia o forcejeo, y parecía que lo habían trasladado hasta allí y lo habían dejado con mimo sobre la yerba cubierta por la escarcha. Pero una herida de bala de pequeño calibre en su sien izquierda, de la que surgía un hilo de sangre reseca, indicaba que la escena no era la de un momento de ensoñado relax; todo lo contrario, se trataba del escenario de un crimen atroz.

Un forense se afanaba en sacar todas las fotografías posibles del cadáver, desde todos los ángulos y distancias imaginables. Lo hacía con la frialdad de quien está acostumbrado a esta clase de menesteres. Gordon Stevens, detective de la Oficina del Sheriff del condado de Black Hawk, ubicada en la cercana ciudad de Waterloo, lo contemplaba ensimismado, evitando así tener que volver a mirar a los ojos abiertos de Sarah Brown. Él no estaba habituado a un crimen tan horrendo, y sentía sus entrañas revueltas y un dolor semejante al que provoca un puñetazo en la boca del estómago. ¿Quién podía haber hecho eso? Waterloo, Cedar Falls, todo el jodido condado de Black Hawk era un lugar pacífico en el que lo peor que le podía suceder a uno es que le robasen la bicicleta que había dejado sin candado en la puerta de un supermercado, pensó el detective con rabia.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Karen, de la policía local, a la que conocía de varios cursos de formación en los que habían coincidido.

Brown se giró bruscamente, pues lo habían arrancado de sus ensoñaciones y casi había olvidado dónde se encontraba.

—Ah, Karen, eres tú. Disculpa, no te había visto...

—¿Te he asustado?

—Bueno, no lo sé. Creo que desde que he llegado a este lugar estoy algo así como aterrado.

—Parece mentira...

El detective dirigió sus ojos hacia el cordón policial que rodeaba la zona. Junto a la cinta amarilla se agolpaban ya algunos fotógrafos de la prensa, vecinos y un buen puñado de estudiantes, alguno de los cuales lloraba desconsoladamente, abrazándose a sus compañeros.

—Sí, parece mentira.

—¿Puede tratarse de un suicidio? —inquirió Karen, tartamudeando levemente.

—Lo dudo. Si en izquierda, no hay rastro de la pistola y parece que el cadáver lo han traído hasta esta zona. Pero no sabemos todavía si era zurda, si algún desalmado se ha podido hacer con el arma y si, por increíble que parezca, quedó en esa posición tras reventarse el cerebro.

—Tranquilo, Gordon.

—No estoy tranquilo, Karen, lo siento. Y algo me dice que la persona que haya hecho esto no sólo ha destrozado la vida de una joven, con todo el futuro por delante, también nos ha jodido para siempre a todos nosotros.

II

Sarah Brown fue vista por última vez con vida la mañana del jueves 6 de marzo. Había quedado para ir de compras hasta Waterloo con sus dos mejores amigas, Belinda Myers y Carol Weight. Las tres se conocían desde hacía años, pues eran naturales de Sheldon, un pueblo ubicado a poco más de 200 millas de Cedar Falls, y habían estudiado juntas la secundaria.

Sarah acompañó a Carol hasta el aparcamiento de los apartamentos para estudiantes Prime Falls, donde residían las tres amigas, pero se disculpó y pidió que la esperasen porque se había dejado olvidado el bolso en su habitación. Carol se quedó en su vehículo, hasta que apareció Belinda, que había llegado quince minutos tarde. Al cabo de media hora aguardando, ambas consideraron que había pasado demasiado tiempo, y que seguramente Sarah se había encontrado con algún amigo, o con su novio, Mark Walton, también natural de Sheldon y que estudiaba en la misma universidad, gracias a una beca deportiva; de modo que decidieron marcharse sin ella y seguir según lo planeado.

Cuando Belinda y Carol regresaron, ya de noche, a los apartamentos Prime Falls, descubrieron que nadie había tenido noticias de Sarah, ni siquiera su novio Mark. Todos creían que se encontraba con ellas, pasando un día fantástico en Waterloo. De inmediato se dispararon las alarmas, y comenzaron a buscarla por la residencia y por los lugares más frecuentados del campus, sin éxito.

Desesperados, los amigos telefonearon a los padres de Sarah, que seguían residiendo en Sheldon, y descubrieron que no habían hablado con ella desde primera hora de la mañana de aquel jueves, cuando los había telefoneado para contarles sus planes para la jornada. Sin dudarlos, los padres tomaron el coche y a última hora se presentaron en la oficina de la policía local de Cedar Falls para presentar una denuncia por desaparición.

La policía informó a los familiares que al tratarse de una mayor de edad no podían iniciar su búsqueda hasta transcurridas 24 horas de la desaparición, de modo que éstos y algunos amigos de Sarah se organizaron y estuvieron buscándola por el campus hasta bien entrada la madrugada del viernes. No obtuvieron ningún resultado, parecía como si a la pobre joven se la hubiera tragado la tierra.

Al mediodía del viernes 7 de marzo la policía local pudo iniciar la investigación de la desaparición de Sarah. Entrevistaron a sus dos mejores amigas, Belinda y Carol, y a su novio, Mark. También interrogaron a otros estudiantes que residían en los apartamentos Prime Falls, en busca de algún testigo o algún indicio que les señalara qué dirección debía tomar el curso de sus pesquisas. Por desgracia

todo el mundo coincidía en señalar que desde el día anterior por la mañana nadie se había cruzado con la joven, en ningún lugar del campus.

A media tarde del viernes un policía local y un psicólogo habían mantenido una larga charla con los padres de Sarah Brown, tratando de conocer un poco más a fondo el carácter y la situación personal de la desaparecida. Se trataba de una chica normal, buena estudiante, deportista, con un novio desde hacía años y que dedicaba los fines de semana a colaborar con entidades benéficas. Jamás antes había desaparecido, y mantenía una estrecha relación con sus padres, a los que solía telefonar dos veces al día y a los que visitaba como mínimo una vez al mes. No tomaba drogas ni se metía en líos. Era, para ellos, absolutamente imposible que hubiese desaparecido por voluntad propia. Alguien debía de haberla secuestrado y tenerla retenida en alguna parte.

A última hora del viernes el jefe de la policía local tenía ya claras dos cosas: que debía solicitar la ayuda de la oficina del sheriff del condado y que, probablemente, Sarah Brown sería hallada, tarde o temprano, sin vida.

La mañana del sábado 8 de marzo se organizaron varios grupos de búsqueda, conformados cada uno por un agente de la policía local, un puñado de estudiantes y algunos vecinos de Cedar Falls que habían tenido conocimiento de la desaparición y se habían presentado como voluntarios. La gente estaba muy nerviosa, y por la mente de todos ya surcaba la peor de las posibilidades.

Poco antes del mediodía, el grupo que lideraba la agente Karen Phillips se daba de bruces con el cuerpo sin vida de Sarah Brown. Se hallaba en mitad de una arboleda, ubicada en los confines de la zona sur del campus universitario. Estaba completamente vestida y tumbada boca arriba, con los ojos abiertos. En su sien izquierda se apreciaba a simple vista un orificio, del que manaba un hilo de sangre.

La zona fue acordonada de inmediato, y se procedió a informar al sheriff del condado, que asignó un detective al caso.

El detective Gordon Stevens acababa de repasar mentalmente los puntos esenciales del informe policial que Karen le había preparado, y que le serviría de base para el que tendría que elaborar él mismo.

Lanzó un largo suspiro, casi un bufido, mientras se aflojaba el nudo de la corbata. Ya atardecía sobre Waterloo, y a aquellas horas de un sábado la oficina del sheriff estaba medio vacía. Miró a través de la estrecha ventana de su despacho, y deseó que una maldita línea de edificios se quitase de en medio para poder contemplar la majestuosa belleza de la orilla del río Cedar. Pensó en los padres de la joven Sarah, en sus rostros desencajados mientras les había formulado algunas preguntas. Quizá él sólo fuese un modesto detective de una pequeña ciudad perdida en mitad de los Estados Unidos, pero sabía bien el cielo

que se iba a dejar el pellejo para descubrir quién diablos había acabado con la vida de Sarah Brown.

III

La pequeña sala de reuniones del departamento de la policía local de Cedar Falls estaba atiborrada de gente. Gordon Stevens y el jefe de la policía local, Patrick Thomas, trataban de poner orden e iniciar la charla. Todos estaban muy nerviosos.

—Chicos, comprendo que esta situación os supere, pues yo siento lo mismo que vosotros —arrancó finalmente Thomas —, pero debemos estar a la altura de las circunstancias. Os he reunido aquí para que compartamos toda la información que tenemos hasta el momento y para que nos conozcamos los unos a los otros. Ha venido para echarnos una mano el detective Gordon Stevens, de la oficina del sheriff, con el que muchos ya habéis coincidido, o incluso habéis sido compañeros de clase.

Se hizo de repente el silencio. Allí estaban congregadas todas las personas que el jefe de la policía local había considerado adecuadas para formar el equipo principal de trabajo para el caso de Sarah Brown: ocho agentes, entre los que se encontraba Karen Phillips, un investigador, el propio Patrick y Gordon.

—Gracias —musitó Stevens, tomando la palabra—. Lo primero que deseo transmitir es que yo estoy tan desolado y tan apesadumbrado como vosotros. A fin de cuentas Waterloo y Cedar Falls son prácticamente una misma ciudad, y yo mismo estudié en la universidad de Northern Iowa; de modo que es como si hubieran acabado con la vida de una compañera o de una vecina. A muchos de vosotros ya os conozco, y es un honor formar parte de este fabuloso equipo humano. Nos enfrentamos a un hecho atroz, al que, por fortuna, no estamos acostumbrados, pero sé que os vais a dejar lo mejor de vosotros mismos para esclarecer este horrible crimen. Vais a robarle horas de sueño a vuestras vidas, y tiempo en común a vuestras familias. Pero considero que por encima de todo está devolver la tranquilidad a nuestra comunidad, y eso no lo lograremos hasta que resolvamos este caso.

El jefe de la policía local se acercó hasta una pared, en la que había una pizarra de plástico y un panel de corcho que iba desde el techo hasta el suelo.

—Para organizarnos aquí vamos a ir colocando una copia de todas las pruebas y evidencias que vayamos obteniendo en el transcurso de la investigación. Ya hay un par de informes, algunas fotografías de la víctima y un plano del campus, en el que están señalados el lugar en el que fue encontrado el cadáver y los apartamentos en los que residía, en los que fue vista por última vez.

—Con el fin de evitar que esto se convierta en un dislate, la agente Karen Phillips será la responsable de escribir en la pizarra y de colocar una copia de las

pistas más relevantes en el corcho. Os ruego que no lo hagáis al resto. Todos podemos y debemos hacer nuestras aportaciones, pero debemos seguir un orden —sentenció Stevens.

De súbito alguien llamó a la puerta. Era la secretaria del jefe de la policía local.

—¿Qué sucede, Susan? —inquirió con preocupación Thomas, pues era muy extraño que le interrumpiera su asistente mientras estaba reunido a puerta cerrada.

—Se ha presentado una estudiante en la recepción. Dice que tiene algo importante que contarnos. Cree que puede fijar la hora del asesinato.

IV

La joven les aguardaba mordiéndose las uñas en una de las salas de interrogatorio con las que contaba el departamento de la policía local. Cuando vio entrar a los agentes dio un pequeño respingo en su asiento.

—Tranquila. Estás en las mejores manos, y nos alegra que te hayas acercado hasta aquí.

El jefe de la policía local había decidido que sólo fuesen a interrogar a la estudiante tres personas: el detective Gordon Stevens, que a fin de cuentas estaba a cargo del caso, el investigador Ron Davies y la agente Karen Phillips, que llevaría la voz cantante. Todos pensaron que con una mujer se sentiría algo más cómoda, aunque quizá sólo se tratase de viejos prejuicios algo machistas.

—Lo siento, es que estoy un poco asustada. Yo conocía a Sarah. No éramos amigas, pero la conocía...

La joven se puso a sollozar, y Karen le tendió amablemente un pañuelo de papel.

—Comprendo. Es algo que todos vamos a tardar algún tiempo en asimilar. ¿Cómo te llamas?

—Maddie —respondió la estudiante, en un susurro.

—Genial, Maddie. Nos han dicho que has venido a contarnos algo. Cualquier cosa que vieras o escuchases es de suma importancia, y por eso deseo en nombre de todos darte las gracias —dijo Karen, que se dirigía a la joven con un tono de voz suave y agradable.

—Yo sufro de asma, saben...

—Entiendo.

El detective y el investigador se miraron extrañados, pero dejaron seguir haciendo a la agente, pues estaba manejando la delicada situación con maestría. La chica estaba realmente conmocionada, y un testigo en esa situación es muy susceptible ante cualquier comentario o gesto que admita múltiples interpretaciones.

—La madrugada del sábado, a las dos y media, me desperté con un ataque de asma. Casi a tientas pude coger el inhalador y recuperarme. Siempre lo tengo encima de la mesilla por si surge alguna urgencia.

—Eso es tremendamente sensato, Maddie. Estoy convencida de que eres una estudiante muy responsable.

Por primera vez la joven esbozó una leve sonrisa. Era un buen síntoma. Ya se encontraba cómoda.

—Eso creo. Muchas gracias.

—Entonces —dijo Karen, que no deseaba perder el hilo principal de la

conversación— te despertaste y recuperaste el aliento. Eran aproximadamente las dos y media de la madrugada del sábado...

—Sí, eso es. Lo recuerdo bien porque miré la hora en el radio-despertador. Siempre que sufro un ataque de asma por la noche suelo mirar la hora.

—Y, ¿qué sucedió después?

—Yo me alojo en los apartamentos Hillside.

—En Jennings Drive, a las afueras del campus —confirmó Karen, sin querer recordar que justo en la arboleda situada frente a aquellos apartamentos habían hallado el cadáver de Sarah Brown.

—Exacto. El caso es que para sentirme mejor me acerqué a la ventana y la abrí.

—¿Viste algo?

—No, la verdad, no vi nada sospechoso. Todo estaba tranquilo. El aire era muy frío, pero necesitaba respirar. No vi nada, pero sí escuché algo parecido a un petardo. Al menos eso pensé en un primer momento. Pero luego, cuando me enteré de lo que había pasado...

La estudiante volvió a sollozar, aunque trataba de reprimir sus emociones.

—Tranquila. Te enteraste de lo ocurrido y, ¿qué pensaste?

—Pues pensé que en realidad no había sido un petardo. Que nadie lanza petardos a esas horas, y menos en este campus. Comprendí que tenía que tratarse del disparo, ¿comprenden? Yo escuché el disparo con el que mataron a Sarah, ¡es horrible!

Después de tranquilizarla, la agente Karen Phillips se llevó a la joven a otra sala para que rellenase un formulario y firmase su declaración. Entretanto, Gordon Stevens y Ron Davies se quedaron comentando sus impresiones acerca de lo que acababan de escuchar.

—¿Qué crees Gordon?

—No sé qué decirte. Si lo que nos acaba de contar esta estudiante es cierto, si lo que escuchó fue el disparo que mató a Sarah Brown, ya podemos comenzar a trazar una línea temporal.

—Ya, te sigo. Desapareció el jueves, por la mañana. Y no acabaron con su vida hasta el sábado de madrugada.

—Efectivamente, Ron. Y en tal caso, ¿quién diablos y por qué motivo la tuvo retenida durante cerca de 40 horas? Y, lo que es igual de importante, ¿dónde diantres la mantuvo escondida todo ese tiempo?

V

Gordon Stevens se pasó toda la mañana del lunes interrogando a estudiantes que residían en los apartamentos Hillside en compañía del investigador de la policía local Ron Davies. Deseaban encontrar algún testimonio que ratificase lo que les había contado la joven Maddie. Debían manejarse con astucia, pues por el momento todo el mundo era un sospechoso potencial y cualquier elucubración formulada por los agentes podía poner en alerta al asesino o asesinos.

Hacia el mediodía habían entrevistado a más de 50 estudiantes, y ninguno recordaba nada digno de mención. Casi todos estaban a esas horas durmiendo profundamente, y otra buena parte se había marchado la tarde del viernes para pasar el fin de semana en sus lugares de origen.

Gordon y Davies decidieron que sería bueno realizar un paseo desde el lugar en el que fue hallado el cuerpo sin vida de Sarah Brown hasta el último lugar en el que fue vista con vida: los apartamentos Prime Falls, que se encontraban justo al otro lado del campus, en el extremo norte.

Desde Jennings Drive tomaron el camino natural que cualquier alumno de la universidad hubiera cogido por comodidad, y subieron por la calle Campus, hasta llegar al centro del complejo estudiantil, donde se alzaba en mitad de una explanada una torre conocida como 'El Campanario'. A lo largo del trayecto se habían topado con zonas relativamente despejadas, principalmente con amplias áreas de aparcamiento.

—Joder, Ron —exclamó Stevens, mientras lanzaba al aire un puntapié—, es prácticamente imposible llevar un cuerpo hasta allí sin que te vea alguien.

—Piensa en la hora. Este es un campus tranquilo, y seguramente, viva o muerta, trasladaron a la víctima hasta allí en coche —replicó el investigador.

Gordon dirigió su mirada hacia lo alto de 'El Campanario' y pudo ver que se estaba haciendo tarde para almorzar en uno de los cuatro relojes que adornaban la torre. Se sentía impotente, y enrabiado, y ambas cosas no significaban nada bueno para un detective que debía mantener la calma y descubrir una senda hacia la verdad lo antes posible. Todavía no había sido capaz ni tan siquiera de esbozar una hipótesis, y eso le martirizaba aún más. ¿Estaría a la altura de lo que Sarah Brown y su familia precisaba para que se hiciese justicia? Un profundo dolor en la boca del estómago volvió a sacudirle.

—Tienes razón. Venga, continuemos.

Ambos hombres siguieron por la calle Campus, hasta el final. Desembocaba en la calle 19, y justo a la derecha se encontraban los apartamentos Prime Falls, donde había residido la víctima. Stevens miró en todas direcciones, como si

tuviera un radar y fuera capaz de percibir algún rastro que el culpable o culpables hubieran dejado en el ambiente.

—Sabes, Ron, algo no me cuadra...

Davies, que conocía mejor la universidad y, en realidad, todas las calles de Cedar Falls como la palma de su mano, pues no en vano se había pasado media vida patrullando aquellas aceras, de inmediato creyó encajar alguna pieza del puzle al que se enfrentaban.

—Sí, y creo que tienes razón. No pudieron llevarla por donde hemos venido. Es decir, no quisieron hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tenían mejores alternativas. Yo hubiera tomado la 19 hasta Hudson Road, y hubiera bajado hasta la avenida Universidad. Desde allí en un minuto te plantas en Jennings Drive, y has dado un buen rodeo, pero a cambio has circulado por calles muy transitadas, por las que no llamarías la atención.

El detective simuló lanzar un rechazazo al mentón de su compañero, sonriendo. Era la primera vez que sonreía desde el viernes anterior.

—Eres un genio, ¿lo sabes?

—Me lo dice mi mujer casi todas las noches —respondió Davies, carcajeándose. El sonido del Smartphone de Stevens sacó a los dos agentes de sus cavilaciones. Era Karen Phillips.

—Gordon, ¿dónde estás?

—Con Ron, dando una vuelta por el campus, intentando ponernos en la piel del desalmado o desalmados que mataron a Sarah —contestó el detective, en un tono serio, y dejando de un plumazo atrás el buen clima que por un instante había logrado respirar.

—Genial, así ya os tengo localizados a los dos. Os necesito cuanto antes aquí, en las oficinas del departamento.

—¿Ha pasado algo?

—Tengo en mis manos el informe preliminar del forense. Es bastante revelador.

VI

Cuando el detective y el investigador llegaron al departamento de policía Karen ya les aguardaba delante de la pizarra, en la que había dibujadas dos columnas.

—No habéis tardado nada.

—Sabes bien cómo atraer la atención de dos tipos maduros y atractivos —dijo Ron, guiñando un ojo y carcajeándose.

Gordon, menos dado a las bromas, tomó asiento y se quedó mirando fijamente la pizarra.

—¿Qué tenemos, Karen?

Davies captó la indirecta y fue a sentarse junto a su colega. Él siempre trataba de suavizar las situaciones más incómodas con un poco de humor benévolo, pero sabía que no siempre eran bien recibidas sus inocentes chanzas.

—El médico forense ha establecido que la muerte de Sarah debió de producirse entre 8 y 16 horas desde que fuera hallada. Eso nos brinda dos hipótesis —dijo la agente, mientras escribía en la pizarra—. La primera: efectivamente Maddie escuchó el disparo, a eso de las 2:30 horas del sábado, que acabó con la víctima. La segunda: que la asesinaron antes y luego trasladaron su cuerpo hasta la arboleda. Ambas posibilidades entran dentro de ese marco temporal.

—¿Ha revelado algún dato más la autopsia? —inquirió Stevens, mientras en su cabeza se agolpaban decenas de pensamientos que era incapaz de manejar.

—Sí. Le dispararon muy cerca con un arma del calibre 22, algo que ya se intuía por el orificio que presentaba en la sien. La joven era diestra, por lo que podemos descartar casi por completo la teoría del suicidio.

—¿Presentaba algún signo de violencia? —preguntó Ron, que sentía escalofríos sólo de imaginar lo que pudo llegar a sufrir aquella chiquilla antes de morir.

—Ninguno. Ni tan siquiera un pequeño moratón. Tampoco existen evidencias de agresión sexual.

Gordon tamborileó en la mesa de reuniones con sus nudillos; era una costumbre que tenía desde adolescente, y que le permitía concentrarse cuando más turbias se ponían las cosas. Era como trasladar parte de la tensión que le atenazaba a la madera, y de esa forma poder liberar sus pensamientos.

—Entonces tuvo que estar con alguien que la conocía bien, alguien en quien ella confiaba, a quien no temía en absoluto.

Karen siguió anotando las aportaciones que iban surgiendo en la amplia pizarra plástica con un rotulador azul. De algún modo, por triste que le resultase en su fuero más interno, se sentía emocionada de estar allí, con un investigador y con un detective; implicada en la resolución de un caso de homicidio. Era una

amarga satisfacción, pero no podía evitar su euforia. Ahora debía canalizar toda esa fuerza arrolladora en tratar de hacer justicia a Sarah Brown.

—También es posible que la drogaran de algún modo, sin que ella se diera cuenta, y quedase a merced de un desconocido —sugirió Davies, que había conocido de casos similares a través de los programas de investigación policial que emitían en televisión, y a los que era adicto. Siempre se disculpaba ante su mujer con la excusa de que aquello era también parte de su formación.

Karen consultó con rapidez una carpeta, que contenía el informe preliminar elaborado por el forense. Tan sólo deseaba ratificar algo que ya sabía de antemano.

—Ron, demos por descartada esa opción. En su cuerpo no había ninguna droga; es más, ninguna clase de sustancia tóxica. Es verdad que aún faltan por realizar diversos análisis a los restos de su estómago, pero el forense ya ha dejado esta anotación.

—En tal caso, no queda otra opción: todo apunta a que la mató alguien cercano, alguien que la conocía bien.

—¿Habéis acabado con los interrogatorios a los amigos? —inquirió Gordon, que había manifestado que deseaba estar presente si en alguno de ellos surgía alguna vía de interés.

—Bueno, estamos recopilando todavía mucha información. Tenemos pendiente hablar con Mark Walton, el novio de la chica. Hemos pensado que es mejor hacerlo habiendo recabado antes datos acerca de la relación que ambos mantenían: si todo iba bien, celos, discusiones, peleas; esa clase de cosas —contestó con seguridad la agente.

—Me parece una buena estrategia. Y sus dos amigas, con las que había quedado para ir a Waterloo, ¿habéis podido entrevistarlas?

—A una de ellas sí, a Carol Weight. Yo he estado presente en el mismo, esta mañana. Nos interesaba porque es la última persona que vio con vida a la víctima, y ya conocéis el dicho...

—El último testigo es el principal sospechoso —murmuró Davies, algo socarrón, como si aquello fuese una sufrida letanía que había tenido que estar repitiendo toda su vida.

—¿Y bien? —preguntó Gordon, impaciente.

—Nada de interés. Nos ha reiterado lo que ya sabemos. Y, por suerte o por desgracia, tiene una sólida coartada para todo el viernes y la madrugada del sábado: pasó la noche con una amiga y con los familiares de ésta.

—En tal caso necesitamos interrogar a la otra amiga y al novio lo antes posible. Un agente entró en la sala bruscamente, sin llamar. Se sorprendió al encontrar en ella a Ron y a Gordon, y aplacó su ímpetu.

—Perdón, pensaba que estaba Karen sola aquí trabajando.

—No pasa nada. ¿Alguna novedad? —inquirió el detective, intuyendo que aquella precipitación debía de tener una explicación sólida.

—Sí, tenemos un sospechoso.

—¿Un sospechoso? —preguntó Davies, anonadado, como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar. Por un momento sintió que él y Gordon habían estado perdiendo el tiempo mientras el resto de sus compañeros se esmeraban sin descanso.

—Sí. Se nos ocurrió buscar entre los expedientes a personas con antecedentes que tuvieran acceso al campus y... ¡bingo! Un tipo que trabaja en mantenimiento desde hace unos meses trató de violar a una joven no hace mucho, y tiene registrados otros incidentes menores en su pasado.

—¡Joder! —exclamó Stevens mientras golpeaba la mesa con rabia. Le enfurecía que cosas así pudieran suceder en los Estados Unidos. Estaba convencido de que con una buena base de datos compartida a nivel estatal, y menos miramientos y complacencias por parte de determinados jueces, se podía mantener alejados a gente de esa clase de empleos que les permitiesen tener a sus víctimas a tiro de piedra—. Buen trabajo. ¿Sabemos dónde se encuentra el sujeto en cuestión?

—Está aquí. Lo hemos detenido y está en una de las salas de interrogatorio.

VII

Karen, Ron y Gordon se tomaron su tiempo antes de entrar en la sala de interrogatorios, donde les aguardaba Jeff Simpson, el empleado de mantenimiento de los apartamentos Prime Falls, lugar en el que había estado residiendo hasta el día de su desaparición la víctima, Sarah Brown.

Deseaban conocer un poco más a fondo a aquel hombre, antes de abordarlo. Era un sospechoso con muchas papeletas, y el jefe de la policía había hecho bien en autorizar su detención inmediata. Pero ahora que ya lo tenían allí no podían permitirse ningún desliz, o lo pagarían caro en el futuro.

Tras revisar el expediente varias veces, decidieron que Gordon llevase la voz cantante en esta ocasión, pues tenía experiencia con esta clase de individuos. También optaron por que entrase solo en la sala, mientras Karen y Ron observaban el interrogatorio a través de un cristal.

Stevens trató de sacar su mejor sonrisa, tragándose todos los sapos que su garganta admitía, y le tendió afablemente la mano al empleado de mantenimiento.

—Hola Jeff, mi nombre es Gordon, y soy detective de la oficina del sheriff del condado de Black Hawk.

Simpson, un hombre fornido, de color, de aspecto huraño y ojos un tanto hundidos, sudaba a mares. Gotas de sudor le rodaban desde la frente hasta el mentón, y la camisa azul que llevaba estaba húmeda en la zona del pecho y de las axilas.

—Yo no debería estar aquí. Están cometiendo un grave error. Lo que pasa es que soy negro, y pobre, y quieren endilgarle a un desgraciado la muerte de esa joven para ponerse rápido una medalla —masculló el detenido, mientras dirigía su mirada hacia todos los rincones de la sala.

—Las cosas no funcionan así, Jeff. Y creo que lo sabes bien. Ya has tenido problemas en el pasado con la justicia.

—Bobadas de adolescente. Si se hubiera criado en el barrio en el que yo crecí, en Detroit, no me imagino qué cosas hubiera hecho usted en mi lugar.

—Bueno, es cierto que tu expediente parecía limpio una vez te mudaste al estado de Iowa. Sí, cualquiera diría que te habías esmerado en iniciar una nueva vida. Pero Jeff, está el intento de violación y secuestro de hace unos pocos meses. ¿Has olvidado lo que pasó en Davenport tan rápido? —inquirió Gordon, como lo hubiera hecho un mentor o un buen amigo. Sabía que era la manera correcta de actuar, que aquello funcionaba, pero le costaba reprimir las náuseas en la mayoría de las ocasiones.

Simpson lanzó un largo bufido, casi un gruñido. Después trató de tranquilizarse, y comenzó a hablar muy despacio.

—Aquello fue un disparate. Ya le he pedido a mi abogado que lo retiren de mi expediente. Pero como es de oficio tiene mil cosas de las que ocuparse, y de momento ahí sigue esa mierda, como una losa. Yo no hice nada. Absolutamente nada. Estaba en el lugar equivocado, y una testigo me confundió, nada más. He pedido que se realicen pruebas de ADN, o lo que sea. He pasado el detector de mentiras, y el juez me ha dejado en libertad sin cargos, ¡pero ahí sigue esa maldita mancha en mi expediente!

El detective se sintió confundido. Aquel tipo parecía sincero, y realmente enojado con el sistema. Podía ser un actor de narices, pues era cierto que había pasado la prueba del polígrafo, pero no era la impresión que, a menos de tres palmos de distancia, le estaba causando.

—En tal caso, Jeff, ¿por qué estás tan nervioso?

—Joder, tío, ¡joder! Estoy cagado de miedo. Hace unos meses tuve que mudarme de ciudad por culpa de algo que no había hecho. Pese a todo, consigo un empleo decente aquí, en Cedar Falls, ¡nada menos que en la universidad! No gano un gran sueldo, pero puedo pagar mi alquiler y permitirme algún capricho. Parecía que la vida me sonreía y ahora pasa esto, ¡y me lo queréis colgar sin ninguna prueba! Pase lo que pase, ya estoy jodido, estoy bien jodido.

Simpson no pudo evitar comenzar a sollozar. Normalmente Gordon no sentía lástima de ningún detenido, de ningún sospecho, mucho menos de uno por asesinato. Pero esta vez era diferente, y por alguna razón estaba conmovido.

—Está bien, Jeff. Dime qué diablos estuviste haciendo el pasado jueves, desde la mañana hasta bien entrada la tarde.

—¿El jueves?

—Sí, el 6 de marzo —respondió Stevens, sabiendo que aquella fecha ya no podría olvidarla jamás en la vida.

El empleado de mantenimiento se quedó pensando algunos segundos. Parecía realmente estar echando atrás en el tiempo, tratando de ubicarse a sí mismo la semana anterior.

—¡Ya lo recuerdo! Me pasé todo el día en el McLeod Center. Hubo una fuga de agua y tuvimos que emplearnos a fondo.

—¿Tuvimos? —preguntó Gordon, notando que le temblaban las piernas. Parecía que nadie se había preocupado de saber dónde se encontraba el sospechoso a la hora en la que la víctima había sido secuestrada.

—Sí, estaba con Leonard, otro empleado de mantenimiento. Y también había un fontanero que mandó el seguro, pero no recuerdo su nombre.

—Jeff, ¿estás seguro de que lo que me estás contando es absolutamente cierto?

—Se lo puedo jurar encima de una Biblia, si así lo desea. Además, sólo tiene que preguntárselo a ellos. También me vieron por allí varios grupos de estudiantes, pues querían saber cuándo iban a estar operativas las duchas de nuevo. Allí juegan al baloncesto, y no les hacía gracia la idea de tener que salir sudados de allí en pleno invierno. No son tan duros como imaginan...

Stevens golpeó la mesa suavemente con los papeles que llevaba en la mano. Se sentía frustrado, indignado y, también, agotado.

—Tengo que comprobar tu coartada. Si es cierto lo que me dices, yo mismo me ocuparé de que salgas de aquí pitando y de que no tengas ningún problema con tu empleo.

Simpson se quedó boquiabierto. No comprendía nada, pero parecía que todo se iba a solucionar como por arte de magia. Aquel tipo duro y de gesto serio que tenía delante parecía que al final le iba a salvar el culo. De súbito sintió que una corriente caliente de indignación se adueñaba de sus entrañas.

—En realidad le estoy agradecido, sabe, le estoy infinitamente agradecido. Pero, ¿por qué rayos no empezaron sus colegas haciéndome esa misma pregunta antes de detenerme?

Eso mismo pensaba Gordon, mientras abandonaba la sala y se iba en busca de Karen y Ron. Se encontraron en mitad de un pasillo y el detective no pudo reprimir su indignación.

—Mierda, ¿cómo diablos se les ha podido escapar algo tan obvio?

—Tranquilo, aún tenemos que verificar que ese hombre nos está contando la verdad —replicó Philips, en un tono suave pero firme.

—Karen, te garantizo al 100% que ese tipo me acaba de contar la verdad. No tengo la menor duda —sentenció Stevens, intentando sin éxito aplacar su rabia.

VIII

Dos días después del interrogatorio a Simpson el equipo de investigación al completo tenía la sensación de encontrarse en un callejón sin salida. Leonard, el otro empleado de mantenimiento del campus, y el fontanero que había enviado el seguro, ratificaron, sin lugar a dudas, la coartada que le había expuesto a Stevens. También varios estudiantes que formaban parte del equipo de baloncesto y que solían entrenar en el McLeod Center confirmaron que Jeff se había pasado toda la jornada del jueves día 6 de marzo en dichas instalaciones.

Gordon asistía a una reunión que dirigía con aplomo Patrick Thomas, el jefe de la policía local, un hombre curtido y con mesura, que sabía mantener la calma. Él, sin embargo, estaba enrabiado, y creía que no estaban haciendo lo suficiente, y que además cometían errores propios de *pipiolos*. Pero, en cierta forma, no dejaban de serlo: no se habían enfrentado en sus vidas a un caso ni tan siquiera parecido. Seguramente lo que más aturdió a Stevens, lo que más le desasosegaba, no era que el conjunto de personas reunidas en aquella sala no estuviera a la altura de las circunstancias; lo que verdaderamente le atormentaba era la posibilidad de que él no estuviera a la altura, de que él personalmente le fallara a aquella pobre chica y jamás se le hiciera justicia. Se despertaba por las noches empapado en sudor, acuciado por extrañas pesadillas, fruto de la desesperación más absoluta y cruel.

—Según la versión de los padres, Sarah era una chica muy querida, a la que no se le conocían enemigos. Es algo que también opinan sus profesores y conocidos. Nadie deseaba la muerte de la joven, y jamás había recibido ni tan siquiera la más leve señal de amenaza —musitó Thomas, sacando al detective de sus angustiosas tribulaciones.

—Disculpe, pero es evidente que alguien *sí* deseaba su muerte, porque es un hecho que la han asesinado. Otra cosa distinta es que todavía no hayamos sido capaces de encontrarlo —dijo Gordon, con el tono de voz seco y cansino.

Aquella corrección, un tanto impertinente, aunque acertada, abrió un espacio de incómodo silencio. El jefe de policía, experimentado y juicioso, no se lo tomó como algo personal.

—Claro, Gordon. Esa es nuestra responsabilidad. Estoy dando la versión de los allegados, nada más. Está claro que alguna persona la odiaba, la odiaba lo suficiente como para desear su muerte... y convertir sus deseos en realidad.

—Eso nos lleva a pensar especialmente en su novio, en Mark Walton —apuntó uno de los agentes.

—Sí, es verdad. Pero tenemos que andarnos con mucho cuidado. Después de lo

que nos ha pasado con Simpson no podemos dar un paso en falso. Ahora el juez se lo va a pensar dos veces antes de autorizarnos cualquier movimiento. Y tenemos suerte de que, de momento, la prensa no se haya volcado especialmente con este caso. Si lo hacen, todavía estaremos más pillados de las manos.

Karen no dejaba de darle vueltas al asunto de que el cuerpo no presentase signos de violencia. Era algo anómalo, y que debía tener una explicación bien fundada. De repente una bombilla se iluminó con fuerza en su cerebro.

—Señor, se me acaba de ocurrir una posibilidad, que todavía no hemos estudiado.

—Te escuchamos, Karen —dijo el jefe de policía, que sabía que de aquella agente sólo podía esperar o el más absoluto mutismo o alguna reflexión inteligente. Muchas veces pensaba cómo diablos seguía allí, en Cedar Falls, en lugar de haberse trasladado a Chicago a mejorar su formación y buscar un lugar en el que pudiera dar rienda suelta a sus infinitas capacidades.

—No se trata de descartar la hipótesis de que algún amigo o incluso su novio, vete a saber por qué motivo, la matasen. Pero veo muy poca rabia en este crimen, muy poca vinculación emocional, no sé si me explico.

—Perfectamente. Prosigue, por favor.

—Pero, ¿y si la asesinó una persona con autoridad? Alguien a quien ella no opusiera resistencia porque nada malo podía esperar de esa clase de sujeto.

—¿Un profesor? —preguntó Ron, intrigado y fascinado por la idea.

—Sí, un profesor, o incluso un agente de policía...

Patrick Thomas no pudo evitar dar dos pequeños pasos hacia atrás. Jamás se le hubiera ocurrido semejante atrocidad, pese a que sabía de sobras lo cruel y malvado que podía llegar a ser un individuo perturbado.

—¿Alguno de los nuestros?

—No necesariamente. Alguien venido desde lejos, de Rochester, por ejemplo, incluso de Minneapolis... No sería la primera vez que un policía se aprovecha de su status para cometer un crimen, sabiendo que la víctima estará con la guardia baja.

—No lo voy a descartar, Karen, pero me cuesta mucho pensar que este sea el caso. Prefiero creer que se trata de un profesor que estaba encaprichado con la joven, y que la cosa se le fue de las manos —murmuró el jefe de policía, todavía algo aturdido.

—Resulta igualmente perturbador, señor —apuntó Ron, que no dejaba ya de darle vueltas a dicha posibilidad, y que envidiaba la capacidad imaginativa de su compañera Karen.

Stevens había escuchado en silencio, absorbiendo la información, como si se filtrara a través de sus poros y le llegase en oleadas eléctricas hasta el cerebro.

Admiraba a la agente Phillips, y allí tenía una evidencia más de que aquella devoción tenía sólidos cimientos. Por primera vez desde que había entrado a la reunión se sentía extrañamente eufórico.

—¿Este campus cuenta con vigilancia, verdad?

—Sí, claro. Tiene 4 vigilantes que se alternan por parejas semanalmente: dos hacen el turno de día y otros dos el de noche —respondió el jefe de policía de inmediato.

—¿Alguien los ha interrogado?

Nadie respondió a la pregunta. Un silencio imponente se adueñó de la estancia, como recordando a todos y cada uno de los que allí se encontraban que en verdad no estaban preparados para afrontar una investigación de semejantes características, y que tendrían que esforzarse mucho más si deseaban de verdad dar con el asesino lo antes posible.

—Gordon, no nos martiricemos más, es evidente que no, que nadie lo ha hecho. La mayoría de nosotros conoce a esos tipos, colaboramos con ellos desde hace años, y si no llega a ser por el comentario de Karen a mí en la vida se me hubiera pasado por la cabeza sospechar de ninguno de los cuatro... Y creo que hablo en nombre de todos —dijo Ron, asumiendo en primer lugar su candor a la hora de buscar posibles culpables.

—En tal caso debemos interrogarlos, aunque sólo sea para descartarlos. Ahora mismo, no se me ocurren sospechosos más consistentes que ellos.

IX

Habían tomado la decisión de interrogar a los vigilantes al mismo tiempo. Daba la casualidad de que los mismos vigilantes, Mike Johnson y Tom Campbell, habían hecho los turnos tanto el día de la desaparición de Sarah Brown como durante la madrugada en la que fue asesinada. Los turnos eran rotatorios, y cambiaban precisamente cada viernes. Podía tratarse sólo de una casualidad, pero merecía la pena investigar el asunto.

En una sala Ron y un agente venido de la oficina del sheriff como refuerzo puntual estaban con Mike Johnson, mientras Gordon y Karen hacían lo propio en otra con Tom Campbell. La idea era que tanto Davies como Philips estuvieran acompañados durante el interrogatorio por alguien que no tuviese una estrecha relación con los vigilantes, y que de ese modo no se perdiese la objetividad.

Johnson y Campbell acudieron de forma voluntaria a la oficina de la policía local, y se mostraron muy colaborativos en todo momento. Sus versiones de lo ocurrido en la jornada del jueves y a lo largo de la madrugada del sábado eran coincidentes, salvo por detalles menores. El jueves había sido un día tranquilo, y nada había llamado su atención, hasta bien entrada la tarde. Fue entonces cuando algunos estudiantes les reclamaron, porque decían que una de las chicas había desaparecido. Se acercaron a los apartamentos Prime Falls y estuvieron hablando con varios jóvenes. Mark Walton, el novio de Sarah, estaba muy nervioso, pero ellos no le dieron mayor importancia. Tampoco al hecho de que una alumna de la universidad hubiese desaparecido: era bastante frecuente que alguien echase en falta a un amigo o conocido uno o dos días, y que este luego apareciese sin más de regreso, alegando que se lo había pasado en grande en Dubuque, Cedar Rapids, Davenport o incluso Chicago. A fin de cuentas eran estudiantes universitarios, ya se sabe, un poco alocados pero ya mayores de edad.

El viernes fueron informados de que la policía había tomado cartas en el asunto, y que los padres de la chica se habían trasladado a Cedar Falls. Aquello se ponía serio. La madrugada del sábado hicieron su turno, y la noche se presentó sin sobresaltos, salvo por un detalle menor que del que no habían informado por restarle importancia: sobre las dos y media se hallaban en las inmediaciones del Gallagher Bluedorn, en el cruce de la calle Campus con la avenida Universidad cuando creyeron escuchar una especie de petardo. Ambos pensaron que se trataba de algún gamberro que volvía de fiesta y siguieron con la ronda.

Ninguno conocía personalmente a Sarah Brown, ni tan siquiera recordaban haberla visto. Llevaba poco tiempo en el campus y no era una joven popular, ni que se metiese en líos o llamase particularmente la atención. Ambos vigilantes

contaban con expedientes impecables y buenas referencias, de modo que tras dos horas de preguntas los dejaron marchar sin más.

Nada más finalizar los interrogatorios, Karen, Ron y Gordon se encontraron en lo que habían pasado a denominar, quizá de forma algo grandilocuente pero efectiva: *centro de operaciones*. El *centro de operaciones* no era otro lugar que la pequeña sala de reuniones de la policía local de Cedar Falls con la pizarra y el corcho, en el que ya se apelmazaban decenas de papeles sujetos con chinchetas.

—Creo que tenemos ya segura la hora exacta en la que Sarah fue asesinada —manifestó Davies, sin poder contener un cierto grado de satisfacción.

—Es cierto, Ron, pero no tenemos nada más —replicó Gordon, que había confiado mucho en que pudieran sacar algo más de los vigilantes.

—¿Os parece que hagamos un repaso? —preguntó Philips, dirigiéndose con un rotulador hacia la pizarra.

—Me parece perfecto —respondió el detective, que deseaba que la agente le iluminase nuevamente con alguna idea brillante.

—Yo creo que sí que tenemos bastantes cosas ya. Empezando por la hora exacta de la muerte, como apuntaba Ron. Sabemos que Sarah fue vista por última vez el jueves día 6 de marzo por la mañana, y que nadie más volvió a tener noticias suyas. Sabemos que alguien, un conocido o una persona con autoridad, la tuvo retenida durante unas 40 horas. Sabemos que la mataron con un arma del calibre 22. Y que probablemente le dispararon en el mismo sitio en el que fue hallado su cadáver, o muy cerca. No hubo agresión sexual. No hubo más violencia.

Davies se quedó contemplando la pizarra, orgulloso de su colega y asombrado de la rapidez y orden con el que había ido anotando detalles que a él le hubiera llevado un par de horas recordar con meridiana exactitud.

—Es un buen punto de inicio, ¿no crees Gordon?

Stevens lanzó un bufido, como si deseara expulsar todo el aire que acumulaba su generoso tórax. Miró la pizarra, y acto seguido clavó sus ojos en el suelo.

—No me gusta joderos la tarde, chicos, pero opino que no tenemos una mierda. Creo que estamos prácticamente como al principio, y que esta investigación se nos está complicando por momentos.

X

El detective de la oficina del sheriff del condado de Black Hawk había dado en la diana: transcurridas dos semanas desde que el cuerpo sin vida de Sarah Brown fuera hallado en una arboleda de la zona sur del campus de la universidad de Northern Iowa la investigación parecía estancada.

Habían estudiado las coartadas de los amigos y amigas más cercanos de la víctima, incluyendo la del novio, Mark Walton, que en principio parecía tener un montón de papeletas para ser el principal sospechoso, y todos las tenían muy sólidas para la jornada del jueves 6 de marzo, el día de la desaparición de la joven. También habían analizado los movimientos durante aquellos días de los delincuentes violentos fichados en Cedar Falls, Waterloo y otras poblaciones de los alrededores. Nada.

Un poco a la desesperada, habían hurgado en las vidas de los profesores vinculados con la víctima, en busca de algún comportamiento anormal o llamativo, que pudiera llevarles hacia una nueva vía de investigación, sin resultados.

La desazón y la impotencia comenzaban a hacer mella en el equipo que había conformado Patrick Thomas, y él era consciente de la situación. Si pasaban algunos días más sin avances significativos, tendría que pedir la ayuda de la policía del estado, o incluso, llegado el caso, de algún agente especial del FBI, aunque sabía que no estaban para *naderías* semejantes. Tener que lidiar día sí y día también con la familia Brown le estaba suponiendo un desgaste mayor del que hubiera imaginado en sus peores pesadillas. Aquellos padres merecían una respuesta, merecían que se hiciera justicia. Bien sabía él que eso nunca jamás compensaría la terrible pérdida de una hija en la flor de la vida, pero al menos servía para poder contribuir a que la herida cicatrizase. Un crimen sin resolver es una llaga abierta, que supura constantemente una especie de pus doloroso que corroe el alma, las entrañas, de todos los que están vinculados a él.

—Señor, tenemos un aviso. Parece ser que han encontrado algo.

El jefe de policía casi dio un brinco de su asiento. Susan, su secretaria, le había arrancado tan bruscamente de sus reflexiones que sintió que lo habían despertado en mitad de un sueño estresante.

—¿Algo? ¿Quiénes?

—No lo sé, desean hablar directamente con usted. Creo que son esos tipos de Mason City —respondió la asistente algo dubitativa.

—De acuerdo. Ponte en contacto con el agente que los acompaña y pásame la llamada, por favor.

Patrick Thomas recordó que una empresa dedicada a la búsqueda de metales a baja profundidad y de estudio del subsuelo mediante radar, ubicada en Mason City, a unas ochenta millas al noroeste de Cedar Falls, se había ofrecido de forma desinteresada para colaborar en la investigación, poniendo a disposición de la policía a dos de sus hombres y parte de sus equipos de última tecnología. Estaban conmocionados por lo acaecido en el campus, y creían que debían implicarse. Él había encargado que un agente de su departamento los acompañase en todo momento, mientras se movían por la universidad.

Al cabo de un par de minutos tenía al otro lado de la línea a Brad, el agente que ese día estaba acompañando a aquellos tipos un tanto singulares y de los que Patrick había esperado muy pocos resultados.

—¿Qué ha pasado?

—Señor, esta gente ha encontrado un arma semienterrada. Es del calibre 22, y no parece estar deteriorada ni llevar mucho tiempo abandonada.

El jefe de policía aspiró profundamente. Quizá aquel era el golpe de suerte que necesitaban para empezar a vislumbrar el final del camino.

—¿Dónde la habéis hallado?

—No se lo va a creer —respondió el agente, que seguramente tampoco salía de su asombro.

—Joder, Brad, escúpelo de una maldita vez —dijo Thomas, usando un lenguaje impropio de él, que sólo evidenciaba su estado de nervios.

—En la misma arboleda en la que encontramos el cuerpo de la chica. Un poco más al sur, casi tocando con Greenhill Road.

—¡Mierda, Brad! Somos una pandilla de inútiles —exclamó el jefe de policía, mientras golpeaba la mesa con su mano derecha, intentando deshacerse de toda la rabia y del sentimiento de culpa que lo embargaba.

XI

Gordon Stevens esperaba los resultados de balística con nerviosismo. El arma del calibre 22 que habían hallado cerca del lugar en el que fue encontrado el cadáver de Sarah Brown estaba en muy buenas condiciones, y se especulaba que llevaría semienterrada entre dos y seis semanas, lo que cuadraba con el espacio temporal en el que fue cometido el crimen. Desgraciadamente, la pistola estaba *limpia*, y no se había podido obtener ninguna huella de la misma.

—Ojalá las cosas fueran igual que en esas malditas series que emiten por televisión —masculló el detective, mientras tamborileaba con sus dedos para calmar su ansiedad.

—Bueno, tranquilo Gordon, más pronto que tarde sabremos si ese es el arma que usaron para asesinar a Sarah, y a partir de ahí podemos comenzar a tirar de un hilo —dijo Karen, que era tan adicta como Ron a dichos programas, sentada enfrente del detective, repasando las transcripciones de los interrogatorios a los que no había asistido.

—Gracias —murmuró en un tono apenas audible Stevens.

Philips le devolvió la mejor de sus sonrisas.

—¿Gracias? No me fastidies, hombre.

—En serio, Karen. Eres una agente excepcional, y lo estás haciendo de fábula. Te comportas como una investigadora... Joder, ¡qué digo! Te estas comportando como una auténtica detective con años de experiencia.

La agente no pudo evitar sonrojarse levemente. Estaba acostumbrada a los elogios de sus compañeros, pero no al de alguien al que tenía en tan alta estima, que además sabía bien lo que se decía.

—No sé. Ya sabes, me gusta este trabajo. He asistido a decenas de cursos, me zampo esas series que tú pareces detestar y leo libros y revistas todas las semanas. Quizá este caso esté poniendo a prueba mis supuestos conocimientos —replicó, tratando de ser humilde pero esquivando la falsa modestia.

—¿Por qué sigues aquí?

Karen soltó los informes que tenía entre las manos, o quizá sencillamente se le cayeron.

—Me lo estás preguntando en serio...

—Sí, claro. Creo que tienes talento, de verdad. Podrías estar en alguna gran ciudad. Te imagino no ya como detective, como sargento o teniente en algún gran departamento de Kansas City o de Chicago.

—Cedar Falls es mi casa. Aquí nací, aquí he crecido, aquí trabaja mi marido y aquí estoy criando a mis hijos. No me imagino una vida mejor en cualquier otro

lugar.

El detective se quedó contemplando los grandes y expresivos ojos de Karen. Estaba siendo absolutamente sincera con él. Pese a todo, no llegaba a comprenderla, no entendía que ella misma se colocase un techo tan bajo para sus posibilidades.

—Está bien, lo acepto. Pero es una pena, de verdad.

—Gordon, ¿por qué no encuentras una mujer fabulosa y montas con ella una familia?

Stevens se quedó paralizado. No iba a responder a aquella pregunta, no se sentía ni con fuerzas ni con ganas de explicarle a Karen que le aterraba esa idea, que había tenido malas experiencias en el pasado y que había decidido convertirse en un *lobo solitario* de por vida. Era demasiado triste, y ridículo.

—Creo que voy a dar un paseo y a dejar que me dé el aire. Necesito respirar y estirar las piernas.

La agente obvió la falta de respuesta a su pregunta, y volvió a mirar los papeles que tenía esperando sobre la mesa.

—Como quieras. Aquí estaré esperándote. Cuando regreses te comento si hay algo interesante que se nos haya podido pasar por alto.

—Genial —dijo el detective, escabulléndose como un estudiante que hubiera sido pillado en falta.

Gordon abandonó las oficinas del departamento y salió a la calle Clay. Nada más hacerlo pensó que lo de que necesitaba respirar aire fresco había sido una argucia para eludir la pregunta de Karen, pero en realidad le estaba sentando de maravilla tanto a su cuerpo como a su mente. La imagen de un puñado de chavales jugando con un balón de rugby en la verde explanada que se abría justo frente a la entrada del departamento terminó de relajarle. Recordó sus años en la escuela secundaria, cuando todavía soñaba con la posibilidad de llegar a ser un buen quarterback en la NFL.

De repente el sonido chirriante de los frenos de una destartada ranchera que casi había estacionado a su lado lo sobresaltó. Pensó que sólo un auténtico chiflado podía actuar así, y se dirigió hacia la puerta del conductor bastante enojado.

—¡Qué diablos se cree que está haciendo! Aquí cruzan niños, y encima estamos justo delante del departamento de policía...

Stevens no pudo proseguir con su colérico discurso, porque descubrió que al volante había sentado un hombre bastante mayor, de escaso pelo canoso, famélico, que sollozaba como un chiquillo.

—Lo siento, lo siento. Es todo tan terrible, lo lamento muchísimo —dijo el tipo, mientras abandonaba el vehículo y se lanzaba a los brazos del detective.

—Tranquilícese. ¿Qué le sucede?

—Tengo que ir a la policía. Es mi deber, es horrible pero es mi deber. Tengo que ir a contarles algo terrible.

Gordon sintió que un nuevo rechazo se hundía en su estómago, y el dolor en lo más profundo de sus entrañas regresó. Sacó su placa y se la mostró al hombre, que se sujetaba a sus hombros para no desmoronarse.

—Yo soy detective. ¿Qué es eso tan atroz que tiene que contarnos?

El hombre lanzó una especie de alarido, que se fue ahogando lentamente, antes de ser capaz de responder. Pareciera que necesitara tomar fuerzas para hacerlo.

—Creo... Creo que mi hijo mató a esa estudiante. Es horrible, creo que mi hijo es un asesino y estoy aquí para delatarlo.

XII

Karen y Gordon pasaron el resto de la tarde con James Stone, un hombre que parecía derrumbarse a pedazos mientras les contaba que a su hijo Aarón le habían diagnosticado una enfermedad mental haría un par de años. Viudo, malviviendo de una modesta pensión y tratando de educar a un niño que siempre había resultado hosco e introvertido, la noticia no le sorprendió, pero terminó de hundirle.

—Había dejado los estudios. Siempre se le dieron mal. Pero su actitud empeoraba, y uno de mis mejores amigos, casi diría el único que tengo, me dijo que debía llevarlo a un médico. Aceptaron dejármelo en custodia, porque si se medica no representa un gran peligro para nadie... Pero no siempre consigo que se tome sus pastillas, ya me entienden.

Karen escuchaba con atención a aquel tipo, cuya edad no era capaz de estimar. Quizá tenía sesenta, pero aparentaba muchos más años. Le conmovía el dolor que expresaba a través de sus palabras y de sus gestos.

—¿Cómo ha llegado a la conclusión de que su hijo mató a la chica?

—Me lo dijo él mismo hace un par de días. Y además me entregó esto —murmuró, mientras ponía sobre la mesa una pistola envuelta en un pañuelo.

—¡Joder! —exclamó Gordon, mientras apartaba el arma tratando de no contaminarla con sus propias huellas.

—Cómo... ¿Cómo diablos ha llegado hasta esta sala con ese arma? —inquirió Philips, perpleja.

—La culpa es mía. Yo me he saltado los protocolos y lo he conducido hasta aquí sin que lo registrasen ni pasase bajo el arco detector de metales —respondió Stevens, mientras se golpeaba las sienes con ambas manos.

James Stone no dejaba de sollozar, ajeno a las miradas que la agente y el detective se dirigían, comunicándose sin mediar palabra, zanjando un pacto de silencio sobre lo ocurrido.

—Está bien —continuó Karen—, su hijo le entregó esta pistola; pero de ahí a pensar que es un asesino va un largo trecho...

—No lo comprenden. Aarón tiene veinte años, la misma edad que todos esos chavales que estudian en la universidad. Nosotros vivimos a las afueras, cerca del parque Black Hawk. Muchos días me toma prestado el coche, sin mi consentimiento, y se va al campus. Normalmente lo único que hace es pasearse por sus aceras durante horas, como si fuese un alumno más. Eso es lo que le gustaría, ser un chico normal.

—¿Entonces?

—Desde la desaparición de esa joven se mostró muy alterado, y todavía más cuando corrió la noticia de que la habían encontrado muerta. Yo no le daba mayor importancia, cualquiera de nosotros estaba confundido y asustado. Pero conforme pasaba el tiempo una idea fue cobrando fuerza en mi cabeza: ¿y si ha sido Aarón?

—Y él mismo finalmente se lo ha confesado.

—No exactamente. Hace un par de días reuní todo el valor que pude y se lo pregunté. Se echó a llorar y me dijo que sí, que lo había hecho. Luego me entregó la pistola, y vi que era del calibre 22, el mismo con el que habían disparado a esa estudiante. No sabía bien qué hacer, hasta hoy. Hoy me he dicho que tenía que venir a denunciarlo, que era lo mejor para Aarón, para mí y para la seguridad de todos —susurró el señor Stone, mientras ahogaba un nuevo sollozo. Gordon, que todavía estaba un poco alterado por haber cometido un error tan infantil y a la vez de consecuencias imprevisibles, contempló el arma. Habían pasado de no tener ninguna evidencia a contar con dos pistolas del calibre 22 para ser analizadas. Por suerte la bala que acabó con la vida de Sarah Brown se había quedado alojada en su cerebro sin, milagrosamente, apenas haber sufrido daños; de modo que no les sería complicado a los de balística determinar cuál de las dos había sido utilizada para llevar a cabo el crimen.

—Tendrá que firmar su declaración, ¿me comprende?

El hombre asintió, como si ya no le quedasen fuerzas para seguir hablando. Había cumplido con su deber, por más penoso que resultase.

—¿Sabe dónde se encuentra en este momento su hijo? —inquirió Karen, con extremado tacto.

—Quizá en casa, quizá paseando con las manos en los bolsillos por el parque Black Hawk...

Stevens y Philips dejaron al señor Stone en compañía de un agente, y se fueron a preparar las diligencias para que el arma fuera analizada y para cursar una orden de búsqueda y captura a nombre de Aarón Stone.

—¿Qué crees, Gordon?

—No lo sé, Karen. No tengo la menor idea. Necesito poner todo en orden —respondió el detective, que seguía dándole vueltas a la idea de que no podría estar a la altura de lo que Sarah Brown necesitaba de él—. Mierda, ¿no se suponía que Cedar Falls era un lugar de ensueño?

XIII

Esa misma noche Aarón Stone la pasó en el calabozo. No fue complicado dar con él, y una patrulla lo encontró, tal y como su padre había sugerido, en el extremo norte del parque Black Hawk, junto a una de las orillas del río Little Cedar. Parecía desorientado y confundido. Decidieron que era mejor realizar el interrogatorio al día siguiente, en compañía de un especialista.

Por la mañana llegó al departamento de policía el informe de balística de la primera arma, la que había sido encontrada en la arboleda. Negativo. No se trataba de la pistola con la que habían disparado a Sarah Brown. Un mazazo, de algún modo. Por otro lado, reafirmaba la posibilidad de que el verdadero asesino se encontrase ya entre rejas.

Cuando Stevens llegó a la sala de interrogatorios ya le aguardaban allí el sospechoso y un psicólogo, que en principio no tenía por qué intervenir, pero que consideraron necesario que acompañara al detective. El señor Stone no había reclamado la presencia de un abogado, y había optado por asistir al interrogatorio desde el otro lado del cristal, junto a Karen y Ron.

Gordon tomó asiento y repasó la declaración firmada del padre del chaval, aunque casi se la sabía de memoria. Después se dedicó unos minutos a observarlo, antes de lanzarle la primera pregunta. Era un joven moreno, espigado, de ojos huidizos y cargado de tics, que el detective no sabía si lo acompañaban desde hacía años o si eran producto del nerviosismo.

—Hola Aarón, soy el detective Gordon Stevens, de la oficina del sheriff. Me imagino que sabes el motivo por el que te hemos traído aquí...

—Sí, lo sé. Yo maté a esa chica, a la estudiante.

Stevens no pudo evitar echarse levemente hacia atrás, hasta sentir el respaldo duro de su silla. Sabía que debía continuar con el interrogatorio, que tenía que esperar las pruebas de balística, que la intuición es sólo una parte del trabajo... pero nada más escuchar al joven tuvo la impresión, casi la certeza, de que no era su hombre, de que aquel pobre diablo no había matado a una mosca en su vida.

—Está bien. ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. Imagino que por rabia. Voy muchas veces al campus a pasear y nadie me hace caso. No es la primera vez que siento ganas de matar a algún estudiante.

Gordon hizo que se tomaba muy en serio las palabras de Aarón, y fingió buscar algo en su expediente, como si allí hubiera información privilegiada, datos que podían revelar toda la verdad sin necesidad de que él abriese el pico.

—¿Habías matado antes a alguien?

Stone se quedó como petrificado. Sus ojos saltones, que viajaban de un lado a otro de la sala, incansables, se quedaron fijos en los del detective. Estaba sorprendido y un poco asustado.

—Cre... Creo que no. No me acuerdo.

El psicólogo no dijo nada, pero dio un leve puntapié a Stevens por debajo de la mesa.

—¿Cómo la secuestraste?

—Fue muy sencillo. Yo soy delgado, pero fuerte. Sólo tuve que taponarle la boca para que no chillase y luego la metí en el coche de mi padre.

—¿Has lavado el coche?

—¿Cómo? No, no he lavado el coche. ¿Qué importancia tiene eso?

La impresión inicial de Gordon no hacía más que afianzarse. Sabía que no estaba realizando el interrogatorio de la manera correcta, sabía perfectamente que formulaba las preguntas como si las respuestas ya le hubieran sido dadas por anticipado. Cogió una fotografía del cadáver de Sarah y se la tendió a Stone. El joven no pudo evitar apartar la mirada de la instantánea, cruda y aterradora.

—¿Dónde conseguiste el arma?

—Se la compré hace meses a un tipo en Allison. Quedamos por Internet. Necesitaba una pistola. Quería tener una pistola.

—¿Qué hiciste con Sarah desde el jueves por la mañana hasta que le pegaste el tiro en la cabeza?

Aarón comenzó a temblar. También agitaba los pies, como si le fuese a dar un ataque de epilepsia en cualquier momento.

—No me acuerdo. Todo es confuso —tartamudeó—. Sólo recuerdo que la maté y que la dejé allí, donde la encontraron.

Stevens no aguantó más y se incorporó. No se molestó en despedirse del sospechoso ni del psicólogo y fue en busca de Karen y de Ron, que se hallaban en la sala de al lado con el señor Stone.

—¡Este crío nos está haciendo perder el tiempo! ¡Me juego una pierna a que se está inventando absolutamente todo!

—¡Gordon, por favor! —exclamó Karen, señalando discretamente al padre del joven.

—Lo siento. En realidad le estoy dando una buena noticia.

—Bueno, será mejor que esperemos al informe de balística —musitó Ron, tratando poner algo de calma y cordura—. También vamos a tener que quedarnos con su ranchera, señor Stone, para analizarla.

James Stone, que ya no sabía ni qué pensar ni qué creer, se limitó a asentir levemente. Una parte de su ser deseaba confiar ciegamente en aquel detective, agarrarse a la esperanza de que todo quedase finalmente en una mala pesadilla,

pero otra tenía serias dudas de que su hijo no estuviera contándoles la verdad.

—Será mejor que me acompañe —dijo Karen, llevándose de la sala al señor Stone, y regalando a su colega Stevens una mirada cargada de reproches.

—¿Qué diablos te pasa, Gordon? —preguntó Davies, nada más quedarse a solas con el detective.

—¿De verdad no lo has visto? ¿De verdad tengo que explicártelo?

—No soy nadie para decirte esto, pero jamás deberías dar nada por sentado. Además, acabas de poner en riesgo la investigación, y lo sabes perfectamente.

—¡Al diablo!

De súbito el Smartphone de Ron se agitó en su chaqueta. El investigador descolgó y escuchó al otro lado la voz agitada de uno de los agentes más jóvenes del departamento.

—Ron, tienes que venir, urgentemente.

—¿Qué mosca te ha picado? Hablas como si acabaras de ver un fantasma.

El joven agente tardó algunos segundos en responder. Seguramente la analogía le había terminado de noquear, y debía recuperar el aliento antes de poder hablar.

—Estoy en la casa de Tom Campbell. Estoy ahora mismo delante de su cadáver.

XIV

El médico forense dictaminó de manera oficiosa que el vigilante de la universidad de Northern Iowa Tom Campbell llevaría muerto unos tres días cuando finalmente la policía lo encontró en su casa, sentado frente a una mesa plagada de recortes de periódico en los que se hablaba del asesinato de Sarah Brown y de los escasos progresos que los investigadores habían logrado para esclarecerlo.

Sus compañeros y el personal administrativo de la universidad lo habían echado en falta, y finalmente dos agentes habían acudido al domicilio del vigilante. Parecía que se había suicidado ingiriendo somníferos mezclados con alcohol, porque en la mesa había un par de botes vacíos de los primeros y una botella de vodka a la que faltaba la mitad del contenido. La autopsia determinaría la causa definitiva de la muerte.

Cuando Stevens y Davies llegaron a la vivienda, ya estaba acordonada y al menos cuatro agentes estaban procediendo a un primer registro. El cuerpo sin vida de Tom Campbell presentaba un aspecto horrible, tenía la piel como amoratada y se intuía que el proceso natural de descomposición se había iniciado.

—¿Qué habéis encontrado hasta el momento? —preguntó Ron al joven agente que le había telefonado desde la casa para pedirle que acudiera cuanto antes.

—Este tipo era muy raro. Raro de verdad, no sé cómo narices consiguió el puesto de vigilante.

—Explícate, por favor.

El agente le tendió varios libros y devedés. La mayoría de ellos hablaban de asesinatos o de autolisis, pero también los había sobre tortura y secuestro. Resultaban espeluznantes.

—Mierda, no conoces a nadie hasta que entras en su *choza* —murmuró Davies, mientras le tendía los artículos a Stevens.

—Pero eso no es lo peor. Hay más, mucho más. Seguidme.

Llegaron a una habitación, que estaba casi empapelada con fotografías sacadas de la prensa de Sarah Brown. Casi todas eran la misma imagen: una joven sonriente, de rostro angelical. También había más recortes en los que se hablaba de cómo avanzaba la investigación y, lo más sorprendente, una copia del informe oficial de la autopsia realizada a la estudiante. Parecía que el vigilante había anotado en él sus propias reflexiones a bolígrafo.

—¡Joder, cómo diablos este tipo ha conseguido una copia de la autopsia! —exclamó Gordon, lanzado una patada contra el marco de la puerta.

—Señor, será mejor que tome aire —dijo el joven agente, intentando resultar lo más educado y comedido posible—, porque todavía no ha visto lo peor.

—¿Cómo? ¿Hay algo más aún?

El agente les guio hasta una especie de trampilla que permitía el acceso a un singular desván situado en la planta superior de la vivienda. Tuvieron que subir por los precarios peldaños de la escalera de madera de uno en uno, pues era incómoda y estrecha. La buhardilla era un cuchitril apestoso, apenas iluminado por un ventanuco cuyo cristal estaba impregnado de mugre y con una techumbre baja que no permitía mantener erguido el cuerpo.

—¡Qué asco! Este tipo me está provocando nauseas. Mierda, no lo conocía demasiado, pero lo tenía por una buena persona —masculló Ron, como si hablase consigo mismo en voz alta.

—Ahora quiero que vean esto. Yo sí que no he podido vomitar al descubrirlo.

El joven agente alumbró con su linterna una esquina de la estancia. Allí habían construido una especie de celda, con una alambrada metálica y postes de madera reforzada con chapa. Una pequeña puerta, como si por ella sólo fuera a pasar un niño, suponía el único acceso, y estaba asegurada por varios gruesos candados. El suelo era una mezcla de paja, excrementos y manchas repugnantes de origen inimaginable.

—¡Qué coño es eso! —exclamó Davies, llevándose las manos a la cabeza, y pensando que su capacidad de asombro acababa de romper todas las barreras.

—Una jaula, Ron. Una maldita jaula para poder mantener secuestrada a una joven y hacer lo que quieras con ella —replicó Stevens, con la voz cargada de ira y asco.

XV

Durante los siguientes dos días varios agentes se dedicaron a repasar el historial del vigilante, y descubrieron con asombro que había intentado en numerosas ocasiones, y en distintos estados, entrar a formar parte del cuerpo de policía. Normalmente todo marchaba bien, pero todas sus tentativas se habían topado finalmente con el mismo obstáculo: la evaluación psicológica. Siempre había resultado negativa, y por tanto invalidante para poder llegar a ser agente. Al fin Tom Campbell se había conformado con ser vigilante, algo que no requería pasar unos controles tan estrictos y que al mismo tiempo le permitía sentirse de alguna manera protector y garante de la ley.

También descubrieron que no era la primera vez que se obsesionaba con un caso, que en al menos cinco ocasiones había intentado colaborar con diferentes oficinas del sheriff de los condados en los que residía para esclarecer algún asesinato. Este dato en un primer momento despertó la alarma en el departamento de policía, pero pronto vieron que todos esos casos ya estaban resueltos, y que Campbell no había tenido nada que ver con ellos. Sin embargo, en criminalística era de sobra conocido que en numerosas ocasiones el culpable de un homicidio trata de involucrarse en la investigación, fingiendo colaborar: a veces sólo para estar al tanto de los avances, otras sencillamente para entorpecer la labor policial y despistar a los agentes.

Stevens, por primera vez desde que hallaran el cuerpo sin vida de Sarah Brown, se sentía eufórico, con fuerzas, y participaba en todas las reuniones y charlaba animosamente con cualquiera que aportase información novedosa sobre Tom Campbell. Sabía que lo tenían. La autopsia del cadáver había confirmado la hipótesis inicial: suicidio causado por una sobredosis de somníferos. Seguramente el tipo no había aguantado la presión, y siguiendo sus propias pesquisas había intuido que más pronto que tarde lo iban a descubrir. Una muerte dulce sentado en su vivienda era mucho mejor que enfrentarse a un juicio y, seguramente, a una condena de por vida en una cárcel infestada de presos ansiosos por cebarse con un miserable que había asesinado a una joven inocente con todo el futuro por delante. Incluso en los presidios existe un código ético y moral, que se rige según unas normas no escritas que se aplican sin ambages.

Entretanto, al departamento de policía de Cedar Falls llegó el informe de balística sobre el arma que supuestamente había usado Aaron Stone para matar a Sarah Brown. Negativo. No sólo no coincidía con las marcas del proyectil alojado en el cráneo de la víctima, es que además esa pistola llevaba por lo menos un año sin haber realizado un mísero disparo. Tampoco en la ranchera del

señor Stone, que según su hijo había utilizado para secuestrar a Sarah, se halló ningún indicio de su presencia: ni cabellos, ni sangre, ni ningún rastro de su ADN. Sospechoso descartado. Lo que para algunos agentes había supuesto un mazazo, para Gordon había sido la confirmación mediante evidencias de que su intuición no le había fallado.

Una semana tras la aparición del cadáver de Tom Campbell en su vivienda Philips y Stevens se afanaban en el *centro de operaciones* por tratar de poner orden a los infinitos documentos y testimonios que lo convertían en el sospechoso ideal. Desgraciadamente, todavía no tenían ninguna prueba sólida.

—Tuvo que ser él, Karen. Sólo nos hace falta encajar dos o tres piezas del puzle y su rostro macabro se nos aparecerá al fin.

La agente devolvió una sonrisa torcida a su compañero. No lo tenía tan claro. Es más, cada día que pasaba las dudas le acuciaban con más fuerza. No terminaba de ver ese maldito puzle que a Gordon le parecía tan evidente.

—Necesitamos más. En un juicio con lo que tenemos no vamos a ninguna parte. Como mucho a mostrar que Campbell era un perturbado obsesivo, pero poco más.

—Lo sé, y por eso tenemos que trabajar con más empeño. Tenemos al pez mordiendo el anzuelo, y no lo podemos dejar escapar. Se lo debemos a Sarah —replicó Stevens, enérgico, como si hubiera tomado alguna sustancia que impulsara su organismo con una garra inusitada.

Karen asintió, poco convencida. Pese a todo, siguió anotando lo que consideraba podía ser importante de cara a la investigación en un cuaderno, mientras repasaba con ojo de halcón cada uno de los expedientes que desbordaban la mesa del *centro de operaciones*.

Durante una hora el silencio se adueñó de la estancia. Gordon estaba concentrado, y de alguna manera sentía una especie de alivio, como si acabara de quitarse una espina que le hubiera mortificado a lo largo de varias semanas. Sarah merecía que se le hiciera justicia, y ya acariciaba con la yema de los dedos ese instante feliz.

—Sabía que os encontraría aquí a los dos.

La voz apagada y un poco afónica de Ron rompió el mutismo que presidía el *centro de operaciones*. Tanto el tono de sus palabras como su expresión corporal no hicieron augurar nada bueno a Karen.

—¿Qué ha sucedido?

—Malas noticias, chicos —respondió Davies, mientras tomaba asiento junto a sus compañeros.

—No te demores y suéltalo de una vez —murmuró Stevens, tratando de prepararse para lo peor.

—¿Os acordáis de Mike Johnson?

—Sí, el vigilante que hacía el turno con Campbell —contestó rauda Philips.

—Exacto. Pues tenemos una declaración jurada en la que afirma que no se despegó de él en toda la jornada del día 6 de marzo, precisamente el día de la desaparición de Sarah. Es más, asegura que en la franja horaria más probable para el secuestro se encontraban en la otra punta del campus.

—¡Eso no significa una mierda! —exclamó Gordon, airado.

—Espera. También hemos encontrado a un familiar de Campbell que asegura que esa jaula llevaba construida años, y que seguramente llevaría meses sin usarse. El padre del vigilante, que falleció a mediados del año pasado, padecía demencia senil, y cuando él no estaba en casa se dedicaba a molestar a los vecinos o a pasearse en pelotas por todo el barrio. A Campbell, que ya sabemos que era un perturbado, no se le ocurrió otra cosa que construir una celda para meter en ella a su progenitor cuando tuviera que ausentarse. Un disparate.

Stevens sintió que el mundo se le venía encima. De nuevo un puñetazo en la boca del estómago, de nuevo una espina larga y astillada atravesándole las entrañas.

—Tendremos que esperar a ver los resultados de los análisis que están realizando a los restos de ADN que había la celda —murmuró Karen, sin mucha convicción, pero tratando que Gordon no se derrumbara allí mismo.

—Sí, habrá que esperar. Quizá tanto el vigilante como el familiar estén mintiendo, intentando proteger el buen nombre de alguien a quien apreciaban y que ya no está entre nosotros para defenderse —musitó Stevens, apagándose, notando que millones de pensamientos le acribillaban el cerebro.

Davies no deseaba dar la puntilla definitiva a su colega. Pero tampoco podía permanecer callado por más tiempo, porque eso sí que era una bajeza.

—Hay algo que no os he contado, porque intenté restarle importancia en su momento. Estábamos todos tan ilusionados con la idea de que ya teníamos al asesino que yo mismo desee apartarlo de mi mente.

—Continúa, por favor —espetó Philips, que quería que si había más malas noticias llegaran lo antes posible.

—El forense que realizó la autopsia a Sarah me telefoneó unos días después de encontrar el cuerpo sin vida de Campbell. Me dijo que se había enterado de las extrañas costumbres del vigilante, y de lo de la maldita y asquerosa jaula. Me dijo que sólo era una impresión suya, pero que nos olvidásemos de la idea de que la chica hubiera podido estar allí encerrada ni tan siquiera un par de horas, no digamos casi dos días.

—¿Y eso? —preguntó Karen, desconcertada y anhelando una explicación razonada para aquella hipótesis.

—El cadáver de Sarah, obviando la herida de bala, no presentaba ni un solo rasguño. Ni un pequeño corte, ni un solo moratón, ni tan siquiera una uña algo quebrada. Le resultaba inconcebible pensar que el cuerpo de una persona hubiera podido estar encerrado durante horas en un lugar tan lóbrego, agobiante y funesto como una celda artesanal sin sufrir siquiera una mínima lesión.

XVI

Los resultados del análisis de los restos de ADN encontrados en la jaula que Tom Campbell había construido en el desván de su vivienda confirmaron lo que ya se presentía: allí sólo habían estado el propio Campbell y su difunto padre. Nadie más. En toda la vivienda del vigilante tampoco se halló ni un cabello que lo vinculase con el crimen de Sarah Brown. Habían llegado a una vía muerta. El departamento de policía de Cedar Falls no tenía sospechosos, ni testimonios, ni el menor indicio de quién había podido acabar con la vida de la estudiante. Poco más de un año después del día en que fue descubierto su cuerpo sin vida la investigación era archivada. Una más engrosando las listas de casos sin resolver de los Estados Unidos de América.

Stevens no pudo superar el golpe. Tenía pesadillas constantes en las que Sarah le pedía que no la abandonase, que no se olvidase de ella. En esas condiciones le resultaba imposible continuar con su rutina diaria, de modo que solicitó una excedencia y se largó de Waterloo para trabajar en una granja familiar ubicada en el estado de Kansas.

Davies resistió mejor el golpe, y consiguió un puesto como detective en Chicago, ciudad con la que llevaba años soñando. Allí los homicidios eran el pan nuestro de cada día, de modo que la capa dura de protección que debe desarrollar todo buen policía se curtió con rapidez. Su mentalidad por naturaleza optimista le permitía convivir cada día con lo peor de la sociedad, sin olvidar que la mayoría de las personas que habitan este mundo son fabulosas, y que sólo un puñado de canallas se preocupa de perturbar la paz de la comunidad. Él estaba allí para arrestarlos, para evitar que el mal se propagase. Y eso le hacía sentir bien.

Philips siguió en Cedar Falls. Consiguió primero un ascenso a investigadora. Consiguió años después, tras la jubilación de Patrick Thomas, convertirse en jefa de la policía local. Consiguió, con mucho esfuerzo, dejar aparcado el horrible crimen de Sarah Brown para que aquel hecho no le impidiese disfrutar de su trabajo, de su familia y de su preciosa ciudad.

La vida debía continuar.

XVII

Había transcurrido una década desde el crimen en la universidad de Northern Iowa. Apenas un puñado de personas en todos los Estados Unidos se levantaban cada mañana recordando a Sarah Brown. Era algo doloroso para ellos, pero no podían evitarlo, no lograban superarlo. El resto habían sido capaces de dejar atrás aquel hecho terrible y sólo muy de cuando en cuando lo recordaban vagamente, e intentaban apagar los rescoldos con todas sus fuerzas, para que la cosa no fuese a mayores.

Karen Philips era una de esas personas que habían logrado encontrar la felicidad y dominar la memoria, doblegando su voluntad de acosarla con recuerdos espantosos que sólo podían causarle daño. Nada más. Sus hijos ya eran adolescentes crecidos, su marido la adoraba y ella había llegado más alto de lo que había soñado jamás. Y seguía en su adorada Cedar Falls. Pero de repente un programa de televisión la arrancó de su mundo idílico. Seguía enganchada a las series y documentales sobre investigación criminal. Hoy la presentadora, con fingido gesto compungido, repasaba el espeluznante caso sin resolver de una maravillosa alumna universitaria natural de Sheldon, cuyo nombre no era otro que Sarah Brown. Karen no se podía creer lo que veía a través de su pantalla de plasma, y no pudo evitar emitir un quejido que se sostuvo durante varios segundos en el aire.

—Tranquila, cariño. Este programa se dedica a estas cosas. Era algo que podía suceder —manifestó el marido de Karen, que estaba sentado a su lado, y que comprendía lo que su mujer debía de estar sufriendo.

—Ni siquiera se han dignado a llamarme, al menos para que diese mi opinión al respecto.

—Han pedido permiso a la familia. Ya lo han comentado. No te atormentes. Mejor apagamos la televisión.

—¡No, por favor! Quiero verlo, quiero verlo todo. Quiero saber exactamente qué es lo que van a contar.

Para su tranquilidad el relato de lo acaecido no era abordado con sensacionalismo ni detalles escabrosos, al contrario: el tacto y el rigor del reportaje eran dignos de admirar. Pese a todo, seguía molesta, y no comprendía que no hubiesen contrastado con ella toda la historia. A fin de cuentas ahora era la máxima responsable del departamento de la policía local de Cedar Falls. Luego pensó en la familia, y le atormentó la idea de que hubieran sido los padres de Sarah, que más de una vez le habían reprochado a la cara que el caso hubiera sido archivado, los que además del consentimiento hubieran impuesto algunas

condiciones. Entre las mismas: que no se hablase con ninguno de los agentes, investigadores y detectives vinculados con la investigación del asesinato de su pequeña.

Cuando acabó el programa Karen estaba agitada, como si hubiese corrido una carrera de 400 metros lisos o estuviera a punto de iniciar un combate de boxeo. Su marido estaba preocupado.

—¿Quieres que te traiga una pastilla para dormir?

Philips se quedó pensando unos segundos. La voz suave y agradable de su esposo la relajó, pero aun así sabía que sin una ración doble de Lorazepam no podría descansar.

—Sí, creo que va a ser lo más sensato. Gracias.

Apenas Karen había ingerido dos pastillas del fármaco sonó el teléfono. ¿Quién diablos podía llamar tan tarde a casa? Sólo cabía una posibilidad, y se dijo que no estaba en condiciones de afrontar alguna urgencia, y menos de coger el coche y trasladarse hasta el departamento de policía. Deseó con toda el alma que fuera su suegra, y que se pasase un buen rato charlando con su marido acerca de sus nietos.

—Cariño, te llaman del trabajo —musitó su esposo, mientras le acercaba un teléfono inalámbrico.

Philips suspiró con desgana, y luego cogió el aparato anhelando que no se tratase de nada verdaderamente importante.

—¿Qué sucede?

—Señora, necesitamos que venga. Alguien nos ha telefoneado desde Sheldon y nos ha dejado el número de una cabina pública. Dice que sólo quiere hablar con usted.

La voz del agente de guardia, anodina y monótona, no pudo enmascarar la relevancia extrema de la información que le estaba trasladando. Karen sintió que su pecho se hinchaba, y supo que era su corazón, que golpeaba como un caballo desbocado el esternón.

—Sheldon... Dios mío. ¿Te ha dicho algo más?

—Sí. Dice que tiene que contarle algo muy importante sobre el asesinato de Sarah Brown.

XVIII

Diez años son demasiados años. Sin embargo, los remordimientos, el dolor y la culpa no conocen del paso del tiempo, y hacen que cualquier hecho, por lejano que se encuentre, esté tan presente en la memoria como lo vivido sólo hace unos segundos.

Karen viajaba en un vehículo policial, conducido por uno de los agentes de su departamento, con la ventanilla del copiloto bajada. El viento agitaba su cabello, le obligaba a llevar los ojos entrecerrados, hacía que el frío le erizase la piel e incrementaba el consumo de gasolina; todo eran desventajas. Sin embargo, había decidido que lo mejor para enfrentarse a los fantasmas del pasado que le aguardaban en Sheldon era sentir en el rostro el aire limpio que recorre el estado de Iowa.

La llamada anónima, realizada por una joven que decía ser familiar de Carol Weight, no le había dado demasiados detalles, y quizá en cualquier otra circunstancia hubiera decidido no hacerle el menor caso. Pero recibirla justo tras el programa sobre el crimen de Sarah, el mismo programa que según la informante le había obligado a sincerarse tras más de una década de silencio, le había provocado una conmoción. En resumen se limitaba a solicitar a Karen que visitase al padre de Carol, que seguía residiendo en Sheldon. Ahora era un viudo jubilado, pero estaba convencida de que las pesadillas y las dudas le carcomían tanto o más que a ella. La informante había insistido en que le preguntasen, sin dilaciones ni miramientos, por el diario de su hija.

Después de cuatro horas de trayecto aparcaron frente a una bonita y cuidada casa de dos alturas, con una fachada pintada de un resplandeciente y elegante color azul y un frondoso jardín que en nada envidiaba a los de Versalles. Karen se bajó del coche temblando, no demasiado convencida de lo que estaba a punto de hacer.

—Señora, ¿está segura de que no quiere que la acompañe? —preguntó el agente desde el interior del vehículo policial.

—Completamente. Sólo si ves algo extraño, o tardo demasiado en regresar, intervén. Es mejor así, te lo aseguro.

Philips llamó a la puerta de la vivienda y se encontró con un hombre de unos 60 años bien llevados, alto, todavía fornido, y de ojos amigables, de color muy claro.

—Disculpe, ¿hablo con el señor Liam Weight?

Karen formuló su pregunta al mismo tiempo que mostraba su placa de jefe de la policía local de Cedar Falls. De inmediato apreció que el nerviosismo se

adueñaba de aquel tipo, que ahora miraba por encima de su hombro, seguramente vislumbrado que aparcado frente a su puerta había un coche de la policía.

—Sí, soy yo —respondió, con la voz mortecina.

Philips supo desde ese instante que la informante no era una bromista de mal gusto que se había entretenido en telefonar desde una cabina pública al departamento para dar un testimonio falso con el que volver locos por unos días a un puñado de agentes. Aunque había tenido sus dudas. Antes de iniciar aquel largo viaje había comprobado la coartada y los testimonios de Carol, y eran sólidos como diamantes. En tal caso algo se les había escapado, y ahora no le quedaba más remedio que formularle a aquel hombre una pregunta directa, como un buen rechazo que lo dejase KO y sin capacidad de improvisación.

—Señor Weight, he venido hasta aquí porque necesito que me muestre el diario de su hija.

Liam se tambaleó levemente, pero logró mantenerse erguido. Llevaba esperando esa visita diez años. Quizá había tardado demasiado en llegar; siempre pensó que sería al cabo de un año, a lo sumo dos. Y sin embargo, ahora que su memoria había conseguido emborronar el pasado allí estaba esa jefa de la policía local de Cedar Falls, casi temblando, como él, mientras le solicitaba con rotundidad, pero amablemente, que traicionase a su propia hija. Albergaba la esperanza de que a lo mejor eso era lo que debía hacer, porque nunca se había sentido con fuerzas como para preguntarle a su pequeña, nunca jamás había encontrado el momento. Sencillamente había decidido construir un muro de mutismo y reserva, con la esperanza de que la duda era sin parangón mucho mejor que una certeza horrible. Pero se había acabado el tiempo de los fingimientos, y tocaba conocer la verdad. Quizá, y sólo quizá, había estado equivocado todos esos años y su hija no era el monstruo que imaginaba. Sólo colaborando pondría fin a tanto tiempo de sufrimiento.

—¿Y la pistola? ¿Va a necesitar también que le entregue la pistola?

XIX

Lo peor no fue encontrar un diario plagado de amenazas y de odio hacia Sarah Brown por parte de su amiga desde la infancia Carol Weight, lo peor no fue hallar en una de sus páginas una confesión detallada del horrendo crimen, lo peor ni con mucho fue obtener sus huellas de la pistola del calibre 22 propiedad de su padre y relacionar positivamente el arma con la bala alojada en el cráneo de la víctima, lo peor no fue tampoco descubrir con asombro que aquella inquina venía desde muy lejos y tenía que ver con que Carol estaba perdidamente enamorada de Mark Walton, el novio de Sarah. Todo lo dicho sólo había facilitado las cosas, evidenciado que se había cometido algún imperdonable error a lo largo de la investigación y que ya tenían por fin, una década después, a la culpable del asesinato de Sarah Brown. En realidad lo peor fue demostrar que la coartada de Carol Weight era falsa, porque en verdad el crimen fue cometido la misma mañana de la desaparición de la estudiante, y no en la madrugada del sábado 8 de marzo.

Los testimonios de Maddie, que residía en los apartamentos Hillside, muy próximos al lugar en el que fue encontrado el cadáver, sumados a los de los dos vigilantes del turno de aquella fatídica noche, y al informe del forense, habían llevado a todos a concluir que Sarah había sido disparada en la sien a las 2:30 de la madrugada de aquel sábado. Pero las cosas no habían sucedido así. Eso estaba muy claro.

Philips no había logrado convencer a la ayudante del fiscal del distrito de la importancia de reabrir el caso: necesitaba algo más, una prueba contundente, un informe forense que expusiera con certeza que en realidad el cuerpo de la joven llevaba abandonado en la arboleda desde primera hora del jueves 6 de marzo. Durante días le mortificó la idea de que eso fuera poco menos que imposible. Pero sin embargo la solución le llegó desde su propia casa, procedente de la voz de uno de sus queridos hijos, que deseaba estudiar medicina y siempre andaba leyendo revistas científicas.

—Mamá, ¿por qué no pides ayuda a la universidad de Chicago? Tienen un departamento que precisamente se dedica a estudiar el proceso de descomposición de un cuerpo en función del lugar en el que se encuentre y de las características ambientales de la zona.

Sólo dos días más tarde cuatro expertos habían montado una granja de cadáveres en la arboleda. Por suerte estaban en pleno invierno, de modo que no había que esperar para que las condiciones climatológicas fueran similares. Al cabo de una semana Karen tenía sobre su mesa un informe concluyente: a las 48 horas los

cuerpos presentaban el mismo estado de casi nula descomposición y escasa presencia de actividad de insectos que el de Sarah Brown, de modo que afirmaba que lo más probable es que la hora de su asesinato se situase entre las nueve y las once de la mañana del jueves 6 de marzo.

Aunque ya estaba jubilado, Philips fue a visitar al médico forense que había firmado la primera autopsia, y que había establecido la hora de la muerte. Tenía que dejarlo todo atado y bien atado antes de volver a enfrentarse a la ayudante del fiscal. El médico reconoció su error, aduciendo que desde entonces la ciencia había avanzado una barbaridad, y que seguramente se equivocó. Aceptó sin plantear objeciones el nuevo informe forense y con eso selló el destino de Carol Weight.

La antigua alumna de la universidad de Northern Iowa residía ahora en Marshalltown (les había costado un poco localizarla, pues había contraído matrimonio hacía un par de años, perdiendo su apellido de soltera), a apenas 60 millas de Cedar Falls. Nadie le había avisado de que la estaban investigando, ni siquiera su padre le había comunicado que estaba colaborando con los agentes. De modo que Carol Weight supo nada más ver aparcar junto al porche de su casa dos vehículos de policía que la función había llegado a su fin, que era el momento de expiar su horrendo pecado.

Pese a los consejos de su abogado, Carol no supuso ningún problema. Entre lágrimas y sollozos aceptó todas las pruebas en su contra: el diario, la pistola, el motivo que la llevó a matar a su amiga Sarah y la manera en que llevó a cabo su plan.

Carol llevaba enamorada de Mark desde la época del instituto, prácticamente desde el mismo momento en que su mejor amiga, Sarah Brown, comenzó a salir con él. Todos residían en Sheldon, todos formaban, en apariencia, una bonita *piña*. Todos se matricularon en la misma universidad, y fue allí donde Weight comprendió que Walton estaba loco por su amiga, y que la única posibilidad de conseguir atraer su atención era quitarla de en medio, por doloroso y cruel que resultase. Trazó un plan, y la mañana del jueves 6 de marzo, bien temprano, la llevó en su coche hasta la arboleda, con la excusa de que necesitaba encontrar algunas plantas para un trabajo de biología. No supuso ningún problema pegarle un tiro en la sien, a apenas un palmo de distancia de su amiga, entretenida buscando esas plantas inexistentes, ajena al odio y a su próximo fin. Carol había hurtado un arma del calibre 22 de la casa de su padre, y sólo tuvo que sacarla del bolso y disparar. Mató a Sarah, pero no logró que Mark se enamorase de ella, al contrario: sólo consiguió sumirlo en una profunda depresión, de la que aún no se había recuperado completamente.

Para su propia sorpresa, el plan que había trazado, con la coartada del viaje a

Waterloo, funcionó incluso mejor de lo que había soñado. Cuando se enteró de que el caso se cerraba por falta de pruebas y sospechosos, casi se quedó atónita. No sabía que otros tormentos la esperaban a la vuelta de unos meses.

Weight se maldecía todas las noches antes de apagar la luz y dormirse, acosada por una verdad que comprendió la acosaría hasta el infinito. Pese a todo, consiguió rehacer su vida, y de alguna manera escapó de la policía primero y del pasado más tarde. Pero olvidó un detalle: le había entregado varios enseres a una prima para que su padre los guardase en su trastero. Entre ellos se encontraban un diario muy revelador y una pistola inculpatoria.

El jurado apenas tardó una hora en decidir por unanimidad que Carol era culpable de homicidio en primer grado. La jueza fue benévola en su sentencia, porque la encausada había mostrado arrepentimiento y había confesado su crimen. Sólo le cayeron encima 25 años, con posibilidad de revisión de la condena a los 15. De alguna manera, se había hecho justicia.

Philips sintió que todo el proceso había durado apenas unos segundos, en lugar de meses. Quizá el tener que lidiar con un hecho tan remoto, reconstruyéndolo casi con la pericia de un artesano, a la vez que se enfrentaba a los pequeños delitos cotidianos que llegaban al departamento a diario, había distraído su mente, hasta tal punto de perder la noción del paso del tiempo. Ahora que todo había terminado se sentía reconfortada por un lado, pero tremendamente agotada y vacía por otro.

Karen se había apoyado en su equipo de la policía local de Cedar Falls, y ellos habían respondido con pericia y gran profesionalidad. Había mantenido al tanto de los progresos a su buen amigo Ron Davies, que desde Chicago hizo lo que estaba en su mano por acelerar los trámites y ser parte activa de la resolución del caso. Pero ahora que todo había terminado debía realizar una llamada. Se había prometido no importunarlo, no atormentarlo con los ecos del pasado, y sólo ponerse en contacto con él cuando ya la culpable estuviese entre rejas. Creyó que era lo más justo, lo más apropiado.

—¿Gordon?

—Karen... ¿Eres tú, Karen? —preguntó Stevens, sorprendido. Quizá habían pasado cinco años desde la última vez que había conversado con Philips, pero reconoció su voz al momento.

—Sí, Gordon, soy yo. Ya podemos descansar. Ya todo ha terminado. Le hemos hecho justicia a Sarah Brown. Ya puedes perdonarte...

Karen no recibió respuesta a sus palabras. Al cabo de unos segundos sólo pudo escuchar el sollozo de un buen hombre que acababa de hacer las paces consigo mismo. Y entonces ella también se puso a llorar.

XX

Finalmente los padres de Sarah Brown habían logrado su objetivo al ponerse en contacto con aquel programa que se dedicaba a rescatar del pasado casos que habían quedado sin resolver. Esperaban que aquello removiese la conciencia de algún televidente con remordimientos y que espolease la labor estancada de la policía.

Gordon Stevens había conducido en su coche particular varios cientos de millas desde el sur de Kansas hasta llegar a Sheldon. Ahora que estaba delante de la casa de los Brown se sintió sin fuerzas para llamar a la puerta y presentar sus respetos. Consideró que no era apropiado, que quizá aquellos padres no se tomaran a bien su visita, o no supieran comprender el carácter de la misma. Ya daba igual.

En realidad el viejo detective no se había dado aquella paliza de siete horas de trayecto para eso. El objetivo de su periplo estaba en otra parte, aunque no muy lejos de allí. Sabía que los restos de Sarah Brown descansaban en el cementerio East Lawn, de modo que fue hasta allí caminando. No tuvo el valor de preguntar a nadie, y necesitó casi tres horas paseando entre las lápidas para dar con la placa de la estudiante. Estaba limpia, bien cuidada, y un ramillete de flores silvestres que no habían marchitado evidenciaba que por allí alguien pasaba con cierta frecuencia. La tumba estaba protegida por dos altos y frondosos árboles, que la protegían y esparcían sobre ella su majestuosa sombra. Miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie lo observaba. Después Gordon clavó sus rodillas en el mullido césped y se puso a rezar. Hacía por lo menos veinte años que no oraba, pero sintió esa necesidad y nada ni nadie se lo iba a impedir. Nada más terminar dejó una rosa sobre la placa.

—Lo siento, Sarah, siento no haber estado a la altura. Espero que estés donde quiera que estés me hayas perdonado. Espero que estés donde quiera que estés ya hayas encontrado la paz que mereces...

Table of Contents

[Índice](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Novela Regalo — Mirada Infinita](#)